

A dragon with large, dark wings is flying across a misty, overcast sky. Below the dragon, a dense forest of green trees is visible. In the distance, the silhouette of a castle tower is partially obscured by the fog. The overall atmosphere is mysterious and somber.

UN
REINO
DE
SOMBRA S

REYES Y HECHICEROS—LIBRO 5

MORGAN RICE

UN REINO DE SOMBRAS

(REYES Y HECHICEROS—LIBRO 5)

MORGAN RICE

¿Quieres libros gratis?

¡Suscríbete a la lista de emails de Morgan Rice y recibe 4 libros gratis, 3 mapas gratis, 1 app gratuito, 1 juego gratis, 1 novela gráfica gratis, y regalos exclusivos! Para suscribirte, visita:

www.morganricebooks.com

Derechos de autor © 2015 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. Excepto como permitido bajo el Acta de 1976 de EU de Derechos de Autor, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma o medio, o guardada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor.

Este ebook otorga licencia sólo para uso personal. Este ebook no puede ser revendido o pasado a otras personas. Si deseas compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro pero no lo compraste, o si no fue comprado sólo para tu uso, por favor regresa y compra tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo duro de este autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos, e incidentes son o producto de la imaginación del autor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es completa coincidencia.

Jacket image Copyright Algol, usado bajo licencia de Shutterstock.com

CONTENIDO

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

[CAPÍTULO TREINTA](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y SEIS](#)

“La vida no es más que una sombra andante, un pobre actor,
Que baila y se pavonea sobre el escenario,
Y después ya no se escucha más.”

--William Shakespeare, *Macbeth*

CAPÍTULO UNO

El capitán de la Guardia Real estaba apostado en su torre de vigilancia y miraba hacia los cientos de Guardianes debajo de él, hacia todos los soldados jóvenes bajo su mando que patrullaban Las Flamas, y suspiró con resentimiento. Siendo un hombre digno de liderar batallones, el capitán sintió que era un insulto para él el estar posicionado en este lugar, en el lugar más recóndito de Escalon y vigilando un grupo de criminales rebeldes a los que les decían soldados. Estos no eran soldados; eran esclavos, criminales, muchachos, ancianos, los indeseables de la sociedad, todos enlistados para cuidar un muro de llamas que no había cambiado en mil años. No era más que una celda glorificada, y él merecía algo mejor. Merecía estar en cualquier parte menos aquí, quizá custodiando las puertas reales de Andros.

El capitán miró hacia abajo de manera desinteresada mientras se desataba otra pelea, la tercera del día. Esta parecía desarrollarse entre dos muchachos crecidos que peleaban por un pedazo de carne. Un grupo de muchachos gritando y animándolos rápidamente se puso alrededor de ellos. Esta era su única fuente de diversión en este lugar. Estaban totalmente aburridos de pie mirando Las Flamas día tras día y con sed de sangre; y él les permitía divertirse. Si se mataban entre ellos, mucho mejor; esos serían dos muchachos menos que vigilar.

Se escuchó un grito mientras uno de los muchachos vencía al otro, encajándole una daga en el corazón. El muchacho se desplomó mientras los otros vitoreaban su muerte y se lanzaban sobre su cuerpo para ver qué podían encontrar. Esta al menos era una muerte rápida y misericordiosa, mucho mejor que las muertes lentas que les esperaban a los otros. El victorioso se acercó, empujó a los demás, se agachó y tomó el pedazo de pan del bolsillo del muerto y lo puso en el suyo de nuevo.

Tan solo era un día más en Las Flamas, y el capitán ardía con indignidad. Él no se merecía esto. Había cometido un error desobedeciendo en una ocasión una orden directa, y como castigo lo habían mandado a este lugar. Era injusto. Lo daría todo por poder regresar y cambiar ese momento de su pasado. La vida, pensó, podía ser demasiado exigente, demasiado absoluta, demasiado cruel.

El capitán, aceptando su suerte, se dio la vuelta y observó de nuevo Las Flamas. Había algo en su constante crujir, incluso después de todos estos años, que le parecía atrayente y hasta hipnótico. Era como ver el rostro de Dios mismo. Mientras se perdía en el resplandor, pensó en la naturaleza de la vida. Todo parecía tan insignificante. Su puesto aquí—los puestos de todos estos muchachos—parecía tan insignificante. Las Flamas habían existido por miles de años y nunca morirían, y mientras siguieran ardiendo, la nación de troles nunca podría invadir. Era como si Marda estuviera al otro lado del océano. Si dependiera de él, tomaría a los mejores de estos muchachos y los pondría en otra parte de Escalon, en las costas, en donde realmente se les necesitaba, y les daría muerte a todos los criminales entre ellos.

El capitán perdió la noción del tiempo como le pasaba a menudo, perdiéndose en el resplandor de Las Flamas, y no fue sino hasta muy tarde en el día cuando se sobresaltó poniéndose en alerta. Había visto algo, algo que no podía procesar, y se frotaba los ojos pensando que era una alucinación. Pero mientras miraba, lentamente se dio cuenta de que esto no era una ilusión. El mundo estaba cambiando delante de sus ojos.

Lentamente, el constante crujir por el que había vivido cada momento desde que llegó aquí, se detuvo. El calor que emanaba desde Las Flamas desapareció de repente haciéndole sentir un escalofrío, su primer escalofrío real desde que había llegado a este lugar. Y entonces, al mirar, la

columna de flamas brillantes rojas y naranjas, las que le habían hecho arder los ojos iluminando día y noche sin cesar, habían desaparecido por primera vez.

Desaparecieron.

El capitán se frotó los ojos de nuevo en confusión. ¿Estaba soñando? Delante de él Las Flamas estaban bajando hacia el suelo como una cortina que caía. Y un segundo después, no quedó nada en absoluto.

Nada.

El capitán dejó de respirar y el pánico y la incredulidad empezaron a crecer dentro de él. Por primera vez se encontró mirando hacia lo que había del otro lado: Marda. Era una visión clara y sin obstrucciones. Era una tierra llena de negro; montañas negras y desiertas, escarpadas rocas negras, tierra negra, y árboles negros y muertos. Era una tierra que nunca debió ver; una tierra que nunca nadie en Escalon debió ver.

Hubo un silencio aterrante mientras los muchachos debajo por primera vez dejaron de pelear entre ellos. Todos ellos, impactados, se voltearon boquiabiertos. El muro de flamas se había extinguido y, del otro lado de pie y mirándolos con avaricia, estaba un ejército de troles que llenaba la tierra hasta el horizonte.

Una nación.

El corazón del capitán se desplomó. Ahí, a unos pies de distancia, estaba una nación de las bestias más desagradables, gigantescas, grotescas y deformes que había visto, todas blandiendo enormes alabardas y todas esperando pacientemente este momento. Millones de ellos los miraban pareciendo igual de impactados al darse cuenta de que nada los separaba de Escalon.

Las dos naciones se encararon mirándose entre ellos, los troles con una mirada de victoria y los humanos en pánico. Después de todo, eran unos cientos de humanos contra un millón de troles.

Se escuchó un grito que rompió el silencio. Este vino del lado de los troles, un grito de triunfo, y este fue seguido por un gran estruendo mientras los troles avanzaban. Se abalanzaron como una manada de búfalos, levantando sus alabardas y cortando las cabezas de muchachos congelados en pánico que ni siquiera pudieron correr. Fue una oleada de muerte, una oleada de destrucción.

El capitán mismo se quedó inmóvil en su torre, muy aterrado como para sacar su espada mientras los troles ya iban hacia él. Un momento después sintió cómo caía mientras la furiosa multitud derribaba su torre. Cayó sobre los brazos de los torres y gritó al sentir que lo tomaban con sus garras y lo hacían pedazos.

Y al encontrarse ahí muriendo y sabiendo lo que se avecinaba sobre Escalon, un pensamiento final cruzó por su mente: el muchacho que había sido apuñalado, que había muerto por un pedazo de pan, era el más afortunado de todos.

CAPÍTULO DOS

Dierdre sentía que sus pulmones eran aplastados mientras daba vueltas en la profundidad y desesperada por aire. Trató de estabilizarse pero sin poder lograrlo debido a las masivas olas de agua que la hacían girar una y otra vez. Deseaba respirar más que cualquier otra cosa en el mundo y su cuerpo gritaba por oxígeno, pero sabía que tratar de respirar ahora significaría su muerte.

Cerró los ojos y lloró, mezclando sus lágrimas con el agua y preguntándose cuándo terminaría este infierno. Su único consuelo fue el pensar en Marco. Lo había visto caer al agua junto con ella, lo había sentido tomarla de la mano y ahora lo buscaba por todas partes. Pero no encontró nada más que negrura y olas de espuma en la aplastante agua. Pensó que Marco ya debería estar muerto.

Dierdre deseaba llorar, pero el dolor derribó cualquier pensamiento de autocompasión de su mente y la hizo pensar solo en sobrevivir. Pero justo cuando pensó que la ola no podría cobrar más fuerza, esta la empujó contra el suelo una y otra vez atrapándola con tal fuerza que sintió que el peso del mundo entero estaba sobre ella. Sabía que no sobreviviría.

Pensó que el morir aquí en su ciudad natal y aplastada por una ola gigante creada por los cañones de los Pandesianos era irónico. Hubiera elegido morir de cualquier otra forma. Pensó que podría arreglárselas con cualquier clase de muerte; excepto ahogarse. No podía soportar el dolor extremo, la agitación, el no poder abrir la boca y tomar una bocanada de aire que cada parte de su cuerpo deseaba con desesperación.

Sintió que se volvía más débil y que sucumbía ante el dolor. Pero entonces y justo cuando sentía sus ojos cerrarse, justo cuando sabía que no podría soportar un segundo más, sintió que daba la vuelta y giraba rápidamente hacia arriba arrojada por la ola con la misma fuerza con la que la había aplastado. Se dirigió rápidamente hacia la superficie con el impulso de una catapulta, alcanzando a ver la luz solar y con la presión lastimándole los oídos.

Para su sorpresa, un momento después salió a la superficie. Jadeó tomando grandes bocanadas de aire y más agradecida de lo que nunca había estado en su vida. Abrió la boca tratando de respirar y, un momento después y para su terror, fue succionada debajo del agua de nuevo. Pero esta vez tuvo suficiente oxígeno para resistir un poco más y el agua no la empujó tan profundo.

Pronto salió a la superficie de nuevo tomando otra bocanada de agua y antes de ser sumergida de nuevo. Era diferente en cada ocasión, la ola se debilitaba y, al subir, sintió que la ola estaba llegando al final de la ciudad y se diluía.

Dierdre pronto se encontró en los límites de la ciudad, pasando los grandes edificios que ahora estaban bajo el agua. Fue empujada bajo el agua una vez más pero esta vez fue capaz de abrir los ojos y ver todos los grandes edificios que una vez habían estado erguidos. Vio montones de cuerpos flotando en el agua delante de ella como peces, cuerpos cuyas expresiones de muerte ella ya trataba de eliminar de su mente.

Finalmente y sin saber cuánto tiempo había pasado, Dierdre salió a la superficie de una vez por todas. Fue lo suficientemente fuerte para pelear contra la última ola que trató de sumergirla, y con una última patada pudo mantenerse a flote. El agua del puerto había viajado demasiado lejos tierra

adentro y no quedaba un lugar a dónde ir, y Dierdre pronto sintió que llegaba a un campo de césped mientras las aguas bajaban dirigiéndose otra vez al mar y dejándola sola.

Dierdre se quedó boca abajo con el rostro sobre el húmedo césped y gimiendo por el dolor. Seguía jadeando por el dolor en sus pulmones y disfrutando cada respiro profundo. Débilmente logró voltear su cabeza para mirar por sobre su hombro, y se horrorizó al ver que lo que había sido una gran ciudad ahora no era más que mar. Solo alcanzaba a mirar la punta de la torre de la campana que se elevaba unos cuantos pies, y se quedó pasmada al recordar que solía elevarse a cientos de pies en el aire.

Completamente exhausta, Dierdre por fin se rindió. Dejó caer su rostro en el suelo dejando que el dolor de lo que había sucedido ahí la sobrecogiera. No podía moverse.

Momentos después se quedó profundamente dormida, apenas viva en un campo remoto en una esquina del mundo. Pero de alguna manera, había sobrevivido.

*

“Dierdre,” dijo una voz acompañada de un gentil empujón.

Dierdre abrió los ojos y se sorprendió al ver que ya bajaba el sol. Helada y con su ropa todavía mojada, trató de recuperarse preguntándose cuánto tiempo llevaba ahí, preguntándose si estaba viva o muerta. Pero entonces sintió la mano de nuevo tocándole la espalda.

Dierdre miró hacia arriba y, con un gran alivio, vio que se trataba de Marco. Sintió una gran alegría al saber que estaba vivo. Se miraba golpeado, demacrado y muy pálido, y parecía como si hubiera envejecido cien años. Pero seguía vivo. De alguna manera había logrado sobrevivir.

Marco se arrodilló a su lado, sonriéndole pero mirándola con ojos tristes, ojos que no brillaban con la vida que alguna vez habían tenido.

“Marco,” le respondió ella débilmente y sorprendida por lo grave que estaba su voz.

Ella le miró una cortada en el rostro y, preocupada, estiró la mano para tocarla.

“Te vez tan mal como yo me siento,” dijo ella.

Él la ayudó a levantarse y ella se puso de pie, con su cuerpo adolorido por todos los golpes, magulladuras, rasguños y cortadas por todos sus brazos y piernas. Pero al menos pudo comprobar que no tenía nada roto.

Dierdre respiró profundo y se llenó de valor para ver detrás de ella. Tal como lo temía, era una pesadilla: su amada ciudad había desaparecido en el mar y lo único que quedaba era una pequeña parte de la torre de la campana. En el horizonte vio una flota de barcos negros Pandesianos que iban más y más profundo tierra adentro.

“No podemos quedarnos aquí,” dijo Marco con urgencia. “Ya vienen.”

“¿A dónde podemos ir?” preguntó ella sintiéndose desesperanzada.

Marco la miró con una expresión en blanco claramente sin saber.

Dierdre miró hacia la puesta de sol tratando de pensar y con la sangre palpitándole en los oídos. Todos a los que conocía y amaba estaban muertos. Sintió que no le quedaba nada por qué vivir; ningún lugar a dónde ir. ¿A dónde podías ir cuando tu ciudad natal había sido destruida, cuando todo el peso del mundo estaba cayendo sobre ti?

Dierdre cerró los ojos y sacudió la cabeza en desconsuelo deseando que todo desapareciera. Sabía que su padre estaba ahí atrás, muerto. Sus soldados estaba todos muertos. Personas a la que había conocido y amado toda su vida estaba todas muertas gracias a estos monstruos Pandesianos. Ahora no quedaba nadie que pudiera detenerlos. ¿Cuál era el sentido de continuar?

Dierdre, aunque quiso evitarlo, se echó a llorar. Pensando en su padre, cayó de rodillas sintiéndose devastada. Lloró y lloró deseando morir también, deseando *haber* muerto, maldiciendo al cielo por permitirle seguir con vida. ¿Por qué no simplemente murió en esa ola? ¿Por qué no pudo simplemente ser asesinada junto con los demás? ¿Por qué había recibido la maldición de la vida?

Sintió una mano consoladora en el hombro.

“Está bien, Dierdre,” dijo Marco suavemente.

Dierdre se sobresaltó, avergonzada.

“Lo siento,” dijo ella mientras lloraba. “Es solo que... mi padre... Ahora no tengo nada.”

“Lo has perdido todo,” dijo Marco también con voz pesada. “Y yo también. Tampoco deseo continuar. Pero *tenemos* que hacerlo. No podemos quedarnos aquí a morir. Esto los deshonoraría. Deshonoraría a todo por lo que vivieron y pelearon.”

En el largo silencio que le siguió, Dierdre lentamente se puso erguida al darse cuenta de que él tenía razón. Además, al ver los ojos cafés de Marco que la miraban con compasión, se dio cuenta de que *sí* tenía a alguien; tenía a Marco. También tenía el espíritu de su padre que la miraba desde arriba deseando que fuera fuerte.

Se obligó a recuperar la confianza. Tenía que ser fuerte. Su padre hubiera querido que fuera fuerte. Se dio cuenta de que la autocompasión no le ayudaría en nada; y tampoco su muerte.

Miró a Marco y pudo descubrir más que compasión; también pudo ver el amor por ella en sus ojos.

Sin estar completamente consciente de lo que hacía, Dierdre, con el corazón acelerado, se acercó encontrando los labios de Marco en un beso inesperado. Por un momento sintió que era llevada a otro mundo y que todas sus preocupaciones desaparecían.

Sorprendida, se hizo para atrás lentamente sin dejarlo de mirar. Marco se miraba igual de sorprendido. La tomó de la mano.

Al hacerlo, ella se sintió llena de ánimo y esperanza y pudo pensar con claridad de nuevo; entonces tuvo una idea. Había alguien más, un lugar a dónde ir, una persona a quién buscar.

Kyra.

Dierdre sintió una repentina oleada de esperanza.

“Sé a dónde debemos ir,” dijo emocionada y precipitadamente.

Marco la miró, confundido.

“Kyra,” dijo ella. “Podemos encontrarla. Ella nos ayudará. En donde sea que esté, está peleando. Podemos ayudarlo.”

“¿Pero cómo sabes que sigue con vida?” preguntó él.

Dierdre negó con la cabeza.

“No lo sé,” respondió. “Pero Kyra siempre sobrevive. Es la persona más fuerte que jamás he conocido.”

“¿En dónde está?” le preguntó.

Dierdre pensó y recordó que la última vez que había visto a Kyra se dirigía hacia el norte, hacia la Torre.

“La Torre de Ur,” dijo ella.

Marco parecía sorprendido; después un rayo de optimismo pasó por sus ojos.

“Ahí están los Observadores,” dijo él. “Al igual que otros guerreros. Estos hombres pueden pelear con nosotros.” Ella asintió con emoción. “Una buena opción,” añadió él. “Estaremos seguros en esa torre. Y si tu amiga está ahí, entonces mucho mejor. Está a un día de caminata desde aquí. Vámonos. Debemos movernos con rapidez.”

Él la tomó de la mano y, sin decir otra palabra, empezaron a avanzar. Dierdre se llenó con un nuevo sentido de optimismo mientras se dirigían hacia el bosque y, en alguna parte en el horizonte, hacia la Torre de Ur.

CAPÍTULO TRES

Kyra se preparó mientras se adentraba en un campo de fuego. Las flamas se elevaron en el cielo y bajaron con la misma rapidez, todas de diferentes colores y acariciándola mientras caminaba con los brazos a los lados. Sintió que su intensidad la abrazaba y envolvía completamente. Sabía que caminaba hacia la muerte, pero no había otro camino.

Pero de alguna increíble manera no sentía ningún dolor. Tenía una sensación de paz, la sensación de llegar al final de su vida.

Miró hacia adelante y, entre las flamas, vio a su madre que la esperaba en el otro extremo, en el lado opuesto del campo. Se sintió en paz al pensar que al fin estaría en los brazos de su madre.

Aquí estoy, Kyra, la llamó. Ven a mí.

Kyra observó entre las llamas y apenas pudo distinguir el rostro de su madre, casi translúcido, parcialmente oculto entre un muro de llamas que se elevaba. Se adentró más en las crujientes flamas y sin poder detenerse hasta que estuvo rodeada por todos lados.

Un rugido atravesó el aire incluso elevándose sobre el sonido del fuego, y miró hacia arriba impresionada al ver el cielo lleno de dragones. Volaban en círculo y chillaban y, mientras observaba, un inmenso dragón rugió y se dirigió justo hacia ella.

Kyra sintió que era la muerte viniendo por ella.

Mientras el dragón se acercaba extendiendo sus garras, de repente el suelo se abrió debajo de ella y empezó a caer dentro de la tierra, una tierra envuelta en llamas, un lugar del que ella sabía nunca podría escapar.

Kyra abrió los ojos con un sobresalto y respirando agitadamente. Miró hacia los lados preguntándose en dónde estaba y sintiendo dolor en todo su cuerpo. Sintió dolor en su rostro y sus mejillas estaban palpitantes e hinchadas, y mientras levantaba la cabeza respirando con dificultad, descubrió que su rostro estaba cubierto de lodo. Se dio cuenta de que estaba boca abajo sobre el lodo, y mientras se levantaba lentamente empujando con sus manos, se limpió el lodo del rostro y se preguntó qué había pasado.

De repente un rugido atravesó el aire, y Kyra sintió una oleada de terror al ver algo en el cielo que era muy real. El aire estaba lleno de dragones de todas formas y tamaños y colores, todos dando vueltas, chillando, respirando fuego y enfurecidos. Mientras observaba, uno de ellos bajó y arrojó una columna de fuego directamente hacia el suelo.

Kyra miró hacia los lados tratando de reconocer el lugar y su corazón se detuvo al ver en dónde estaba: Andros.

Su memoria regresó en un instante. Había estado volando encima de Theon en dirección a Andros para salvar a su padre cuando fueron atacados en el cielo por una manada de dragones. Aparecieron repentinamente en el cielo, mordieron a Theon, y los habían arrojado al suelo. Kyra descubrió que había perdido la consciencia.

Ahora era despertada por una oleada de calor, espeluznantes chillidos, una capital en caos, y por una capital que estaba cubierta en llamas. Las personas corrían por sus vidas en todas direcciones mientras una tormenta de fuego caía sobre ellos. Parecía como si el fin del mundo hubiera llegado.

Kyra escuchó una respiración agitada y su corazón se desplomó al ver que Theon estaba derribado cerca de ella, herido y con sangre saliéndole por entre las escamas. Sus ojos estaban cerrados, su lengua estaba fuera de su boca y parecía estar a punto de morir. La única razón por la que seguían vivos era que estaban cubiertos por una montaña de escombros. Debieron haber sido lanzados contra un edificio que se colapsó encima de ellos. Al menos esto les había dado protección escondiéndolos de los dragones en el cielo.

Kyra sabía que tenía que tomar a Theon y salir de allí cuanto antes. No les quedaba mucho tiempo antes de ser descubiertos.

“¡Theon!” le gritó.

Se dio la vuelta haciendo un gran esfuerzo y al fin fue capaz de quitarse un pedazo de escombros que estaba sobre su espalda para liberarse. Entonces se dirigió con rapidez hacia Theon y empezó a arrojar frenéticamente el escombros que estaba sobre él. Fue capaz de arrojar la mayoría de las rocas, pero al empujar la roca más grande que lo mantenía atrapado, no fue capaz de moverla. Empujó una y otra vez pero, sin importar cuanto lo intentaba, no pudo hacer que cediera.

Kyra corrió hacia el rostro de Theon desesperada por despertarlo. Le acarició las escamas y lentamente, para su alivio, Theon abrió los ojos. Pero volvió a cerrar los ojos mientras ella lo sacudía con más fuerza.

“¡Despierta!” demandó Kyra. “¡Te necesito!”

Los ojos de Theon se abrieron un poco otra vez y voltearon a verla. El dolor y furia en su mirada se suavizó cuando pudo conocerla. Trató de moverse, de levantarse, pero estaba claramente muy débil; la roca lo tenía atrapado.

Kyra empujó la roca con desesperación pero finalmente se echó a llorar al ver que no podrían moverla. Theon estaba atrapado. Moriría aquí al igual que ella.

Kyra, escuchando un rugido, miró hacia arriba y vio que un inmenso dragón con afiladas escamas verdes los había descubierto. Rugió con furia y empezó a bajar sobre ellos.

Déjame.

Kyra escuchó una voz resonando en su interior. Era la voz de Theon.

Escóndete. Vete lejos de aquí mientras haya tiempo.

“¡No!” dijo ella estremeciéndose y rehusándose a dejarlo.

Vete, insistió él. O ambos moriremos aquí.

“¡Entonces moriremos los dos!” gritó ella dejando que una valiente determinación la dominara. No abandonaría a su amigo. Nunca lo haría.

El cielo se oscureció y Kyra vio que el dragón estaba sobre ellos con las garras extendidas. Abrió su boca mostrando filas de dientes afilados y ella supo que no sobrevivirían. Pero no le importó. No abandonaría a Theon. La muerte podía vencerla pero no la cobardía. No temía morir.

A lo único que le temía era a no vivir correctamente.

CAPÍTULO CUATRO

Duncan corrió junto con los otros por las calles de Andros, cojeando pero haciendo su mejor esfuerzo por seguirle el paso a Aidan, Motley y a la joven que iba con ellos, Cassandra, mientras que el perro de Aidan, Blanco, lo animaba empujando sus talones. Tomándolo del brazo estaba su antiguo y leal comandante, Anvin, con Septin, su nuevo escudero a su lado, tratando de ayudarlo a seguir avanzando pero claramente estando también en mal estado. Duncan pudo ver que su amigo estaba muy herido, y se conmovió al pensar que había venido en tal estado desde tan lejos para liberarlo.

El desorganizado grupo corría por las calles destrozadas de Andros, con caos levantándose en todos lados y teniendo las probabilidades de sobrevivir en contra. Por un lado, Duncan se sentía aliviado por estar libre, feliz por volver a ver a su hijo otra vez, y agradecido de estar con todos ellos. Pero al mirar al cielo, sentía que había dejado una celda para caer en una muerte segura. El cielo estaba lleno de dragones que volaban en círculos, que caían sobre los edificios y pasaban sobre la ciudad arrojando sus terribles muros de fuego. Calles completas estaban cubiertas en fuego limitando el avance del grupo. Mientras perdían una ruta tras otra, escapar de la ciudad parecía cada vez menos probable.

Motley claramente conocía estas calles muy bien y los guiaba con habilidad pasando por un callejón tras otro, encontrando atajos en todas partes y logrando esquivar a los grupos de soldados Pandesianos que eran la otra amenaza en su escape. Pero sin importar lo habilidoso que era, Motley no podía evitar a los dragones, y mientras entraban en otro callejón se encontraron con que ya estaba en llamas. Se detuvieron al sentir el calor en sus rostros y retrocedieron.

Duncan, cubierto en sudor mientras retrocedía, miró hacia Motley, pero no encontró consuelo al ver que, esta vez, Motley volteaba hacia todos lados con el rostro lleno de pánico.

“¡Por aquí!” dijo finalmente Motley.

Se dio la vuelta y los guio por otro callejón apenas escapando de otro dragón que cubría el lugar en el que habían estado con una nueva oleada de fuego.

Mientras corrían, Duncan sentía el dolor de ver su ciudad siendo destrozada, el lugar al que tanto había amado y defendido. No pudo evitar sentir que Escalon nunca recuperaría su antigua gloria; que su tierra natal estaba arruinada para siempre.

Se escuchó un grito y Duncan vio sobre su hombro que una docena de soldados Pandesianos los habían descubierto. Los perseguían por el callejón acercándose cada vez más, y Duncan supo que no podrían pelear contra ellos ni mucho menos huir. La salida de la ciudad aún estaba muy lejos y se les había acabado el tiempo.

Pero entonces se escuchó un inmenso impacto, y Duncan vio cómo un dragón derribaba la torre de la campana del castillo con sus garras.

“¡Cuidado!” gritó.

Se arrojó hacia adelante quitando a Aidan y a los otros del camino antes de que los restos de la torre cayeran sobre ellos. Un gran pedazo de piedra cayó detrás de él con una explosión ensordecedora levantando una gran nube de polvo.

Aidan miró hacia su padre con sorpresa y gratitud en sus ojos, y Duncan sintió una gran satisfacción al ver que al menos había salvado la vida de su hijo.

Duncan escuchó gritos apagados y se dio cuenta con gratitud de que la roca había bloqueado el camino de los soldados que los perseguían.

Siguieron corriendo mientras Duncan trataba de seguir el paso, con su debilidad y heridas por el encarcelamiento limitando sus esfuerzos; estaba desnutrido, magullado y golpeado, y cada paso representaba un doloroso esfuerzo. Pero aun así se obligó a continuar, al menos hasta lograr que su hijo y los demás estuvieran a salvo. No podía decepcionarlos.

Pasaron por una esquina angosta y llegaron a una bifurcación en el camino. Se detuvieron y todos miraban a Motley.

“¡Tenemos que salir de esta ciudad!” le gritó Cassandra a Motley claramente frustrada. “¡Y tú no sabes hacia dónde vas!”

Motley miró hacia izquierda y derecha claramente confundido.

“Solía haber un burdel en este callejón,” dijo mirando hacia la derecha. “Lleva hacia la parte posterior de la ciudad.”

“¿Un burdel?” replicó Cassandra. “Ya veo que tienes buenas compañías.”

“No importa las compañías que tenga,” añadió Anvin, “mientras podamos salir de aquí.”

“Tan solo esperemos que no esté bloqueado,” añadió Aidan.

“¡Vamos!” gritó Duncan.

Motley empezó a correr de nuevo girando hacia la derecha, sin condición y respirando con dificultad.

Los demás giraron y lo siguieron, todos poniendo sus esperanzas en Motley mientras avanzaban por los callejones traseros de la capital.

Giraron una y otra vez hasta que finalmente llegaron hasta un pequeño arco de piedra. Se agacharon corriendo debajo de él y, al pasar al otro lado, Duncan sintió alivio al ver que veía el campo abierto. Se emocionó al ver en la distancia la puerta trasera de Andros y las llanuras y desierto detrás de ella. Justo del otro lado de la puerta estaban una docena de caballos Pandesianos atados, claramente abandonados por sus jinetes muertos.

Motley sonrió.

“Se los dije,” dijo él.

Duncan corrió junto con los otros aumentando la velocidad, sintiendo que era él mismo otra vez y sintiendo una nueva oleada de esperanza; cuando de repente escuchó un grito que le atravesó el alma.

Se detuvo inmediatamente, escuchando.

“¡Esperen!” les gritó a los otros.

Todos se detuvieron y voltearon a verlo como si hubiera perdido la cabeza.

Duncan se quedó de pie, esperando. ¿Podría ser? Podía jurar que había escuchado la voz de su hija, Kyra. ¿Había sido una alucinación?

Por supuesto que debió habérselo imaginado. ¿Cómo sería posible que estuviera *aquí* en Andros? Ella estaba del otro lado de Escalon, sana y salva en la Torre de Ur.

Pero aun así no pudo seguir avanzando después de escucharlo.

Se quedó inmóvil, esperando; y entonces lo escuchó de nuevo. Sintió un escalofrío en todo su cuerpo. Esta vez estaba seguro. Era Kyra.

“¡Kyra!” gritó él abriendo los ojos.

Sin pensarlo, les dio la espalda a los demás y a la salida y regresó hacia la ciudad en llamas.

“¿¡A dónde vas!?” gritó Motley detrás de él.

“¡Kyra está aquí!” dijo mientras corría. “¡Y está en peligro!”

“¿Estás loco?” dijo Motley alcanzándolo y tomándolo del hombro. “¡Te diriges a una muerte segura!”

Pero Duncan, determinado, se quitó la mano de Motley y siguió corriendo.

“Una muerte segura,” respondió, “sería el darle la espalda a la hija que amo.”

Duncan no se detuvo mientras pasaba solo por un callejón, corriendo hacia la muerte y hacia la ciudad en llamas. Sabía que significaría su muerte. No le importaba. Lo único que importaba era ver a Kyra de nuevo.

Kyra, pensó. Espérame.

CAPÍTULO CINCO

El Santísimo y Supremo Ra estaba sentado en su trono dorado en la capital, en el centro de Andros, y miraba hacia la cámara llena con sus generales, esclavos, y suplicantes, mientras frotaba sus manos en los respaldos del trono ardiendo con insatisfacción. Sabía que debía sentirse satisfecho y victorioso después de todo lo que había conseguido. Después de todo, Escalon había sido el último bastión de libertad en el mundo, el último lugar en su imperio que no estaba en completa subyugación, y en los últimos días había logrado que sus fuerzas pasaran por una de las rutas más famosas de todos los tiempos. Cerró los ojos y sonrió al recordar pasar por la Puerta del Sur sin ningún impedimento, arrasar con las ciudades del sur de Escalon, y crear un trayecto al norte hasta llegar a la capital. Sonrió al pensar que este país, que en alguna ocasión había sido fructífero, ahora no era más que un gigantesco cementerio.

Sabía que el norte de Escalon había tenido una suerte similar. Sus flotas habían logrado inundar la gran ciudad de Ur haciendo que ahora solo quedara la memoria. En la costa este sus flotas habían tomado el Mar de las Lágrimas y habían destrozado todas las ciudades portuarias de la costa, empezando con Esephus. Casi todo rincón de Escalon ya estaba en sus manos.

Pero más que nada, el comandante rebelde que había empezado todo esto, Duncan, ahora estaba en una celda como prisionero de Ra. Ahora, mientras Ra veía el sol elevarse por la ventana, se llenó de emoción con la idea de llevar personalmente a Duncan a la horca. Él mismo jalaría la cuerda y lo vería morir. Sonrió al pensarlo. Este sería un excelente día.

La victoria de Ra estaba completa en todos los frentes; pero aun así no se sentía satisfecho. Ra trataba de ver dentro de sí mismo para entender este sentimiento de insatisfacción. Tenía todo lo que deseaba. ¿Qué era lo que lo molestaba?

Ra nunca se había sentido satisfecho, ni en ninguna de sus campañas ni en toda su vida. Siempre había algo que ardía en su interior, un deseo de tener más y más. Incluso ahora podía sentirlo. ¿Qué más podía hacer para satisfacer sus deseos? se preguntaba. ¿Qué hacer para que su victoria se sintiera más completa?

Lentamente pensó en un plan. Podía matar a cada hombre, mujer y niño que quedara en Escalon. Podría primero violar a las mujeres y torturar a los hombres. Sonrió aún más. Sí, eso ayudaría. De hecho, podía empezar justo ahora.

Ra miró hacia sus consejeros, cientos de sus mejores hombres que se inclinaban ante él con las cabezas bajas y sin atreverse a verlo a los ojos. Todos miraban hacia el suelo en silencio como era debido. Después de todo, eran afortunados de estar en la presencia de un dios.

Ra se aclaró la garganta.

“Tráiganme a las diez mujeres más hermosas que queden en Escalon cuanto antes,” ordenó con una voz profunda que hizo eco en la cámara.

Uno de sus sirvientes bajo la cabeza hasta que casi tocó el piso de mármol.

“¡Sí, mi señor!” dijo mientras daba la vuelta y salía corriendo.

Pero mientras el sirviente iba hacia la puerta esta se abrió primero y otro sirviente entró en la cámara, frenético, corriendo directamente hacia el trono de Ra. Todos los demás en la sala se quedaron sin aliento, horrorizados por la afrenta. Nunca nadie se atrevía a entrar en la habitación y mucho menos acercarse a Ra sin una invitación formal. Hacerlo significaba una muerte segura.

El sirviente se arrojó boca abajo al suelo y Ra lo miró con disgusto.

“Mátenlo,” ordenó.

Inmediatamente varios de sus soldados se acercaron y tomaron al hombre. Lo arrastraban y mientras lo hacían este se retorció y gritó: “¡Espera, mi grandioso Señor! ¡Traigo noticias urgentes, noticias que debes escuchar cuanto antes!”

Ra dejó que arrastraran al hombre sin importarle las noticias. El hombre se sacudió todo el camino y cuando estaba a punto de pasar por la puerta, gritó:

“¡Duncan ha escapado!”

Ra, sintiendo un repentino impacto, levantó su palma derecha. Sus hombres se detuvieron sosteniendo al mensajero en la puerta.

Frunciendo el ceño, Ra lentamente procesó la noticia. Se levantó y respiró profundo. Bajó por los escalones de marfil uno a la vez mientras sus botas doradas hacían eco al atravesar toda la cámara. Había un silencio lleno de tensión en la habitación hasta que finalmente se detuvo frente al mensajero. Ra pudo sentir la furia creciendo dentro de él con cada paso que daba.

“Dímelo de nuevo,” ordenó Ra con voz oscura y siniestra.

El mensajero se estremeció.

“Lo siento mucho, mi grande y sagrado Supremo Señor,” dijo con voz temblorosa, “pero Duncan ha escapado. Alguien lo ha rescatado de los calabozos. ¡Nuestros hombres lo persiguen por la capital mientras hablamos!”

Ra sintió que su rostro se enrojeció sintiendo un fuego dentro de él. Apretó los puños. No lo permitiría. No permitiría que le robaran la última pieza de su satisfacción.

“Gracias por traerme estas noticias,” dijo Ra.

Ra sonrió y por un momento el mensajero pareció relajado e incluso empezó a sonreír y llenarse de orgullo.

Ra sí lo recompensó. Dio un paso hacia adelante y lentamente puso sus manos alrededor del cuello del hombre y empezó a apretar. Los ojos del hombre se le hinchaban en la cabeza mientras tomaba las muñecas de Ra; pero no fue capaz de escapar. Ra sabía que no lo lograría. Después de todo, él solo era un hombre, y Ra era el grande y sagrado Ra, el Hombre Que Una Vez Fue Dios.

El hombre cayó al suelo, muerto. Pero esto le dio a Ra muy poca satisfacción.

“¡Hombres!” gritó Ra.

Sus comandantes prestaron atención y lo miraron con miedo.

“¡Sellen cada salida de la ciudad! Manden a todos los soldados que tenemos a encontrar a Duncan. Y mientras lo hacen, maten a cada hombre, mujer y niño que quede en esta ciudad de Escalon. ¡VAYAN!”

“¡Sí, Supremo Señor!” respondieron los hombres al mismo tiempo.

Todos salieron corriendo de la habitación tropezando uno con otro, todos tratando de seguir las órdenes de su amo más rápido que los demás.

Ra se dio la vuelta, hirviendo, mientras cruzaba solo la ahora vacía habitación. Salió hacia un ancho balcón que permitía ver toda la ciudad.

Ra salió y sintió el aire fresco mientras veía la ciudad en caos debajo. Vio con alegría que sus soldados ocupaban la mayor parte de ella. Se preguntó en dónde estaría Duncan. Tenía que reconocer que lo admiraba; tal vez incluso hasta veía algo de él mismo en él. Pero aun así Duncan sabría lo que significaba desafiar al grandioso Ra. Aprendería a aceptar con gracia la muerte. Aprendería a someterse como el resto del mundo.

Se empezaron a escuchar gritos y Ra vio que sus soldados empezaban a apuñalar con espadas y lanzas a hombres, mujeres y niños por la espalda. Siguiendo sus órdenes, las calles empezaron a llenarse de sangre. Ra suspiró consolándose con esto y obteniendo un poco de satisfacción. Todos estos Escalonianos aprenderían. Era lo mismo en cualquier lugar a donde iba, en cualquier país que conquistaba. Pagarían por los pecados de su comandante.

Pero un sonido repentino cruzó por el aire incluso por encima de los gritos, y esto sacó a Ra de su ensimismamiento. No podía comprender de qué se trataba o por qué lo había perturbado tanto. Fue un sonido grave y bajo semejante a un trueno.

Justo cuando se preguntaba si en realidad lo había escuchado, se escuchó de nuevo con más fuerza y se dio cuenta de que no venía del suelo, sino del cielo.

Ra miró hacia arriba perplejo, examinando las nubes en confusión. El sonido vino una y otra vez y entonces supo que no eran truenos. Era algo mucho más tenebroso.

Mientras examinaba las nubes grises, Ra de repente vio algo que nunca olvidaría. Parpadeó al creer que lo había imaginado. Pero sin importar las veces que cerraba los ojos, eso seguía allí.

Dragones. Una manada entera.

Bajaron sobre Escalon extendiendo alas y garras y respirando llamas de fuego. Volaban directamente hacia él.

Antes de que pudiera procesarlo, cientos de sus soldados ya estaban siendo quemados debajo, gritando al quedar atrapados en las columnas de fuego. Cientos más gimieron mientras los dragones los despedazaban.

Mientras se quedó inmóvil por el pánico y la incredulidad, un enorme dragón se dirigió hacia él. Apuntó hacia su balcón levantando las garras y bajó.

Un momento después ya estaba cortando la piedra en dos y errando por solo un poco gracias a que se agachó. Ra, en pánico, sintió que la piedra empezaba a derrumbarse debajo de él.

Momentos después sintió que caía retorciéndose y gritando hacia los pisos de abajo. Había pensado que era intocable, más grande que cualquier otra cosa.

Pero después de todo, la muerte lo había encontrado.

CAPÍTULO SEIS

Kyle giró su bastón con todas sus fuerzas, exhalaba por el cansancio mientras golpeaba tanto a soldados Pandesianos como a troles que se le acercaban por todos lados. Derribaba a hombres y troles a diestra y siniestra mientras espadas y alabardas chocaban con su bastón haciendo que chispas volaran en todas direcciones. Aunque los estaba venciendo, ya podía sentir un dolor profundo en sus hombros. Ya había estado peleando por horas, y ahora que estaba rodeado, sabía que su situación era alarmante.

Al principio, los Pandesianos y los troles peleaban entre ellos dejándolo pelear con quien él quisiera, pero al ver que Kyle derribaba a todos a su alrededor, se dieron cuenta de que lo mejor era unirse para pelear contra él. Por un momento los Pandesianos y los troles dejaron de tratar de matarse entre ellos y se enfocaron en matarlo a él.

Mientras Kyle atacaba y derribaba a tres troles, un Pandesiano se escabulló por detrás y cortó el estómago de Kyle con su espada. Kyle gritó y se retorció por el dolor tratando de evitar que fuera grave, pero aun así sangraba. Al mismo tiempo y antes de que pudiera contraatacar, un trol levantó su mazo y golpeó a Kyle en el hombro, derribando el bastón de su mano y haciéndolo caer de rodillas y manos.

Kyle se arrodilló sintiendo un dolor intenso en su hombro y tratando de recuperar el aliento. Antes de que pudiera recuperarse, un trol más se acercó y lo pateó en el rostro arrojándolo de espaldas al suelo.

Un Pandesiano entonces dio un paso tomando su lanza, la levantó en lo alto con ambas manos, y la bajó hacia la cabeza de Kyle.

Kyle, no estando listo para morir, giró quitándose del camino y la lanza cayó sobre el suelo justo a un lado de su rostro. Siguió rodando, se puso de pie y, mientras dos troles más lo atacaban, tomó una espada del suelo y los apuñaló al darse la vuelta.

Mientras varios más empezaron a rodearlo, Kyle rápidamente tomó su bastón y los derribó a todos, peleando como un animal acorralado mientras se formaba un círculo a su alrededor. Se quedó inmóvil respirando agitadamente y con sangre saliéndole del labio mientras sus enemigos lo rodeaban más y más con sangre en sus ojos.

El dolor en su estómago y hombro era insoportable. Kyle trató de ignorarlo para poder concentrarse. Sabía que se enfrentaba a una muerte inminente, pero se consoló con el hecho de que había rescatado a Kyra. Eso había hecho que todo valiera la pena y estaba dispuesto a pagar el precio.

Miró hacia el horizonte y se consoló al ver que había logrado escapar de todo esto cabalgando en Andor. Se preguntó si estaba a salvo y oró porque lo estuviera.

Kyle había peleado valientemente por horas, un hombre contra dos ejércitos, y había matado a miles de ellos. Pero ahora sabía que estaba muy débil para continuar. Simplemente había demasiados de ellos y sus números parecían nunca acabar. Se había colocado en medio de una guerra; los troles invadían la tierra desde el norte mientras los Pandesianos aparecían desde el sur, y ya no podía seguir peleando con ambos.

Kyle sintió un dolor repentino en las costillas cuando un trol se acercó por detrás y lo golpeó en la espalda con el mango de su hacha. Kyle giró su bastón cortando al trol en la garganta y derribándolo; pero al mismo tiempo dos soldados Pandesianos avanzaron y lo golpearon con sus escudos. El dolor en su cabeza era agobiante y Kyle cayó al suelo esta vez sabiendo que no podría levantarse. Estaba muy débil para continuar.

Kyle cerró los ojos y por su mente pasaron imágenes de su vida. Vio a todos los Observadores, personas con las que había servido por días, y vio a todos los que había conocido y amado. Más que nada, vio el rostro de Kyra. Lo único que lamentaba era que no podría volver a verla antes de morir.

Kyle miró hacia arriba y vio que tres horribles troles se acercaban levantando sus alabardas. Sabía que era el final.

Mientras las bajaban hacia él, pudo enfocarse en todo. Fue capaz de escuchar el sonido del viento, de oler el aire fresco. Por primera vez en siglos, se sintió realmente vivo. Se preguntó por qué nunca antes había podido realmente apreciar la vida hasta ahora que estaba a punto de morir.

Mientras Kyle cerraba los ojos y se preparaba para recibir la muerte, de repente un rugido atravesó el cielo. Lo despertó de su ensimismamiento. Parpadeó y miró hacia arriba para ver algo que salía por entre las nubes. Al principio Kyle pensó que eran ángeles que venían a llevarse su cuerpo muerto.

Pero entonces vio que los troles estaban congelados en confusión examinando el cielo; Kyle supo que era real. Era algo diferente.

Y entonces, al alcanzar a ver de lo que se trataba, su corazón se detuvo.

Dragones.

Una manada de dragones bajaban en círculos, furiosos y respirando fuego. Descendieron rápidamente extendiendo los talones y arrojando llamas y, sin avisar, matando a cientos de soldados y troles a la vez. Una oleada de fuego cayó extendiéndose y, en solo segundos, los troles encima de Kyle se convirtieron en cenizas. Kyle, al ver que se acercaban las llamas, tomó un gran escudo de cobre que estaba a su lado y se escondió debajo de este. El calor fue tan intenso al pasar sobre él que casi le quemó las manos; pero no lo soltó. Los troles y soldados muertos cayeron encima de él, y sus armaduras lo protegieron todavía más mientras llegaba otra oleada de fuego más poderosa. De manera irónica, ahora estos soldados y troles lo salvaban de la muerte.

Él se aferró, sudando y apenas resistiendo el calor mientras los dragones bajaban una y otra vez. Sin poder resistirlo más, se desmayó rogando porque no fuera quemado vivo.

CAPÍTULO SIETE

Vesuvius estaba en la orilla del desfiladero junto a la Torre de Kos, mirando las olas romperse del Mar de los Lamentos y el vapor que se elevaba desde donde la Espada de Fuego había sido hundida; tenía una gran sonrisa. Lo había logrado. La Espada de Fuego ya no era más. Les había robado a la Torre de Kos y a Escalon su artefacto más apreciado. Había acabado con Las Flamas de una vez por todas.

Vesuvius estaba radiante de emoción. Su palma aún le dolía después de haber tocado la Espada de Fuego y, al observarla, vio que la insignia le había quedado marcada. Pasó uno de sus dedos por las cicatrices frescas sabiendo que las tendría para siempre como prueba de su éxito. El dolor era sobrecogedor, pero se obligó a sacarlo de su mente y a no dejar que lo molestara. De hecho, había aprendido a disfrutar el dolor.

Finalmente y después de varios siglos, su pueblo por fin tendría lo que merecía. Ahora ya no estarían relegados a Marda, a las orillas al norte del imperio y a una tierra infértil. Ahora tendrían su venganza después de estar atrapados tras el muro de fuego, inundarían Escalon y lo harían pedazos.

Su corazón se aceleró con tan solo pensarlo. Ya estaba ansioso por darse la vuelta, cruzar el Dedo del Diablo, regresar al continente y encontrarse con su pueblo en medio de Escalon. La nación entera de troles se reuniría en Andros, y juntos destruirían para siempre cada rincón de Escalon. Se convertiría en el nuevo país de los troles.

Pero mientras Vesuvius estaba de pie mirando las olas y el lugar en el que se había hundido la espada, algo le molestaba. Miró hacia el horizonte examinando las aguas negras de la Bahía de la Muerte y sentía que faltaba algo, algo que hacía que su satisfacción fuera incompleta. Al mirar hacia el horizonte, en la distancia, vio un pequeño barco de velas blancas que navegaba en la Bahía de la Muerte. Navegaba hacia el oeste alejándose del Dedo del Diablo. Al verlo avanzar, supo que algo no estaba bien.

Vesuvius se dio la vuelta y miró hacia arriba hacia la Torre. Estaba vacía. Sus puertas estaban abiertas. La Espada lo había estado esperando. Los guardas la habían abandonado. Había sido muy sencillo.

¿Por qué?

Vesuvius sabía que Merk el asesino había estado tras la Espada; lo había estado siguiendo por el Dedo del Diablo. ¿Por qué la abandonaría? ¿Por qué se alejaba navegando a través de la Bahía de la Muerte? ¿Quién era esa mujer que viajaba con él? ¿Había estado ella cuidando la torre? ¿Qué secretos escondía?

¿Y a dónde iban?

Vesuvius volteó hacia el vapor que salía del océano y después de nuevo hacia el horizonte; sintió un ardor en las venas. No pudo evitar sentir que de alguna manera había sido engañado, que le habían robado su victoria completa.

Mientras Vesuvius más pensaba en ello, más se daba cuenta de que algo estaba mal. Todo había sido muy conveniente. Examinó las violentas aguas debajo, las olas rompiendo contra las rocas, y el vapor que se elevaba, y entonces se dio cuenta de que nunca sabría la verdad. Nunca sabría si la Espada de Fuego en realidad se había hundido hasta el fondo; si había algo que no había descubierto; si en realidad había sido la espada correcta; y si Las Flamas realmente habían sido bajadas para siempre.

Vesuvius, ardiendo en indignación, tomó una decisión: tenía que perseguirlos. Nunca sabría la verdad hasta que los alcanzara. ¿Había otra torre secreta en otra parte? ¿Había otra espada?

Incluso si no la había, incluso si había hecho todo lo que necesitaba, Vesuvius era famoso por no dejar víctimas vivas; nunca. Él siempre continuaba hasta darle muerte al último hombre, y el ver a estos dos escapar de sus garras no le sentaba bien. Sabía que no podía simplemente dejarlos ir.

Vesuvius miró las docenas de barcos que seguían atados en la costa, abandonados, meciéndose en las violentas aguas y casi como si lo esperaran. Tomó una decisión inmediata.

“¡A los barcos!” le ordenó a su ejército de troles.

Todos al mismo tiempo empezaron a seguir sus órdenes, bajando por la orilla rocosa y abordando los barcos. Vesuvius los siguió subiéndose a la popa del último barco.

Se dio la vuelta, levantó su alabarda y cortó la cuerda.

Un momento después ya avanzaba junto con sus troles, todos ellos apretados en los barcos y navegando por la legendaria Bahía de la Muerte. En alguna parte en el horizonte avanzaban Merk y la chica. Y Vesuvius no se detendría, sin importar lo lejos que tuviera que ir, hasta que ambos estuvieran muertos.

CAPÍTULO OCHO

Merk se aferraba a la barandilla de la proa del pequeño barco, con la hija del antiguo Rey Tarnis a su lado, y cada uno estaba perdido en su propio mundo mientras eran golpeados por las salvajes aguas de la Bahía de la Muerte. Merk miraba hacia las aguas negras espumosas y movidas por el viento y no pudo evitar preguntarse sobre la mujer que estaba a su lado. El misterio alrededor de ella solamente había crecido desde que dejaron la Torre de Kos y subieron a este barco hacia un lugar misterioso. Su mente estaba llena de preguntas para ella.

La hija de Tarnis. Era difícil de creer para Merk. ¿Qué había estado haciendo aquí al final del Dedo del Diablo y viviendo en la Torre de Kos? ¿Se escondía? ¿Estaba exiliada? ¿Estaba siendo protegida? ¿De quién?

Merk sintió que ella, con sus ojos translúcidos, tez muy pálida y aplomo imperturbable, era de otra raza. Pero si era verdad, ¿entonces quién era su madre? ¿Por qué había sido dejada sola para cuidar la Espada de Fuego en la Torre de Kos? ¿A dónde habían ido todos los demás?

Pero más importante aún, ¿a dónde lo llevaba?

Con una mano en el timón, ella dirigía la nave hacia el horizonte y hacia un destino que Merk ni se podía imaginar.

“Todavía no me has dicho hacia dónde vamos,” dijo él levantando la voz para que se escuchara sobre el viento.

A esto le siguió un silencio tan largo que él se preguntó si recibiría respuesta.

“Al menos dime tu nombre,” añadió él al darse cuenta que no se habían presentado.

“Lorna,” respondió ella.

Lorna. Le agradó escucharlo.

“Las Tres Dagas,” añadió ella volteando hacia él. “Ese es nuestro destino.”

Merk frunció el ceño.

“¿Las Tres Dagas?” preguntó con sorpresa.

Ella simplemente miró hacia adelante.

Pero Merk se quedó perplejo por la noticia. Las islas más remotas de todo Escalon, Las Tres Dagas, estaban tan profundo en la Bahía de la Muerte que él no conocía a nadie que hubiera viajado hasta ese lugar. Knossos, la legendaria isla y fortaleza, estaba en la última de ellas, y la leyenda decía que ahí se encontraban los guerreros más feroces de Escalon. Eran hombres que vivían en una isla desolada de una península desolada, en la masa de agua más peligrosa que existía. Los rumores

decían que los hombres eran tan rudos como el mar que los rodeaba. Merk nunca había conocido a ninguno en persona. Nadie lo había hecho. Eran más leyenda que reales.

“¿Ahí es a dónde fueron los Observadores?” preguntó él.

Lorna asintió.

“Esperan nuestra llegada,” dijo ella.

Merk se dio la vuelta esperando ver por última vez la Torre de Kos y, al hacerlo, su corazón de repente se detuvo con lo que vio: en el horizonte había docenas de barcos persiguiéndolos a toda velocidad.

“Tenemos compañía,” dijo él.

Pero para su sorpresa, Lorna simplemente asintió sin siquiera darse la vuelta.

“Nos perseguirán hasta el fin del mundo,” dijo ella calmadamente.

Merk estaba confundido.

“¿Incluso después de hallar la Espada de Fuego?”

“En realidad no era la Espada lo que estaban buscando,” corrigió ella. “Era la destrucción; la destrucción de todos nosotros.”

“¿Y cuándo nos alcancen?” preguntó Merk. “No podremos pelear solos contra un ejército de troles. Tampoco una pequeña isla de guerreros, sin importar lo fuertes que sean.”

Ella asintió aún sin perturbarse.

“Puede que muramos,” respondió ella. “Pero moriremos junto con nuestros compañeros Observadores, peleando por lo que es correcto. Quedan muchos secretos qué guardar.”

“¿Secretos?” preguntó él.

Pero ella guardó silencio observando las aguas.

Estaba a punto de hacerle más preguntas cuando de repente una ráfaga de viento casi vuelca el barco. Merk cayó boca abajo chocando contra un costado del casco y resbalando hasta la orilla.

Colgando, se aferró a la barandilla con las piernas hundidas en el agua, agua tan helada que sintió que moriría congelado. Colgaba con una sola mano casi sumergido, y al mirar hacia atrás sobre su hombro, su corazón se aceleró al ver a un grupo de tiburones rojos acercándose. Sintió un terrible dolor mientras dientes se le sumergían en la pantorrilla y mientras veía sangre en el agua que sabía era la suya.

Un momento después Lorna se acercó y golpeó las aguas con su bastón; al hacerlo, una luz blanca y brillante se extendió por la superficie y los tiburones se dispersaron. En el mismo movimiento, lo tomó de la mano y lo subió de nuevo al barco.

El barco se estabilizó al pasar el viento y Merk se sentó en la cubierta, mojado, frío, respirando agitadamente y con un terrible dolor en la pantorrilla.

Lorna le examinó la herida, arrancó un pedazo de tela de su propia vestidura, y le envolvió la pierna cubriendo la hemorragia.

“Me salvaste la vida,” dijo él lleno de gratitud. “Había docenas de esas cosas ahí. Me habrían matado.”

Ella lo miró con sus grandes e hipnotizantes ojos azul claro.

“Esas criaturas son la menor de tus preocupaciones aquí,” le dijo.

Siguieron navegando en silencio. Merk se puso de pie lentamente y miró hacia el horizonte, esta vez aferrándose con ambas manos de la barandilla. Examinó el horizonte pero, sin importar cuanto lo intentaba, no veía señal de Las Tres Dagas. Miró hacia abajo y estudió las aguas de la Bahía de la Muerte con un nuevo respeto y miedo. Miró con cuidado y vio enjambres de pequeños tiburones rojos bajo la superficie, apenas visibles y ocultos solo por las olas. Ahora sabía que entrar en esas aguas significaba la muerte; y no pudo evitar pensar en qué otras criaturas vivirían en esta masa de agua.

El silencio creció, interrumpido solo por el silbido del viento, y después de que pasaron varias horas Merk, sintiéndose desolado, necesitaba hablar.

“Lo que hiciste con ese bastón,” dijo Merk mirando a Lorna. “Nunca he visto nada parecido.”

Lorna no mostró expresión alguna y siguió mirando hacia el horizonte.

“Háblame de ti,” presionó él.

Ella le dio una mirada, pero después miró de nuevo hacia el horizonte.

“¿Qué te gustaría saber?” le preguntó.

“Cualquier cosa,” respondió. “Todo.”

Ella guardó silencio por un largo rato hasta que finalmente dijo:

“Tú empieza.”

Merk la miró, sorprendido.

“¿Yo?” le preguntó. “¿Qué quieres saber?”

“Háblame de tu vida,” dijo ella. “Lo que sea que quieras decirme.”

Merk respiró profundo mientras se daba la vuelta y miraba hacia el horizonte. No tenía ningún deseo de hablar acerca de su vida.

Finalmente y al darse cuenta de que tenían un largo camino por delante, suspiró. Sabía que tendría que enfrentarse a sí mismo tarde o temprano, incluso si no era placentero.

“He sido un asesino la mayor parte de mi vida,” dijo con arrepentimiento y mirando hacia el horizonte, con voz grave y llena de odio a sí mismo. “No me enorgullece. Pero era el mejor de todos. Era solicitado por reyes y reinas. Mis habilidades no tenían comparación.”

Merk guardó silencio quedando atrapado en memorias de las que se arrepentía, memorias que prefería no recordar.

“¿Y ahora?” preguntó ella suavemente.

Merk se sintió agradecido al no detectar juicio en su voz como le pasaba al escuchar a otros. Suspiró.

“Ahora,” dijo él, “ya dejé de serlo. Ya no soy esa persona. He jurado renunciar a la violencia, poner mis servicios en una buena causa. Pero aunque lo intento, no logro alejarme por completo. La violencia parece hallarme. Siempre parece haber una causa más.”

“¿Y cuál es tu causa?” preguntó ella.

Lo pensó.

“Mi causa, al principio, era convertirme en Observador,” respondió. “Poner mi devoción a ese servicio; Proteger la Torre de Ur y proteger la Espada de Fuego. Cuando esta cayó, sentí que mi causa era llegar hasta la Torre de Kos y salvar la Espada.”

Suspiró.

“Y ahora aquí estamos, navegando por la Bahía de la Muerte, con la Espada perdida, los troles persiguiéndonos y dirigiéndonos hacia una cadena de islas desiertas,” respondió Lorna con una sonrisa.

Merk frunció el ceño sin parecerle divertido.

“He perdido mi causa,” dijo. “He perdido el propósito de mi vida. Ya no sé quién soy. Ya no sé a dónde voy.”

Lorna asintió.

“Ese es un buen lugar en el cual estar,” dijo ella. “La incertidumbre también significa posibilidades.”

Merk la miró, confundido. Estaba conmovido al ver que no lo condenaba. Cualquier otra persona que escuchara su historia lo pondría como el villano.

“Veo que no me juzgas,” observó él, sorprendido, “por quien soy.”

Lorna lo miró con ojos tan intensos que parecía que estaba mirando hacia la luna.

“Eso era lo que tú eras,” lo corrigió. “No quien eres ahora. ¿Cómo puedo juzgarte por quien fuiste en el pasado? Yo solo juzgo al hombre que está frente a mí.”

Merk se sintió restaurado por su respuesta.

“¿Y quién soy yo ahora?” preguntó él, queriendo saber la respuesta y sin conocerla él mismo.

Ella lo miró.

“Veo a un buen guerrero,” respondió. “Un hombre desinteresado. Un hombre que quiere ayudar a otros. Y un hombre lleno de deseos. Veo a un hombre que está perdido. Un hombre que nunca ha llegado a conocerse.”

Merk pensó en sus palabras y estas resonaron muy profundo en él. Sintió que todas eran verdad. Muy ciertas.

Hubo un largo silencio entre ellos mientras el bote se mecía en las aguas, lentamente dirigiéndose hacia el oeste. Merk miró hacia atrás y vio que la flota de troles seguía en el horizonte, aún a buena distancia.

“¿Y tú?” preguntó él finalmente. “Tú eres la hija de Tarnis, ¿verdad?”

Ella miró hacia el horizonte con ojos brillantes y, finalmente, asintió.

“Lo soy,” respondió ella.

Merk se quedó perplejo al oírlo.

“¿Entonces por qué estás aquí?” le preguntó.

Ella suspiró.

“He estado escondida aquí desde que era muy joven.”

“¿Pero por qué?” presionó él.

Ella se encogió de hombros.

“Supongo que era muy peligroso mantenerme en la capital. Las personas no debían saber que yo era la hija ilegítima del Rey. Era más seguro aquí.”

“¿Más seguro?” preguntó él. “¿En el fin del mundo?”

“Me dieron un secreto para guardar,” explicó ella. “Más importante incluso que el reino de Escalon.”

Su corazón se aceleró al preguntarse qué podría ser.

“¿Me lo dirías?” preguntó él.

Pero Lorna se dio la vuelta lentamente y apuntó hacia adelante. Merk siguió su mirada y ahí, en el horizonte, el sol brillaba sobre tres islas desiertas que emergían del océano, la última siendo una fortaleza de roca sólida. Era el lugar más desolado pero al mismo tiempo hermoso que Merk jamás había visto. Este era un lugar lo suficientemente alejado como para mantener todos los secretos de la magia y el poder.

“Bienvenido,” dijo Lorna, “a Knossos.”

CAPÍTULO NUEVE

Duncan corría solo por las calles de Andros tratando de ignorar el dolor en sus tobillos y muñecas, impulsado por la adrenalina al pensar solo en una cosa: salvar a Kyra. Su grito por ayuda le hacía eco en su cabeza, en su alma, y le hacía olvidar sus heridas mientras corría sudando por las calles hacia el origen del sonido.

Duncan giraba y pasaba por los angostos callejones de Andros sabiendo que Kyra estaba justo detrás de ese grueso muro de piedra. Los dragones volaban todo en derredor incendiando calle tras calle, con un calor emanando de las paredes tan tremendo que Duncan podía sentirlo hasta en el otro extremo del muro. Esperaba y rogaba porque no bajaran hacia su callejón o entonces estaría perdido.

Pero a pesar del dolor, Duncan no se detuvo. Tampoco se dio la vuelta. No podía. Impulsado por su instinto paternal, físicamente no podía ir a ninguna otra parte más que hacia el sonido de su hija. Le pasó por la mente que se estaba dirigiendo hacia su muerte y que perdería cualquier oportunidad de escapar; pero no se detuvo. Su hija estaba atrapada, y esto era todo lo que le importaba ahora.

“¡NO!” escuchó el grito.

Duncan sintió un escalofrío. Ahí estaba de nuevo, su grito, y su corazón dio un sobresalto al escucharlo. Corrió más rápido y con todas sus fuerzas al dar vuelta en otro callejón.

Finalmente y dando vuelta de nuevo, pasó por un pequeño y bajo arco de piedra y el cielo se abrió delante de él.

Duncan llegó a una explanada, y estando en el borde, se quedó impactado con lo que vio frente a él. Las llamas llenaban el otro lado del patio mientras los dragones volaban por encima de él y, debajo de una saliente de piedra y apenas protegida de todo el fuego, estaba su hija.

Kyra.

Ahí estaba y seguía con vida.

Pero incluso más impactante que verla con vida fue el ver al bebé dragón a su lado. Duncan lo miraba sin entender. Al principio asumió que Kyra estaba tratando de matar a un dragón que había caído del cielo. Pero entonces vio que el dragón estaba atrapado por una roca. Se confundió más al ver que Kyra trataba de empujarla. Se preguntó qué es lo que intentaba hacer. ¿Liberar a un dragón? ¿Por qué?

“¡Kyra!” gritó.

Duncan corrió por el patio abierto esquivando las columnas de fuego, esquivando las garras de un dragón, y avanzando hasta que llegó al lado de su hija.

Mientras lo hacía, Kyra miró hacia arriba y se quedó impactada. Después regocijada.

“¡Padre!” gritó.

Corrió hacia sus brazos y Duncan la tomó regresándole el abrazo. Mientras la abrazaba, se sintió restaurado y como si parte de él hubiera regresado.

Lágrimas de alegría cayeron por sus mejillas. Apenas podía creer que Kyra estaba aquí y viva.

Se abrazaron fuertemente y él se sintió aliviado al ver que, aunque temblaba, su hija estaba bien.

Recordando, la hizo hacia un lado, sacó su espada, la levantó, y se preparó para cortar la cabeza del dragón para proteger a su hija.

“¡No!” gritó Kyra.

Duncan se sorprendió al ver que se acercaba y lo tomaba de la muñeca con una fuerza sorprendente y evitando que terminara su golpe. Esta no era la hija dócil que había dejado atrás en Volis; ahora claramente era una guerrera.

Duncan la miró, desconcertado.

“No lo lastimes,” le ordenó ella con voz confiada, voz de guerrero. “Theon es mi amigo.”

Duncan la miró, perplejo.

“¿Tu *amigo*?” le preguntó. “¿Un dragón?”

“Por favor, Padre,” dijo ella, “no hay tiempo para explicar. Ayúdanos. Está atrapado y no puedo mover esta piedra sola.”

Duncan, tan impactado como estaba, confió en ella. Guardó su espada, se puso a su lado, y empujó la piedra con todas sus fuerzas. Pero sin importar cuánto lo intentaba, no podía moverla.

“Es muy pesada,” dijo él. “No puedo. Lo siento.”

De repente, escuchó el sonido de armaduras detrás de él y se emocionó al darse la vuelta y ver a Aidan, Anvin, Cassandra, y Blanco acercándose. Habían regresado por él y de nuevo estaban arriesgando sus vidas.

Sin dudar, corrieron juntos hacia la piedra y empezaron a empujar.

Se movió un poco, pero aún no pudieron quitarla.

Se escuchó una respiración agitada y Duncan vio que llegaba Motley detrás de ellos tratando de recuperar el aliento. Se les unió poniendo todo su peso en la piedra; y esta vez empezó a rodar. Motley, el actor, el tonto con sobrepeso, del que nadie esperaba nada, hizo la diferencia en poder quitar la piedra de encima del dragón.

Con un último esfuerzo, la piedra cayó al suelo levantando una nube de polvo y el dragón quedó libre.

Theon se puso de pie y rugió arqueando la espalda y extendiendo sus garras. Furioso, miró hacia el cielo. Un gran dragón morado los había visto y se dirigía hacia ellos, y Theon, sin detenerse, saltó en el aire abriendo su mandíbula y voló directamente hacia arriba, mordiendo la suave yugular del desprevenido dragón.

Theon se aferró con toda su fuerza. El inmenso dragón chilló furioso al haber sido tomado con la guardia baja, claramente no esperando mucho del bebé dragón, y los dos juntos chocaron contra un muro de piedra del otro lado del patio.

Duncan y los otros se quedaron estupefactos mientras Theon peleaba con el dragón, rehusándose a soltarlo y atrapándolo al extremo del patio. Theon se retorció y gruñía con ferocidad, y no se soltó hasta que el dragón más grande finalmente dejó de moverse.

Por un momento todos respiraron aliviados.

“¡Kyra!” gritó Aidan.

Kyra miró hacia abajo y vio a su pequeño hermano, y Duncan miró con alegría mientras Aidan corría hacia los brazos de Kyra. Ella lo abrazó mientras Blanco saltaba junto a ellos claramente emocionado.

“Mi hermano,” dijo Kyra con los ojos llenos de lágrimas. “Estás vivo.”

Duncan pudo escuchar el alivio en su voz.

Los ojos de Aidan de repente se llenaron de tristeza.

“Brandon y Braxton están muertos,” le informó a Kyra.

Kyra se puso pálida. Se dio la vuelta y miró hacia Duncan, y él asintió de manera solemne.

De repente, Theon voló y se posó junto a ellos, agitando sus alas e indicándole a Kyra que se subiera a su espalda. Duncan escuchó los rugidos en las alturas y vio que ya todos volaban en círculos preparándose para bajar.

Para la sorpresa de Duncan, Kyra se montó en Theon. Ahí estaba, sentada en un dragón, fuerte, feroz, con el porte de un gran guerrero. Ya no existía la chica que había conocido; había sido reemplazada por una orgullosa guerrera, una mujer que podría comandar a legiones. Nunca antes se había sentido tan orgulloso.

“No tenemos tiempo. Vengan conmigo,” les dijo ella. “Todos. Ahora.”

Se miraron entre ellos con sorpresa y Duncan sintió un hueco en el estómago con la idea de montar un dragón, especialmente uno que les estaba gruñendo.

“¡Apresúrense!” dijo ella.

Duncan, viendo que la manada de dragones bajaba y no teniendo otra opción, actuó inmediatamente. Se apresuró junto con Aidan, Anvin, Motley, Cassandra, Septin y Blanco subiendo en la espalda del dragón.

Se aferró a las pesadas y ancestrales escamas, maravillándose al ver que realmente estaba sobre un dragón. Era como un sueño.

Se sostuvo con todas sus fuerzas mientras el dragón se elevaba. Su estómago se sintió ligero y apenas pudo creer lo que sentía. Estaba volando por primera vez en su vida, por encima de las calles y con una velocidad que nunca había experimentado.

Theon, más rápido que los demás, voló dando vueltas tan rápido que los demás dragones no pudieron alcanzarlo en medio de la confusión y el humo de la ciudad. Duncan se sorprendió al ver la ciudad desde arriba, al ver los techos de los edificios y las calles que se asemejaban a un laberinto.

Kyra dirigía a Theon de manera asombrosa, y Duncan se sintió orgulloso de su hija y sorprendido de que pudiera manejar a una bestia como esta. En solo unos momentos ya estaban libres en cielo abierto, más allá de los muros de la capital y volando por el campo.

“¡Debemos ir al sur!” gritó Anvin. “Ahí hay formaciones rocosas más allá del perímetro de la capital. ¡Nuestros hombres nos esperan! Se han retirado hacia ese lugar.”

Kyra guiaba a Theon y pronto ya se dirigían al sur hacia una gran saliente rocosa en el horizonte. Duncan vio los cientos de enormes rocas marcadas por pequeñas cuevas en el interior al sur de las murallas de la capital.

Al acercarse, Duncan vio las armaduras y armas dentro de las cuevas brillando con la luz del desierto, y su corazón se animó al ver a cientos de sus hombres esperándolo en las cuevas en este punto de encuentro.

Mientras Kyra guiaba a Theon hacia abajo, aterrizaron en la entrada de una inmensa cueva. Duncan pudo ver el temor en los rostros de los hombres abajo y cómo se preparaban para el ataque al ver que el dragón se acercaba. Pero entonces pudieron ver a Kyra y a los otros en su espalda, y sus expresiones cambiaron a asombro. Bajaron la guardia.

Duncan desmontó y corrió para recibir a sus hombres, feliz de ver que seguían con vida. Ahí estaban Kavos y Bramthos, Seavig y Arthfael, hombres que habían arriesgado sus vidas por él y hombres que pensó no volvería a ver.

Duncan volteó hacia Kyra y se sorprendió al ver que no había desmontado como los demás.

“¿Por qué sigues sentada ahí?” le preguntó. “¿No vienes con nosotros?”

Pero Kyra se quedó sentada, con su espalda erguida y orgullosa, y negó solemnemente.

“No puedo, Padre. Tengo un asunto solemne en otra parte. Lo hago por Escalon.”

Duncan le devolvió la mirada, desconcertado, maravillado por la fuerte guerrera en que se había convertido su hija.

“¿Pero dónde?” preguntó Duncan. “¿Qué es más importante que estar a nuestro lado?”

Ella dudó.

“Marda,” respondió.

Duncan sintió un escalofrío al escuchar esa palabra

“¿Marda?” Dijo casi sin aliento. “¿Tú? ¿Sola? ¡Nunca regresarás!”

Ella asintió y él pudo ver en sus ojos que ella ya lo sabía.

“Juré que iría,” respondió, “y no puedo abandonar mi misión. Ahora que estás seguro, el deber me llama. Padre, ¿no me has enseñado siempre que el deber es primero?”

Duncan sintió que su corazón se hincho de orgullo al escucharla. Dio un paso hacia adelante, estiró los brazos y la abrazó fuertemente mientras los hombres se acercaban.

“Kyra, mi hija. Tú eres la mejor parte de mi alma.”

Él vio que sus ojos se le llenaron de lágrimas y que asentía, más fuerte y más poderosa y sin los sentimientos que solía tener. Ella le dio una pequeña patada a Theon y este le elevó en el aire. Kyra ella voló orgullosa en su espalda más y más alto en el cielo.

El corazón de Duncan se partió al verla partir hacia el norte, preguntándose si alguna vez la volvería a ver mientras ella volaba hacia la negrura de Marda.

CAPÍTULO DIEZ

Kyra se inclinaba hacia adelante aferrándose de las escamas de Theon mientras volaban, sosteniéndose firmemente y sintiendo el viento en su cabello. Entraban y salían de las nubes y sus manos le temblaban por la humedad y el frío, pero Kyra lo ignoraba mientras atravesaban Escalon en su camino a Marda. Nada la detendría ahora.

La mente de Kyra estaba llena de todo lo que acababa de pasar y aún trataba de procesarlo. Recordó a su padre y estaba feliz al pensar que estaba seguro con sus hombres a las afueras de Andros. Sintió una gran satisfacción. Ya había estado a punto de morir varias veces por tratar de llegar hasta él, y le habían advertido que moriría si lo intentaba. Pero no se había rendido ya que podía sentir en su corazón que él la necesitaba. Había aprendido una valiosa lección: siempre confiar en sus instintos sin importar cuántas personas le dijeran que no lo hiciera.

Al reflexionar en ello, se dio cuenta de que esto era precisamente por lo que Alva le había dicho que no fuera: era una prueba. Había sido claro al decirle que moriría si regresaba por su padre ya que él quería ver su resolución y probar su valentía. Todo el tiempo había sabido que ella sobreviviría. Quería saber si ella iría a la batalla aun sabiendo que iba a morir.

Pero al mismo tiempo, su padre la había salvado; si no hubiera llegado en ese preciso momento, Theon seguiría atrapado bajo esa piedra y ella seguramente estaría muerta. El pensar que su padre había sacrificado todo por ella le levantó el ánimo. No pudo evitar las lágrimas en sus ojos al pensar que él se había enfrentado a las llamas, los dragones y la muerte; todo por ella.

Kyra sonrió al pensar en su hermano, Aidan, feliz de saber que también estaba sano y salvo. Pensó en sus dos hermanos muertos, y a pesar de los problemas y rivalidades que habían tenido, sintió dolor. Deseaba haber podido estar ahí para protegerlos.

Kyra pensó en Andros, la que una vez había sido una gran capital ahora convertida en una caldera, y su corazón se desplomó. ¿Volvería a tener Escalon su antigua gloria?

Habían pasado tantas cosas al mismo tiempo que Kyra apenas podía procesarlo. Era como si el mundo estuviera girando debajo de ella, como si la única constante fuera el cambio.

Kyra trató de sacarlo todo de su mente y enfocarse en el viaje por delante: Marda. Kyra se llenó de un nuevo sentido de propósito mientras volaba, ansiosa por llegar y encontrar el Bastón de la Verdad. Bajó por entre las nubes y trató de ver terrenos familiares, tratando de ver qué tan cerca estaba de la frontera y de Las Flamas. Al analizar el paisaje, su corazón decayó al ver lo que le había sucedido a su país: vio una tierra destrozada, llena de cicatrices y quemada por las llamas. Vio fortalezas completas destrozadas, aunque no sabía si habían sido soldados Pandesianos, o troles merodeadores, o furiosos dragones. Vio una tierra tan arrasada que no se parecía al lugar que una vez había conocido y amado. Era difícil creerlo. El Escalon que ella conocía ya no existía.

Para ella todo fue surreal y era difícil de imaginar que tal cambio hubiera llegado tan drástica y rápidamente. La hizo pensar. ¿Qué habría pasado si en esa noche nevada nunca se hubiera encontrado al herido Theos? ¿Habría sido diferente el destino de Escalon?

¿O había sido todo predestinado? ¿Era ella la responsable de todo esto, de todo lo que miraba ahí abajo? ¿O había sido ella solo el medio? ¿Habría todo esto pasado de alguna otra forma?

Kyra deseaba con desesperación el poder bajar y quedarse en Escalon y pelear en la guerra contra los Pandesianos, contra los troles, y ayudar a arreglar todo lo que pudiera. Pero, a pesar de un sentimiento de temor por lo que se avecinaba, se obligó a mirar hacia adelante y mantenerse enfocada en su misión, en volar hacia el norte y en algún lugar hacia la oscuridad de Marda.

Kyra se estremeció. Sabía que este era un viaje hacia la mismísima esencia de la oscuridad. Para ella, Marda siempre había sido un lugar de leyenda, un lugar de maldad, fuera de los límites, un lugar al que nadie se atrevía a visitar. Por el contrario, era un lugar que debía mantenerse alejado del mundo, encerrado, un lugar que hacía que las personas le agradecieran todos los días al universo por tener Las Llamas. Ahora, increíblemente, era un lugar al que ella se dirigía.

Por un lado, esto era una locura. Pero por el otro, la madre de Kyra la había enviado allí, y muy en su interior sentía que su misión era importante. Sentía que Marda era el lugar en el que debía estar; en donde estaba su prueba final. Ahí estaba el Bastón de la Verdad y solo ella podía recuperarlo. Era una locura, pero ella ya podía sentir que el bastón la invocaba y llamaba como a un viejo amigo.

Aun así Kyra, por primera vez desde que podía recordar, sintió una oleada de dudas que la abrumó. ¿Era lo suficientemente fuerte para esto? ¿Sobreviviría en Marda, un lugar al que ni los hombres de su padre se atrevían a ir? Sintió una batalla desarrollarse dentro de su alma. Todo en su interior le decía que el ir a Marda era igual que ir hacia su muerte. Y ella no deseaba morir.

Kyra trató de obligarse a ser fuerte y a no desviarse de su camino. Sabía que este era un viaje que tenía que realizar, y sabía que no debía acobardarse ahora que era necesitada. Trató de no pensar en los horrores que le esperaban del otro lado de Las Flamas. Una nación de troles. Volcanes, lava, ceniza. Una nación de maldad y hechicería. Criaturas inimaginables y monstruos. Trató de no recordar las historias que había escuchado cuando era niña. Un lugar en el que las personas se destrozaban por diversión y gobernado por su líder demoníaco, Vesuvius. Una nación que vivía para ver sangre y crueldad.

Bajaron por entre las nubes por un momento y Kyra pudo ver que pasaban sobre la esquina noreste de Escalon. Su corazón se aceleró al empezar a reconocer el paisaje: Volis. Vio las colinas de su pueblo natal, una vez hermosas, ahora una costra de lo que antes eran. Su corazón decayó con la imagen. En la distancia estaba la fortaleza de su padre ahora en ruinas. Era un gran montón de escombros en los que se veían cadáveres en posiciones no naturales, visibles incluso desde ahí arriba, y que miraban hacia el cielo como preguntándole a Kyra por qué había permitido que les pasara esto.

Kyra cerró los ojos y trató de alejar la imagen de su mente; pero no pudo hacerlo. Fue muy difícil el volar sobre este lugar que había significado tanto para ella. Miró hacia adelante, hacia Marda, y sabía que debía continuar su viaje. Pero algo dentro de ella le decía que debía visitar su antiguo hogar. Tendía que detenerse y verlo por sí misma antes de dejar Escalon en lo que podría ser su último viaje.

Kyra le indicó a Theon que bajara y pudo sentir que este se resistía; como si él también sintiera que debía continuar su misión hacia Marda. Pero al final cedió.

Bajaron y aterrizaron en lo que antes era Volis, lo que antes había sido una fortaleza llena de vida: niños, baile, canciones, el olor de la comida, y los orgullosos guerreros de su padre marchando de un lado a otro. Kyra sintió que perdía el aliento al empezar a caminar. Dejó salir un grito involuntario. No quedaba nada. Solo quedaban escombros y un silencio opresivo solamente interrumpido por la respiración agitada de Theon, de sus garras arañando el suelo como si él también estuviera molesto y deseoso de irse. No podía culparlo; este pueblo era una tumba.

La grava crujía bajo las botas de Kyra mientras caminaba por el lugar, con ráfagas de viento provenientes de las desoladas planicies que rodeaban la fortaleza. Volteó hacia todos lados, necesitando ver pero al mismo tiempo queriendo apartar la mirada: era como una pesadilla. Ahí estaba la calle de los comerciantes, ahora nada más que una pila de escombros carbonizados. Del otro lado estaba la armería, ahora completamente destruida y convertida en un montón de piedras y con la puerta principal derrumbada. Delante de ella estaba el inmenso fuerte en el que su padre había tenido tantos banquetes, el que había sido su hogar, pero ahora convertido en ruinas y con solo algunas murallas en pie. La puerta estaba abierta como invitando al mundo a entrar a ver lo que alguna vez había sido.

Al caminar con el corazón golpeándole el pecho, Kyra supo que tenía que ver esto y saber lo que le había pasado a su pueblo para renovar su sentido de resolución. Aunque no quería hacerlo, Kyra se obligó a mirarlo todo. Vio cuerpos de mujeres y niños en las calles, cuerpos en posiciones no naturales. Vio a una docena de los hombres de su padre con Vidar en el centro, todos boca abajo, muertos, en la entrada del castillo. Pudo ver por la forma en que sostenían sus espadas que habían peleado y tratado de defender el lugar. Bajó su cabeza en admiración: estos hombres habían peleado valientemente contra un ejército a pesar de las probabilidades.

Sus ojos se le llenaron de lágrimas. Eran una inspiración para ella. Murieron por la revolución que *ella* había iniciado y, mientras los miraba, tomó la resolución de que sus muertes no serían en vano.

El corazón de Kyra se partió al seguir caminando y ver las señales de muerte en todos lados. ¿Qué monstruos eran los responsables de esto? Miró detenidamente y descubrió las marcas de garras en los cuerpos, y entonces supo que había sido un ataque de troles. Era tan solo un adelanto de lo que le esperaba del otro lado de Las Flamas.

Kyra avanzó lentamente hacia el antiguo fuerte. Pasó por la entrada destrozada y entró a lo que quedaba del edificio deseando ver su antiguo hogar y el lugar que pensó nunca caería.

Aquí estaba fresco, con polvo en el aire y con una humedad anormal, como si hubiera espíritus en el aire. Se sintió conspicuamente abandonado, como si visitara una versión distorsionada de su pasado. Fue como si las memorias de su infancia hubieran sido destrozadas y reemplazadas.

Kyra pasó por lo que quedaba de una escalera partida en dos y por la que no se podía subir. Siguió caminando en línea recta como en un sueño y entró en lo que quedaba del Gran Salón de su padre, que ahora no era más que un montón de escombros. Pasó por una grieta en el muro de piedra y encontró la entrada, aún escondida, hacia la Sala de Héroe de su padre.

Kyra entró y, al hacerlo, se quedó pasmada. Para su alivio, esta pequeña sala secreta había sido preservada. Era aquí en donde había pasado muchos de los días de su infancia, soñando, esperando, deseando convertirse en guerrera. Sintió alivio al ver que las esculturas de los grandes guerreros seguían en pie, las que habían agitado su imaginación cuando era una niña y la habían hecho soñar con la grandeza. La luz del sol entraba por aberturas superiores en la pared e iluminaba el sarcófago de sus antepasados. Las figuras de sus cuerpos mostraban sus rostros en la piedra, mirando orgullosamente hacia arriba, mirando hacia el cielo con ojos bien abiertos como si la muerte no les ocasionara ningún miedo. Se suponía que residirían aquí por miles de años. Esta habitación había sido diseñada para resistir el paso del tiempo.

“Es algo poderoso el enfrentarnos a nuestra propia mortalidad.”

Kyra se dio la vuelta levantando su bastón, tensa y lista para la batalla, sorprendida de que alguien más estuviera vivo y en la habitación con ella.

Pero se relajó al reconocer de quién se trataba: Softis el Sabio, el historiador de Volis.

Se sintió muy bien el ver un rostro familiar. Ahí estaba, tan cerca de ella y pareciendo mucho mayor que antes. Siempre había parecido mayor, pero ahora se miraba anciano. Estaba de pie y encorvado dentro de su túnica, apoyándose en su bastón por la edad.

“Softis.”

Ella se apresuró a abrazarlo y él le regresó el abrazo de manera débil. Era como si hubiera recuperado una parte de su infancia.

“Sobreviviste,” dijo ella sintiéndose aliviada y limpiándose las lágrimas con el reverso de su mano.

Él asintió sonriendo débilmente.

“Mi destino,” respondió con voz antigua y grave, “mi bendición y mi maldición. Sobrevivir a pesar de los golpes de la vida. Vivir a pesar de que todos los que conocí y amé están muertos.”

Suspiró.

“Los mataron a todos,” continuó, sacudiendo la cabeza y mirando hacia el suelo con tristeza. “Mujeres y niños, jóvenes y viejos, fuertes y lisiados. Mataron todo lo que quedaba en el fuerte.”

“¿Troles?” preguntó ella cautelosamente y casi temiendo preguntar.

Él asintió con solemnidad.

“Tu padre no pudo haber anticipado esto,” respondió. “Irónicamente, ahora todo lo que nos queda son estas tumbas.”

Softis empezó a caminar cojeando por la habitación, pasando su mano por las esculturas de bronce junto a los sarcófagos de piedra.

“Fueron grandes hombres,” dijo él. “Hombres admirables. Hombres que tuvieron problemas tan grandes como los nuestros. Fueron hombres de valor. Hombres a los que siempre debemos recordar.”

Se dio vuelta hacia ella con ojos fulgurantes.

“Ellos son *tú* pueblo, Kyra. Tu sangre. Esta sangre de valor corre dentro de ti. Armis el Grande: el hombre que mató a una docena de hombres con un solo disparo de su arco. Arcard el Fuerte: el hombre que peleó contra una legión de soldados con una sola espada. Aseries el Solitario: el hombre que peleó solo, rehusando ser parte de un ejército, y mató a más hombres por su cuenta que los que viven en varios pueblos.”

Se volteó hacia ella

“Ellos son *tú*, Kyra. Tú no estás separada de ellos. Todos ustedes son el mismo. La sangre de tus antepasados pasa por tus venas y todos ellos te cuidan. Todos dependen de ti ahora. Eres todo lo que les queda.”

Dio un paso hacia adelante y la tomó de los hombros con una fuerza sorprendente.

“¿No lo ves, Kyra? Tú eres lo último que les queda.”

La miró a los ojos con un poco de la intensidad que solían tener, como la última llama de una vela.

“¿Qué es lo que harás, Kyra? ¿Los harás sentirse orgullosos?”

Ella asintió con gravedad.

“Sí,” dijo ella con honestidad. “Lo haré.”

“¿Incluso si esto significa arriesgar tu vida?”

“Sí,” respondió. “Daré todo lo que tengo.”

Ella sintió que sus palabras eran verdaderas y, al decirlas, sintió una vibración pasando por sus palmas como si los espíritus de la habitación hubieran escuchado y le dieran su aprobación.

Softis la miró por un largo rato como si tratara de descubrir la veracidad de sus palabras, y finalmente asintió en aprobación.

“Bien,” dijo él.

Suspiró y retiró su mano sin dejar de examinarla.

“De todos los grandes hombres,” añadió él, “que han peleado por Volis, de todos los guerreros que pensaban serían los más grandes, el mayor de todos ellos eres *tú*, Kyra.”

Kyra lo miró, impactada.

“¿Yo?” preguntó ella.

Él asintió.

“Eso era lo que no pudieron haber previsto,” respondió él. “Desde siempre y al paso de todas las generaciones, era a *ti* a quien estaban esperando. *Tú*, una joven común que es mucho más que eso.”

Las manos de Kyra le temblaban al meditar en el peso de sus palabras.

“No trates de alejarte del peligro, Kyra,” le insistió. “Búscalos. Esa será la única manera de salvar tu vida.”

CAPÍTULO ONCE

Kyle abrió los ojos, desorientado y preguntándose en dónde estaba. Estiró su mano y sintió césped frío y tierra en sus dedos y un gran peso encima de él que casi lo sofocaba. También sintió algo curioso lamiéndole la mano y tratando de despertarlo.

Kyle se hizo hacia atrás y empujó la armadura encima de él. Respirando agitadamente por el esfuerzo y ahora libre del peso, Kyle miró a su alrededor y se horrorizó con lo que vio. Estaba rodeado de cuerpos muertos. Estaba en un campo de cuerpos—miles de ellos—de soldados Pandesianos y troles juntos, todos chamuscados, con los rostros congelados en máscaras de agonía. La tierra también había sido quemada a su alrededor por los dragones, y mientras Kyle empujaba la última armadura pesada de sobre él, se dio cuenta de que la única razón por la que había sobrevivido era haber sido protegido por los cuerpos y armaduras encima de él.

Sintió la lengua en su palma otra vez y Kyle, recordando, se dio vuelta y se quedó sorprendido por lo que vio: Leo, el lobo de Kyra. De alguna manera lo había buscado y lo había encontrado, había cruzado todo Escalon buscándolo y ahora le ayudaba a despertar. Por supuesto, esto tenía sentido: Leo estaba dedicado fanáticamente a Kyra, y debió haber sentido que Kyle lo llevaría hasta ella. Pero esto también significaba otra cosa: Kyra y Leo se habían separado. El corazón de Kyle se desplomó al pensar en lo que le podría haber pasado.

Kyle escuchó un gruñido, un arañar del césped, y al darse vuelta descubrió que Andor, el caballo de Kyra, lo esperaba impacientemente también. Kyle se maravilló con la lealtad de sus animales.

Kyle acarició a Leo mientras se sentaba, con la cabeza doliéndole y preguntándose cuánto tiempo había pasado. Estaba golpeado, lastimado y herido en casi todas partes de su cuerpo. Pero seguía con vida. Era el último hombre aquí, en este campo de batalla de los muertos convertido en un inmenso cementerio.

Se escuchó un sonido a la distancia y Kyle se preparó mientras analizaba el cielo. En la distancia alcanzó a ver lo que quedaba de la manada de dragones, volando al parecer hacia el sur y hacia Andros. Debieron haber pensado que todos estaban muertos.

Kyle se puso de pie sabiendo lo afortunado que era de seguir con vida y asombrado de que los dragones hubieran venido a Escalon. Cerró los ojos como lo hacía cuando invocaba sus poderes y trató de usarlos para saber a dónde dirigirse, para saber cuál era su propósito ahora. Kyra estaba en algún lugar lejano que el desconocía, Escalon estaba en ruinas, y la Torre de Ur había sido destruida. ¿Cuál era el propósito que le daría la vida ahora?

Kyle cerró los ojos para enfocarse y, al hacerlo, un sentido de propósito llegó a él. Le ordenó que mirara hacia arriba, que examinara el cielo. Kyle lo hizo, y de repente vio algo que volaba sobre su cabeza, tan solo un destello entrando y saliendo de las nubes. Un dragón. Pero este volaba en dirección opuesta a la manada. Era diferente a los otros. Un bebé dragón. Volaba solo.

Kyle sintió un escalofrío al reconocer a quién llevaba en la espalda. Alguien amado.

Kyra.

Kyle se quedó perplejo al ver al dragón desaparecer en el horizonte. Kyra volaba hacia el norte. ¿Pero hacia a dónde? ¿Y por qué? Esto al menos explicaba por qué se había separado de Leo y Andor.

Kyle cerró los ojos tratando de concentrarse e invocar sus poderes. Nada parecía tener sentido.

Y entonces lo supo.

Marda.

Sintió un escalofrío al poder ver el futuro de Kyra. La vio envuelta en oscuridad, vio la maldad que la esperaba, y vio la muerte que la rodeaba. Pero más que nada, vio que nunca regresaría.

Lleno de un nuevo sentido de propósito, Kyle empezó a correr hacia el norte por el campo, más y más rápido. Leo y Andor se le unieron corriendo a su lado, pero él era más rápido. Era tan rápido como un ave, tan rápido como un dragón, cubriendo terreno tan rápido que muy pronto llegaría a Las Flamas. Entraría a la tierra de Marda y haría todo lo posible por encontrar y salvar a la chica que amaba.

Espérame, Kyra, le pidió. Espérame.

CAPÍTULO DOCE

Aidan estaba en la cueva entre los hombres de su padre y con su padre en el centro, con cientos de soldados formando un semicírculo y mirando atentamente al comandante que amaban y respetaban; Aidan sintió una oleada de orgullo. A su lado estaban Anvin y Motley y Cassandra, y Blanco estaba a sus pies. Aidan se sentía emocionado al verse incluido entre estos grandes hombres, pero sobre todo por haberse reunido de nuevo con su padre. Sin importar lo que sucediera, al menos por ahora todo estaba bien.

Era una escena de júbilo al ver a todos estos soldados felices y reunidos, abrazándose y conversando, discutiendo su predicamento como lo habían hecho por horas desde que Kyra los había dejado en esta cueva remota. Todos sabían que la situación era complicada. Necesitaban un plan con urgencia y discutían acaloradamente qué hacer, todos ellos guerreros profesionales con opiniones diferentes. Su padre estaba en medio de todo, escuchado, juzgando y examinando las ideas.

“¡Debemos regresar e invadir la capital!” les decía Bramthos a un grupo de hombres. “Debemos atacar mientras están distraídos, mientras los dragones los atacan. Debemos tomar ventaja de su debilidad.”

“¿Y qué haremos con los dragones?” dijo Kavos. “¿No nos matarán a nosotros también?”

“Debemos atacar rápido y luego buscar refugio,” replicó Bramthos.

Los demás negaron con la cabeza.

“Muy descuidado,” respondió Seavig. “Más de nosotros morirán por la respiración de los dragones que por las espadas Pandesianas.”

“¿Entonces qué sugieres que hagamos? ¿Quedarnos aquí escondidos en esta cueva?” replicó Arthfael.

Kavos negó con la cabeza.

“No,” dijo Kavos. “Pero no podemos regresar a Andros. Tampoco podemos tomar el riesgo de enfrentarlos de frente.”

“Los Pandesianos deben ser atacados,” insistió Bramthos. “Si esperamos a que nos persigan, porque lo harán, entonces tendremos que pelear en sus términos. Andros ahora está desorganizado, pero pronto los dragones se irán. ¿Nos enfrentaremos entonces a un millón de hombres en campo abierto?”

“¿Y quién dice que los dragones se retirarán?” argumentó Seavig. “Tal vez quemen Andros hasta que no quede nada.”

“¿Y por qué es que han venido?” dijo otro soldado.

Se soltó un debate acalorado en la cueva, hombres hablaban por encima de los demás sin poder llegar a ningún acuerdo y se extendió la agitación.

Duncan estaba en medio de todo, con el puño en la barbilla y pensando profundamente. Aidan pudo ver por la expresión familiar en su rostro que también estaba agitado, tratando de pensar en todo. Se acariciaba la barba y Aidan supo que esta era una señal de que estaba a punto de tomar una decisión.

De repente, Anvin dio un paso adelante.

“Duncan es nuestro comandante,” gritó por sobre el ajetreo de la multitud. “Siempre nos ha guiado de manera brillante. Me remito a su opinión.”

El desordenado grupo de hombres finalmente guardó silencio y todos los ojos se posaron en Duncan.

Duncan suspiró. Dio un paso lentamente hacia adelante, se paró erguido, y se dirigió al grupo de guerreros.

“Primero, no puedo dejar de expresarles mi gratitud,” dijo en voz profunda y llena de autoridad que hizo eco en las paredes. “Ustedes regresaron a Andros por mí. Me salvaron a pesar de las probabilidades. Les debo la vida.”

Todos lo miraban con respeto y aprecio.

“Tomé una decisión imprudente,” continuó Duncan, “al confiar en ellos, al negociar, y ese fue un error que no volveré a cometer.”

“Te seguiremos a cualquier parte, Duncan,” dijo Seavig mientras los otros vitoreaban.

“Solo dinos a dónde debemos ir,” dijo Arthfael. “¿Debemos regresar a la capital?”

Aidan sintió que su corazón se aceleraba mientras crecía el silencio y se preguntaba qué diría su padre.

“No,” dijo Duncan finalmente.

Esta única palabra estaba llena de tal confianza que no dejó otra opción en la habitación.

“Cierto, los tomaríamos con la guardia baja,” dijo él. “Pero perderíamos a muchos de nosotros. Y estaríamos peleando en *su* territorio, contra sus defensas y en sus términos. El caos nos serviría, pero también estaría en nuestra contra.”

Se tocó la barba.

“No,” añadió. “Tenemos que traerlos hacia nosotros.”

Todos lo miraron pareciendo sorprendidos.

“¿Atraerlos aquí?” preguntó Bramthos.

Duncan negó con la cabeza.

“No,” respondió. “Los atraeremos a un lugar en el que tengamos la ventaja, un lugar en el que no puedan ganar. Debe ser un lugar en el que podamos usar nuestro conocimiento del terreno, un lugar en el que seamos dueños de la tierra.”

“¿Y cuál es ese lugar, mi comandante?” preguntó Arthfael.

Duncan sacó su espada haciendo eco en las paredes. Dio un paso hacia adelante, estiró la mano y dibujó una larga línea en la arena. Al final dibujó un círculo y apuntó hacia el centro con la punta de su espada.

Todos se acercaron para ver.

Duncan los miró a todos a los ojos con profunda seriedad.

“Baris,” dijo finalmente.

Un silencio cayó sobre la habitación mientras los hombres estiraban los cuellos para ver.

“¿Baris?” preguntó Bramthos, sorprendido. “¿Atraerlos a un cañón? Eso nos daría el terreno bajo.”

“Además es un territorio hostil,” añadió Seavig. “Está ocupado por los hombres de Baris.”

Duncan sonrió por primera vez.

“Exacto,” respondió.

El grupo guardó silencio, claramente estupefactos. Pero Anvin asintió con la cabeza.

“Ya veo lo que piensas,” dijo Anvin. “Venganza contra Baris y, al mismo tiempo, la oportunidad de matar Pandesianos.”

Duncan asintió en respuesta.

“Bant no podrá anticipar nuestro ataque,” respondió Duncan.

“¿Pero por qué matar a nuestros compatriotas primero cuando tenemos que enfrentarnos al ejército Pandesiano?” dijo Bramthos.

“Primeramente tenemos que matar a los hombres que nos traicionaron, que traicionaron a su país,” respondió Duncan. “A los que yacen en nuestro flanco. De otra manera nunca estaremos seguros. Entonces, con los hombres de Bant muertos, podremos atraer a los Pandesianos.”

“Pero seguirán teniendo el terreno alto,” dijo Seavig.

“Razón por la cual los atraeremos hacia abajo, hacia adentro del cañón,” replicó Duncan.

Todos parecían perplejos.

“¿Y después qué?” preguntó Bramthos.

Duncan lo miró de manera fría y severa.

“Lo inundaremos,” replicó Duncan.

Todos lo miraron llenos de sorpresa.

“¿Inundarlo?” preguntó finalmente Seavig. “¿Cómo?”

Duncan levantó su espada y continuó dibujando en la arena hasta que hizo tres marcas pequeñas.

“Everfall,” dijo. “Redirigiremos las cataratas. Las aguas fluirán hacia el norte e inundarán el cañón.”

Observó a los hombres, y parecían todos sorprendidos.

“Unos cientos de nosotros no pueden matar a miles de Pandesianos,” respondió. “Pero la naturaleza puede.”

Un largo silencio cayó sobre los hombres mientras miraban a Duncan, todos tomándose las barbas y en pensamiento profundo.

“Es arriesgado,” dijo Kavos finalmente. “Es un largo camino desde aquí hasta Baris. Cualquier cosa podría pasar.”

“Y el cañón nunca antes ha sido inundado,” añadió Seavig. “¿Qué pasará si no funciona?”

“¿Y si perdemos contra Baris?” preguntó Bramthos. “Podría ser una batalla mortal.”

“Sin mencionar que Leptus controla las cataratas,” añadió Anvin. “Tenemos que convencerlo de que nos ayude si queremos tener una oportunidad.”

Duncan asintió hacia él.

“Precisamente, mi amigo,” respondió. “Y es por eso que te enviaré cuanto antes.”

Anvin abrió los ojos con sorpresa y orgullos.

“Parte ahora hacia Leptus,” añadió Duncan, “y convéncelos con nuestro plan.”

Un largo silencio llenó el aire hasta que Kavos dio un paso adelante. Todos los demás lo miraron con respeto y Aidan supo que lo que dijera decidiría si los demás apoyarían el plan

“Es un plan atrevido,” dijo Kavos. “Un plan arriesgado y un plan valiente. Es un plan que probablemente fallará, pero que está lleno de valor. Es temerario. Me gusta. Apoyo a Duncan.”

Uno a la vez los hombres miraron hacia arriba y gritaron en acuerdo levantando sus espadas.

“¡APOYO A DUNCAN!” gritaron todos.

El corazón de Aidan se elevó orgulloso.

Aidan caminaba junto a Duncan, con la fuerte mano de su padre en su hombro, y con sus botas haciendo crujir la grava mientras pasaban por guerreros poniéndose sus armaduras, afilando espadas y preparándose para la siguiente pelea. Aidan nunca se había sentido tan orgulloso como en este momento. Su padre, teniendo el respeto de todos los hombres en esta cueva después de su entusiasmado discurso, se había reunido no con sus comandantes, sino con Aidan, y todos los ojos los miraban. Había apartado a Aidan y ahora caminaba solo con él. Al ver que todos los hombres los observaban, Aidan lo tomó como una gran señal de respeto; ni siquiera se había dado cuenta de que su padre había estado pensando en él en medio de todos estos hombres, y mucho menos en tiempos tan críticos.

Caminaban en silencio y Aidan estaba ansioso por escuchar lo que su padre tenía que decir.

“Yo nunca olvido,” dijo su padre finalmente cuando supo que los demás no podían escuchar. Se detuvo y miró a Aidan significativamente, y Aidan le regresó la mirada con el corazón acelerándose. “Estoy consciente de todo lo que hiciste. Viniste por mí desde Volis. Caminaste solo por todo el camino hasta la capital, un viaje peligroso hasta para un fuerte guerrero. Sobreviviste y hasta encontraste a hombres que te ayudaran.”

Su padre sonrió y Aidan, hinchado de orgullo, sonrió también.

“Lograste encontrar el camino hasta los calabozos,” continuó su padre, “en una ciudad invadida para liberarme en mis momentos más difíciles. Si no fuera por ti, seguiría encadenado o en manos de mi verdugo. Te debo mi vida, hijo,” le dijo y Aidan sintió lágrimas en sus ojos. “Has probado en este día que no solo eres un valioso hijo, sino también un gran guerrero. Un día tú tomarás mi puesto.”

Los ojos de Aidan se iluminaron con las palabras de su padre. Era la primera vez que su padre le hablaba de esta manera, con este tono y con tal respeto. Eran palabras que siempre había deseado escuchar de su padre, palabras que hicieron que todo estuviera bien, que hicieron que todo lo que había sufrido valiera la pena.

“No había nada más en mi mente que mi objetivo,” respondió Aidan. “Te amo, Padre. Todo lo que he querido hacer es poder ayudar en tu causa.”

Duncan asintió y esta vez sus ojos también se le llenaron de lágrimas.

“Lo sé, hijo.”

Aidan sintió que su corazón se aceleraba al reunir el valor para pedirle algo.

“Deseo acompañar a Anvin en su viaje a Leptus.”

Duncan lo miró con sorpresa en sus ojos.

“Deseo participar, tener una participación *real*,” continuó Aidan apresurado, “y deseo ir en ese viaje. Aquí no les serviré de mucho, con todos tus guerreros atacando el cañón. Pero puedo ser de gran utilidad ayudando a Anvin a cruzar el páramo y llegar hasta Leptus y persuadirlos a unirse a nuestra causa. Por favor, Padre. Sería una misión noble.”

Duncan se tomó la barba pareciendo perdido en sus pensamientos. Pero entonces, para la decepción de Aidan, finalmente negó con la cabeza.

“El viaje hasta Leptus es largo y peligroso,” dijo con su voz pesada, “uno que tal vez Anvin no sobreviva. Aparte del campo hostil, los dragones siguen en el territorio y hay grupos de soldados

Pandesianos en todas partes. Puede que hasta tengan una recepción hostil en Leptus; no olvides que son separatistas.”

Aidan no dudó.

“Yo sé todo esto, Padre. Pero nada de eso me disuade.”

Su padre negó con la cabeza lentamente y guardó silencio, con una mirada obstinada que Aidan sabía significaba No. Aidan invocó más resolución.

“¿No acabas de decir que acabo de probar mi valor?” presionó Aidan. “Crucé Escalon solo, por ti. Déjame cruzar el páramo. Déjame mostrarte que tu fe en mí no está equivocada. *Necesito* esto, padre. Necesito mi propia misión. Necesito sentir que yo también soy un hombre. Y nunca seré un hombre si sigo escondiéndome bajo tus alas.”

Duncan lo miró por un largo rato y Aidan esperaba su respuesta con el corazón acelerándose y viéndolo meditar detenidamente.

Finalmente, su padre suspiró, estiró la mano y le apretó el hombro.

“Eres un guerrero más valiente de lo que pensé,” le dijo, “y un hijo más leal. Tienes razón, te he subestimado. Y no es propio de un padre el detener a un hijo que quiere ser un hombre.”

Sonrió y asistió.

“Ve con Anvin. Sirve a nuestra causa y sirve bien.”

El corazón de Aidan se emocionó lleno de orgullo y gratitud.

Un grupo de soldados apareció y los interrumpió, llevándose a Duncan para que atendiera algunos asuntos mientras que al mismo tiempo Motley se acercaba a Aidan junto con Cassandra y Blanco.

Aidan vio a Motley mirándolo con preocupación.

“¿En realidad crees que eso es sensato?” le preguntó Motley.

Aidan lo miró con sorpresa.

“¿Estaban escuchando?” preguntó Aidan.

Motley sonrió.

“Soy un actor. Espiar es mi vocación. No me guardes secretos, muchacho, no después de todo lo que hemos pasado.”

Aidan suspiró al pensar en que ese era Motley.

“Sí,” admitió. “Voy a ir. Y sí, fue sensato.”

Blanco ladró y saltó lamiéndole la palma, haciendo que Aidan riera.

“Supongo que tú también quieres venir.”

Blanco agitó su cola claramente respondiéndole, y a Aidan le agradó la idea de tener un acompañante.

“Una tarea muy necia, muchacho,” se mofó Motley. “Puede que no sobrevivas. ¿Por qué esa obsesión con el valor? ¿No has aprendido ya la lección?”

Aidan sonrió, sin inmutarse.

“Ni siquiera he *empezado* a aprender mi lección,” respondió. “¿Y por qué debería preocuparte?”

“¿Por qué debería preocuparme?” preguntó Motley ofendido. “Arriesgué mi piel una docena de veces para mantenerte con vida. ¿Eso no significa nada? ¿Crees que deseo verte muerto? Me preocupo por ti, muchacho. Dios sabe por qué, no debería, pero lo hago. Tal vez sea tu insensata imprudencia. Tal vez sea tu ingenuidad, tu optimismo. De cualquier forma, no lo hagas. Ve y dile a tu padre que cometiste un error y que te quedarás aquí conmigo y con el resto de los hombres. Hay seguridad en los números. Morirás solo allá afuera.”

Aidan negó con la cabeza.

“Tú no me comprendes,” dijo él. “Ese no soy yo. Hay más peligro en tratar de salvar tu vida que en estar dispuesto a perderla.”

Motley se rio.

“Eso se oye como algo de esos viejos libros tuyos. Te dije que dejaras de leer sobre el pasado. Esos guerreros están todos muertos. ¿Qué obtuvieron por su valor?”

Aidan frunció el ceño.

“Su valor hizo que sus vidas tuvieran sentido, y es la única razón por la que recordamos sus nombres ahora,” respondió Aidan.

“¿Y por qué es tan grandioso el ser recordado?” replicó Motley. “¿En realidad te importará el ser recordado una vez que estés muerto?”

Aidan trató de responder, pero Motley levantó la mano.

“Ya veo que no se puede razonar contigo, muchacho,” añadió Motley. “Pero te diré que es peligroso ser guerrero antes de que llegue tu tiempo. Todavía no es tu tiempo.”

“¿Entonces cuándo es mi tiempo?” replicó Aidan con enojo. “¿Cuando esté viejo y con canas? Tu tiempo llega cuando este quiere, no cuando tú quieres.”

Motley suspiró largo y fuerte.

“Me temía que dirías algo como eso. Algo valiente y necio. Muy bien entonces. Ya que no puedo cambiar tu parecer, al menos toma esto.”

Aidan miró hacia abajo y se sorprendió al ver que Motley le ponía algo en la mano. Lo examinó y le dio vuelta sobre su mano. Se veía como una pieza de marfil curvada.

“¿Qué es?” preguntó Aidan.

Motley tomó las dos orillas del marfil y las separó y, para la sorpresa de Aidan, apareció una brillante navaja oculta.

“Una daga,” dijo Aidan, perplejo.

Motley asintió con orgullo.

“La más afilada que encontrarás en el reino, y la más oculta.”

Estiró una mano y tomó el hombro de Aidan.

“Solo no olvides regresármela. No me gusta perder mis armas, especialmente armas de escenario. Son realmente difíciles de hallar.”

Los ojos de Aidan se llenaron de gratitud al ver la preocupación de Motley. Se acercó y abrazó a Motley y Motley le regresó el abrazo.

Motley entonces dio un paso hacia atrás.

“Yo nunca tuve un hijo,” le dijo a Aidan, mirándolo con orgullo y tristeza.

Entonces, con rapidez y antes de que Aidan pudiera responder, dio la vuelta y se marchó.

Aidan lo miró irse, lleno de gratitud y sabiendo el buen amigo en que se había convertido Motley. Se dio cuenta de que había estado equivocado al haberlo juzgado y rechazado simplemente porque era un actor y no un guerrero. Aidan se dio cuenta de que Motley era, en su propio modo, un mejor guerrero que muchos de los que estaba aquí. Tenía su propio valor.

Aidan escuchó movimiento de pies y vio que Cassandra estaba cerca, esperándolo. Al verla, vio algo en sus ojos que no había visto algo. Parecía interés y preocupación

“¿Entonces me vas a dejar sola con todos estos hombres?” preguntó ella.

Aidan sonrió, sintiendo una oleada de culpa por dejarla.

“Mi padre te cuidará como a una hija,” respondió.

Ella negó con la cabeza y en sus ojos se vio un destello de la rebeldía y la resolución de acero que la habían mantenido viva en las calles.

“No necesito que nadie me cuide,” respondió orgullosa. “Me he cuidado sola toda la vida. Lo que quiero es ir contigo.”

Aidan se quedó sorprendido. Se preguntó si deseaba ir en el viaje o simplemente estar con él.

“No es un viaje para ti,” respondió él.

“¿Pero sí es para ti?” preguntó ella.

Él frunció el ceño.

“¿Y qué pasará si vienes y te sucede algo?” le preguntó. “Será mi responsabilidad.”

“Soy tu responsabilidad de todas formas,” respondió ella sonriendo. “Tú me salvaste. Yo ya estaría muerta. Así que todo lo que me pase de ahora en adelante es tu responsabilidad.”

Aidan negó con la cabeza, entristecido.

“Volveré por ti,” dijo con solemnidad. “Lo prometo.”

Extendió una mano y, mientras ella lentamente ponía la suya sobre la de él, sintió un estremecimiento en el calor de su contacto. Lo hizo sentirse vivo, vivo de una forma que no había sentido antes.

Ella empezó a retirar su mano y, al hacerlo, Aidan empezó a inclinarse hacia ella. Su corazón se aceleró y, sin estar completamente seguro de lo que hacía, puso sus labios gentilmente sobre los de ella.

La besó y, mientras lo hacía, se sintió más aterrado de lo que se había sentido con cualquier enemigo o batalla. ¿Qué pasaría si ella lo rechazaba?

Lentamente, Cassandra se hizo hacia atrás y lo miró, pareciendo pasmada.

Ella frunció el ceño.

“¿Por qué hiciste eso?” exigió ella pareciendo molesta.

Aidan tragó saliva, sintió que la había ofendido, que había interpretado mal el momento, que ella no se interesaba por él de esa manera después de todo.

“Lo siento...” dijo en voz baja. “Yo... no quise... ofenderte.”

Se quedó inmóvil sudando frío cuando de repente ella lo sorprendió con una gran sonrisa.

“Lo que sea que fuera,” respondió ella, “vuelve pronto y hazlo de nuevo.”

CAPÍTULO TRECE

El Supremo y Sagrado Ra caía de su balcón agitándose por el aire después de que el dragón hubiera golpeado el muro de piedra y se dirigía hacia el patio de piedra debajo. Vio su vida pasar frente a sus ojos, sus conquistas, sus triunfos, sus victorias; entonces supo que no estaba listo para morir. Sabía que él era más grande que la muerte. Él era El Que No Podía Morir, y mientras caía, se enfureció con la Muerte por tratar de exterminarlo y entonces tuvo la determinación de *no* morir.

Ra miró hacia abajo y distinguió a sus soldados, muchos de ellos quemándose y gritando y tratando de escapar del fuego de los dragones. Era una escena de devastación. Pero incluso en medio de la devastación, Ra sabía que había esperanza; sabía que siempre había una solución.

Ra fijó la vista en un grupo de hombres directamente debajo de él y giró y contorsionó su cuerpo en el aire tratando de caer sobre ellos. Era una gran caída de unos treinta pies en el aire y apuntó hacia sus cabezas. Sabía que al caer sobre ellos aplastaría sus cabezas y los aplastaría en el suelo, pero sabía que también significaba una suave caída para él. Decidió que para ellos sería un honor el morir por él.

Mientras Ra se acercaba al suelo, sintió que sus pies caían sobre sus cabezas y que los aplastaba en el suelo. Escuchó huesos romperse debajo de él mientras caía en suelo blando.

Ra cayó rodando en el suelo y perdió el aliento. Pero mientras se ponía de nuevo de pie, supo con gran alivio que estaba vivo y que no se había roto nada. Volteó hacia un lado y vio que sus hombres no habían sido tan afortunados.

Ra sonrió. Se sintió victorioso. Sintió que había vencido a la muerte.

Lleno de furia contra los dragones, que Ra considera una simple molestia, trotó por las calles buscando venganza. Lo que le molestaba más no eran los dragones sino el que Duncan, su premio mayor, hubiera escapado. Lo atraparía sin importar el costo.

Se escuchó el sonido de un gran dragón y Ra vio que se dirigía hacia él abriendo su boca y respirando fuego. Ra, sin miedo, rápidamente tomó a varios de sus hombres y los arrojó a través del patio para distraer al dragón. El dragón se dirigió hacia ellos y Ra usó la oportunidad para esconderse detrás de un muro de piedra. El dragón arrojó sus llamas sobre los hombres pero Ra quedó protegido por el muro.

Ra se quedó de espaldas a la pared y, al ver que más y más dragones empezaban a bajar, supo que tenía que hacer algo rápido. Todo a su alrededor sus hombres eran quemados y gritaban hasta morir. Estaba perdiendo su ejército con rapidez.

Un grupo de sus generales lo vieron y corrieron a su lado para tomar resguardo en el muro y esperar sus órdenes. Con todos los ojos sobre él, Ra examinó el patio y momentáneamente se vio cegado por los grandes escudos dorados de sus soldados en el suelo y entonces tuvo una idea.

“¡Esos escudos!” ordenó.

Ra de repente corrió hacia la explanada y corrió sin miedo hacia los escudos seguido por sus hombres. Ra tomó uno él mismo, grande y pesado, y sus docenas de hombres se unieron a él poniéndose a su lado.

“¡Agáchense!” ordenó Ra.

Cayó de rodillas y puso el escudo sobre su cabeza. Los otros hicieron lo mismo y pronto hubo un muro metálico apuntando hacia el cielo.

Vino otra ola de fuego pero esta vez se vio desviada por los escudos y continuó sin dañar a nadie. Ra sintió el tremendo calor del otro lado del escudo y su mano casi se quemó mientras lo sostenía. Parecía como si el calor lo fuera a atravesar, pero lo sostuvo fuertemente.

“¡AGUANTEN!” les ordenó a sus hombres.

La mayoría aguantó, pero algunos tuvieron miedo y corrieron. Al hacerlo, fueron quemado vivos.

Finalmente la ola de fuego pasó y Ra, sudando y respirando agitadamente, se sintió aliviado de estar vivo.

“¡VOLTEEN LOS ESCUDOS!” ordenó.

Los hombres de Ra siguieron la orden dándole vuelta a los escudos al igual que él hasta que encontraron el ángulo correcto con el sol. Finalmente encontraron los rayos y, al hacerlo, reflejaron una columna cegadora de luz solar hacia el cielo.

Los dragones que bajaban de repente bajaron la velocidad al no poder ver. Se detuvieron en medio del cielo y trataron de bloquear la luz con sus garras para poder ver.

Era justo lo que necesitaba. Había aturcido a los dragones lo suficiente como para movilizar a sus hombres y escapar de la ciudad. Pero antes de hacerlo, sabía que tenía algo pendiente que hacer.

“¡General!” ordenó volteándose hacia uno de sus antiguos y confiables comandantes, un hombre que había servido con él por todo el mundo. “Lleva a tu batallón de hombres hacia el norte, hacia campo abierto y por las puertas del norte de la ciudad.”

El general lo miró con miedo y sorpresa.

“Pero mi Santísimo Ra,” empezó, tembloroso, “eso dejará a mis hombres expuestos. Todos moriremos.”

Ra asintió.

“Cierto,” respondió. “Pero si no, morirás aquí si desobedeces mi orden.”

Ra les hizo una señal a los demás y todos sacaron sus espadas apuntándolas al general.

El general, invadido por el pánico, se puso de pie y empezó a dirigir a sus hombres. Ra vio mientras los guiaba, a cientos de hombres, hacia la explanada y hacia la puerta del norte de la ciudad.

“¡Los demás, síganme!” Ra gritó.

Se dio la vuelta y corrió, y sus miles de hombres empezaron a seguirlo hacia el extremo sur de Andros mientras los cuernos se escuchaban por toda la ciudad. En las alturas, los dragones empezaron a rugir mientras los escudos eran bajados y podían ver de nuevo.

Mientras corría hacia el sur, Ra miró por sobre su hombro y, como lo esperaba, los dragones se enfocaron en su general expuesto yendo hacia el norte junto con sus hombres. Ra sonrió al ver que los dragones siguieron el señuelo. Los dragones arrojaron fuego y su general gritó mientras él y sus hombres corrían hacia la puerta envueltos en llamas.

Ra corrió hacia la puerta del sur y hacia la libertad. El general y sus hombres fueron un pequeño precio que pagar por su seguridad.

Finalmente todos pasaron por la puerta del sur y, al hacerlo, Ra respiró con tranquilidad al ver el campo abierto y desierto delante de él. Se dirigiría hacia el sur hacia donde presumía había huido Duncan.

Ra se montó en su caballo y tomó la rienda dorada que le dieron.

“¡AVANCEN!” ordenó.

Se escuchó el estruendoso rugido de miles de soldados Pandesianos que lo seguían, avanzando al sur por el páramo desierto y hacia Duncan. Esta vez, Ra no dejaría que Duncan escapara de su mano.

CAPÍTULO CATORCE

Alec estaba en la proa del barco mientras salían de las Islas Perdidas, navegando por los extraños afloramientos de roca desierta y con el césped marino haciendo extraños sonidos al friccionarse con el casco. El agua estaba completamente inmóvil, inquietantemente calmada. De esta se elevaba bruma creando una luz mágica, y para él todo se sentía surreal al navegar a la cabeza de la flota. Detrás de él, todos los hombres de las Islas Perdidas lo seguían, dirigiéndose hacia el Mar de las Lágrimas.

Alec sintió el zumbido en su mano y miró hacia abajo, perplejo, hacia la magnífica arma que sostenía. La Espada Incompleta. Era surreal el tan solo sostenerla. La levantó hacia la luz ignorando toda el agua que tenía a su alrededor y enfocándose solamente en esta magnífica pieza de metal. Le daba vueltas y la giraba en lo alto, con la luz reflejándose de una manera mágica, y sintió que esta era más grande que él; más grande que todos ellos juntos.

Alec estaba maravillado. Era el arma más impresionante que jamás había sostenido, la única de todas las armas que había poseído que no podía entender por completo, que era superior a él. Era un arma de tan extraordinaria belleza, tan extraordinaria magia, que no estaba completamente seguro de qué pensar de ella. Sabía que había ayudado a forjarla, pero parte de él sentía que no había sido parte de su creación. Apretó la empuñadura adornada con rubíes y diamantes, estudió las extrañas inscripciones en la hoja, antiguas y misteriosas, y sabía que su origen se remontaba a algún punto en la historia hace miles de años. Ni siquiera podía imaginarse quién había empezado esta arma; y por qué había quedado incompleta. ¿Era cierto lo que había dicho Sovos? ¿En realidad tenía Alec un destino especial?

Alec vio por sobre su hombro, vio su gran barco de madera lleno de cientos de isleños al igual que en todos los otros barcos de la flota, y se sintió presionado. ¿A dónde iban exactamente? ¿Por qué lo necesitaban? ¿Cuál sería su papel en todo esto? No lo pudo entender por completo pero sintió que, por primera vez en su vida, estaba atrapado en un destino más grande que él mismo.

“Ellos nunca antes habían dejado las islas,” dijo una voz.

Alec vio que Sovos estaba a su lado, mirándolo con seriedad en su rostro y portando su ropaje de aristócrata. Para Alec seguía siendo tan misterioso como el día en que se habían conocido en Ur.

Alec se sorprendió al escuchar eso.

“¿Nunca?” le preguntó y volteó a ver a los guerreros de las Islas Perdidas.

Sovos negó con la cabeza.

“Nunca habían tenido necesidad de hacerlo. No hasta este día. No hasta que terminaste de forjar la espada.”

Alec sintió el peso de la responsabilidad.

“No siento que fui yo quien la terminó,” respondió él. “Simplemente pensé en algo y seguí mi instinto.”

“Fue más que un instinto,” lo corrigió Sovos. “Solo *tú* podías forjarla.”

Alec se sintió frustrado.

“Pero aun no entiendo cómo lo hice.”

“A veces no entendemos todo lo que hacemos,” respondió Sovos. “A veces simplemente somos el medio, y debemos estar agradecidos por ello. A veces poseemos fuerzas que son más grandes que nosotros, fuerzas que nunca entenderemos. Todos tenemos un destino que cumplir.”

Sovos se dio la vuelta y miró hacia el mar, y Alec lo examinó también. La bruma empezó a dejar de salir del agua al salir del archipiélago de las Islas Perdidas y entrar al mar. Las aguas también se volvieron más salvajes.

“¿Hacia dónde navegamos?” preguntó Alec. “¿Hacia dónde llevan la espada?”

Sovos examinó el mar.

“No son ellos,” le respondió. “Sino *tú*. Tú los estás guiando.”

Alec lo miró, sorprendido.

“¿Guiándolos? ¿Yo? Ni siquiera sé a dónde vamos.”

“A Escalon, por supuesto.”

Los ojos de Alec se agrandaron.

“¿Por qué? Escalon está invadido. Los Pandesianos habitan el país ahora. ¡Navegar hacia ese lugar sería como navegar hacia nuestras muertes!”

Sovos siguió examinando el mar sin expresión alguna.

“Es mucho peor de lo que crees,” dijo él. “Los dragones también han llegado a Escalon.”

Los ojos de Alec se agrandaron de nuevo.

“¿Los dragones?” preguntó, asombrado.

“Han volado por miles de millas y han cruzado el gran mar,” continuó Sovos. “Y han venido con un objetivo en especial.”

“¿Cuál?” preguntó Alec.

Pero Sovos ignoró su pregunta.

La corriente aceleró el paso y Alec sintió una rigidez en el pecho al pensar que se acercaban cada vez más a Escalon, a una tierra llena de dragones y habitada por soldados Pandesianos.

“¿Por qué navegar hacia nuestras muertes?” presionó él.

Sovos finalmente lo miró.

“Debido a lo que tienes en las manos,” respondió. “Es todo lo que le queda a Escalon.”

Alec miró hacia la espada en su mano con un creciente sentido de sorpresa y asombro.

“¿En realidad crees que esta pequeña pieza de metal tendrá algún efecto contra Pandesia, contra una manada de dragones?” le preguntó, temiendo el viaje que tenía por delante. Por primera vez en su vida, Alec estaba seguro de que se dirigía hacia su muerte.

“En ocasiones, mi querido muchacho,” dijo Sovos poniéndole una mano en el hombro, “una pequeña pieza de metal es la única esperanza que queda.”

CAPÍTULO QUINCE

Merk miró hacia Las Tres Dagas mientras las pasaban en el barco, islas escarpadas que salían de la bahía; empinadas, verticales y carentes de vida. Estaban llenas de extrañas aves negras con ojos rojos que les graznaban enojadas mientras pasaban. Las islas estaban cubiertas por la niebla de la bahía y las olas implacables de la Bahía de la Muerte golpeaban contra ellas como tratando de regresarlas al mar. Esto hacía que se elevaran grandes nubes de espuma blanca y bruma hacia el barco de Merk, empapándolo mientras él miraba la escena con asombro. Estaba agradecido de no encontrarse varado en este lugar, el lugar más desolado e implacable que jamás había visto. Este lugar hacía que el Dedo del Diablo parecía habitable.

“Las Tres Dagas,” dijo una voz.

Merk vio que Lorna estaba de pie a su lado, aferrándose a la barandilla y estudiando el mar con sus grandes y brillantes ojos azules y cabello rubio-plateado. Se encontraba calmada a pesar de las corrientes violentas de la Bahía de la Muerte. Ella era un faro de luz en el paisaje desolador y miraba hacia el mar como si ella y las aguas fueran uno.

“Se dice que las islas fueron forjadas por la gran diosa Inka. La leyenda dice que arrojó su furia desde el mar mientras buscaba a sus tres hijas perdidas,” añadió ella. “Después de la tercera está la isla de Knossos.”

Merk enfocó la mirada y, justo detrás de la tercera isla rocosa, vio una isla con acantilados que salían directamente del mar y rodeada por un estrecho de costa rocosa. En la cima había una meseta plana, y en la cima de esta había una fortaleza que se elevaba a cien pies de altura. Era baja, cuadrada, gris y adornada con almenas antiguas. En sus muros había ranuras largas y estrechas, por entre las cuales Merk pudo ver puntas de flecha brillantes listas para ser disparadas. La fortaleza era tosca y poco atractiva, como si fuera parte de la roca misma, y recibía la bruma y el viento y las olas con calma.

Pero más impresionante aún fue ver a los guerreros mientras se acercaban. El viento y las corrientes los llevaban ahora a toda velocidad hacia las costas, y muy pronto Merk pudo ver los rostros endurecidos que lo observaban. Incluso desde ahí pudo ver que estos eran los rostros de hombres rudos, hombres que no encontraban satisfacción en la vida. Estaban alineados en las almenas como cabras, cientos de ellos, mirando hacia el mar como si desearan recibir a un enemigo.

Eran los hombres de apariencia más dura que Merk jamás había visto; y eso era decir bastante. Portaban armaduras grises, con espadas y cascos grises del mismo color de la roca detrás de ellos, con los visores en posición y mirando entre las rendijas de los cascos. Estos hombres parecían también haber sido forjados de la misma roca. Estos hombres ni siquiera se inmutaron al recibir una ráfaga de viento que fue lo suficientemente fuerte como para casi voltear el barco de Merk. Parecía como si estuvieran enraizados en su lugar, como si fueran parte de la tierra misma.

Al fin habían llegado a Knossos, el último punto de la última península de Escalon, justo en el centro de las agitadas aguas de la Bahía de la Muerte. Era el lugar más remoto que Merk jamás había visto, y claramente no era un lugar para los débiles.

“¿Cuál es el propósito de este lugar?” preguntó Merk. “¿Qué es lo que defienden?”

Lorna negó con la cabeza sin dejar de mirar hacia adelante.

“Aún te quedan muchas cosas por entender,” respondió ella. “Todos tenemos nuestro papel en la guerra que se avecina.”

Mientras se acercaban, Merk lentamente empezó a tomar su daga debajo de su camisa, aunque sabía que no le serviría de mucho. Era un viejo hábito que tenía siempre que estaba nervioso. Vio los largos arcos sobre los hombros de estos guerreros, vio las extrañas armas que sostenían en las manos—largas cadenas colgantes con picos en los extremos—y sabía que estaba rodeado. Esto lo hizo sentirse vulnerable. Era un sentimiento que muy pocas veces había sentido antes; siempre había intentado planear a futuro y nunca ponerse en tal posición.

Las corrientes ganaron velocidad y el barco pronto tocó la orilla, chocando fuertemente contra la playa escarpada. Sin detenerse, Lorna bajó y cayó sobre la arena, caminando con gracia y sin perder la postura, mientras Merk tenía problemas para bajar del barco que seguía meciéndose. Cayó tambaleándose detrás de ella y sus botas hicieron salpicar las heladas aguas al tratar de alcanzarla.

Siguió a Lorna mientras esta se acercaba a un grupo de soldados que los esperaban y se detuvo frente a uno, al parecer el comandante, que estaba en frente de los demás y de casi el doble del tamaño de Merk. El soldado miró de buena gana hacia Lorna pero después volteó hacia Merk con una mueca como si fuera un intruso. Merk apretó todavía más su daga.

El soldado volvió a mirar a Lorna e hizo media reverencia.

“Mi señora,” dijo respetuosamente.

“Thurn,” respondió ella. ¿Están mis Observadores seguros?” le preguntó.

Él asintió en respuestas.

“Cada uno de ellos,” respondió. Miró hacia Merk. “¿Y quién es este a su lado?” preguntó él apretando su cadena con más fuerza.

“Un amigo,” respondió ella. “No debe ser lastimado.”

El soldado dejó de ver a Merk de mala gana y volvió a mirar a Lorna. A Merk no le gustaba estar en esta isla, pero sí le gustó escuchar la palabra *amigo*. Nunca nadie antes lo había llamado amigo, y por alguna razón esto lo conmovió. Mientras más lo pensaba, más se daba cuenta de que él también sentía una fuerte conexión con ella. Se preguntó si ella simplemente estaba usando ese término o si era lo que genuinamente sentía por él.

“Un ejército de troles nos viene siguiendo los talones,” dijo ella apresuradamente. “No podemos defender, ni siquiera tú. Ven con nosotros al continente, continuaremos la batalla en Escalon.”

El soldado la miró con solemnidad.

“Nosotros somos de Knossos,” respondió. “No retrocedemos por ningún enemigo.”

“¿Incluso si la muerte es segura?” presionó ella.

“Especialmente si la muerte es segura,” respondió él. “El corre significaría perder nuestro honor, y el honor es más sagrado que la vida. Toma a tus Observadores y ve al continente, nosotros defenderemos este lugar.”

Lorna suspiró, claramente frustrada.

“Los matarán tan solo por haber protegido a mi gente. No puedo permitir eso.”

“Nos matarán por cumplir con nuestro deber,” respondió él.

Lorna frunció el ceño al darse cuenta de que no estaba consiguiendo nada.

“¿No lo entiendes?” preguntó ella. “Te enfrentarás a monstruos, no a humanos. Los troles no tienen honor, son criaturas horribles. No tienen ningún respeto por la vida. Están cruzando la Bahía de la Muerte y pronto rodearán esta fortaleza. Ahora es tu oportunidad de escapar. Vete y vive para pelear otro día, en otro lugar y en tus términos. Hay otras maneras de ganar. Quedarte significará la muerte.”

El soldado sonrió por primera vez mientras miraba detrás de ella examinando el horizonte.

“Una muerte honorable, rodeado de enemigos,” respondió él, “es todo lo que he estado deseando. Mis hombres han rogado por eso mismo. Los dioses han respondido nuestras oraciones en este día.”

Detrás de él, todos los guerreros de Knossos, formados en perfecta disciplina, de repente levantaron sus cadenas y mostraron estar de acuerdo con un rugido. Detrás de las ranuras metálicas de sus cascos se alcanzaban a ver ojos llenos de valor.

Merk nunca antes había visto tal muestra de valentía, y esto lo conmovió. Por primera vez en su vida sintió que aquí, en esta isla y con estos hombres, él podía ser parte de algo más grande, de la causa que había estado buscando.

Lorna volteó hacia Merk pareciendo resignada.

“Ve,” dijo ella. “Lleva nuestro barco hacia el continente. Ve hacia Leptus. Estarás seguro ahí. Puedes encontrar el camino hasta la capital y pelear por nuestra causa.”

Merk se llenó de admiración por ella al darse cuenta de que ella pensaba quedarse.

Negó lentamente con la cabeza al haber llegado a una decisión propia. En vez de irse, se dio vuelta hacia Thurn y sonrió.

“Tu intención es pelear hasta la muerte, ¿no es verdad?” le preguntó.

Thurn asintió en respuesta.

“Así es,” respondió.

Merk sonrió.

“¿Qué tan pesadas son esas cadenas?” le preguntó.

Thurn lo miró pareciendo sorprendido con esa pregunta, pero al darse cuenta de lo que Merk quería decir, le dio una mirada de aprobación. Hizo una señal y un soldado se acercó con rapidez pasándole a Merk una cadena y punta extra.

Merk probó su peso; era más pesada de lo que pensaba. La giró y se sorprendió al ver que la punta de hierro giraba sobre su cabeza como un relámpago. Esta creó un silbido agudo al girar. Era un arma inusual y sustancial, y esto lo impresionó.

“¿Quieres un hombre más?” le preguntó.

Por primera vez, Thurn le sonrió a Merk.

“Supongo,” respondió él, “que podemos hacer espacio.”

CAPÍTULO DIECISÉIS

Kyra se sostenía fuertemente de las escamas de Theon mientras volaban hacia el norte, pasando negras nubes y con el cielo oscureciéndose al acercarse a la tierra de Marda. Las palabras de Softis daban vuelta en su cabeza al recordar su tenebrosa visita a Volis, su visita con sus ancestros, y sentía que los espíritus seguían junto a ella.

No trates de alejarte del peligro, Kyra. Búscalo. Esa será la única manera de salvar tu vida.

Sintió que era verdad. Sintió que estaba en una misión sagrada y sintió que debía honrar el legado de sus antepasados al conseguir lo que ellos no pudieron: Verdadera libertad para Escalon, protección de los troles y protección de los dragones. Se preguntó por qué siempre era tan elusiva la verdadera libertad. Verdadera seguridad era difícil de conseguir generación tras generación

Al volar más y más hacia el norte, Kyra sintió que el aire se enfriaba. Pero no se trataba tanto del frío y la oscuridad, sino de sentir que se acercaba la maldad. Miró hacia abajo esperando ver Escalon por última vez antes de entrar a Marda y esperando ver lo que había visto todos los días de su vida al haber crecido en Volis: el inmenso muro de fuego que se elevaba hasta el cielo e iluminaba la creciente noche. Sería emocionante el volar sobre este y ver qué tan alto llegaba.

Pero al acercarse a la frontera y ver hacia abajo, se quedó desconcertada al no ver nada. Volvió a mirar tratando de entender.

“Más bajo, Theon,” ordenó ella.

Theon voló más bajo atravesando capa tras capa de gruesas nubes negras hasta que finalmente las atravesaron y tuvieron una vista del paisaje debajo.

Su corazón dejó de latir.

Ahí abajo estaba una visión que por siempre se quedaría grabada en su alma, una visión que la hizo perder toda esperanza. Kyra se impactó no por lo que vio, sino por lo que *no* vio. Por la *ausencia*. Las Flamas habían desaparecido.

Por primera vez en su vida, Kyra vio que la frontera norte no estaba dominada por ese siempre presente brillo y crujir. Lo que ahora quedaba era una tierra chamuscada y un cielo abierto, sin ninguna barrera separando a Escalon de Marda. El sagrado muro de protección, las Flamas mágicas siempre protegidas por sus antepasados, ya no eran más.

Pero para Kyra fue más impactante ver a la nación de troles cruzando el campo, invadiendo su tierra natal haciendo que los dos países fueran uno y sin nada que los detuviera. Miles y miles de troles corrían debajo de ella como una manada de búfalos, con su retumbar y sus gritos audibles incluso hasta allá arriba. Eran millones dejando Marda en una gran migración para invadir su país.

La sangre de Kyra hirvió al verlos. Ya podía imaginarse todas las aldeas quemadas y saqueadas que dejarían a su paso, la destrucción que esta oleada de troles dejaría en su país.

“¡Theon, abajo!” gritó ella.

Theon no necesitó escucharlo dos veces. Voló directamente hacia abajo hasta que estuvieron a unos treinta pies de distancia.

“¡FUEGO!” gritó ella.

Theon abrió la boca y arrojó fuego incluso antes de escuchar la orden; los dos pensando lo mismo al mismo tiempo.

Abajo, los troles volteaban hacia arriba con sorpresa y terror en sus ojos. Chillaron mientras Theon respiraba una columna de fuego creando una oleada de muerte justo en medio de sus filas. El gran sonido de las flamas se mezcló con su rugido, y voló sobre ellos milla tras milla matando a decenas de miles de troles. Más de uno arrojó su lanza hacia arriba, pero Theon ahora era más fuerte y era capaz de quemar las armas con el intenso calor de sus llamas antes de que lo alcanzaran.

Pero finalmente se escuchó un silbido, y Kyra vio que Theon, aun siendo un bebé, necesitaba tiempo para reponer sus llamas. Miró todo lo que habían conseguido, todos los troles muertos, y estaba a punto de sentirse orgulloso a de esto hasta que vio hacia adelante y descubrió a un grupo incluso más grande de troles que avanzaba.

Su corazón se desplomó. Su ataque apenas había sido un rasguño. Supo que Escalon estaba acabado. La única esperanza que quedaba era poder completar su misión.

“¡Arriba, Theon!” ordenó.

Theon se elevó mientras la nueva oleada de troles arrojaba sus lanzas en el aire; voló más y más alto fuera de su alcance y pronto volvieron a entrar en las nubes. Kyra voló más rápido hacia Marda. Cerró los ojos y supo que tenía que concentrarse, que debía alejar esas visiones de su mente. Sabía que la única esperanza para su tierra natal estaba, paradójicamente, más al norte en las profundidades de Marda.

*

Kyra sintió un escalofrío en sus hombros que la abrazaba como un manto de maldad al entrar en la tierra de Marda. Inmediatamente sintió un cambio en el aire, algo pesado y húmedo, como un hechizo oscuro que envolvía este lugar tomándola y apretándola fuertemente. El cielo inmediatamente se oscureció tanto que ella ya no podía distinguir si era día o noche. La penumbra se posó de manera que no era ni tan oscura ni tan iluminada; un crepúsculo perpetuo. Astillas color escarlata abundaban en las espesas nubes negras como si el cielo mismo estuviera sangrando.

Abajo las cosas no se miraban mejor. No había signos de vida en el paisaje, solo extensiones de tierra negra, cenizas y salidas de roca negra. No había vegetación ni árboles, solo una miríada de volcanes con lava fluyendo por los costados. Vio lagos y ríos de lava que fluían por el paisaje en todas direcciones.

Pero a pesar de la lava, la tierra era fría—y apestaba a azufre—y el aire estaba tan espeso por las cenizas que era difícil respirar. Kyra no podría imaginarse nada peor ni en sus sueños más oscuros. Parecía como si el infierno mismo hubiera encontrado un lugar en la tierra.

Mientras volaba, Kyra sintió un presentimiento que le oprimió el pecho. No tenía idea de a dónde se dirigía y volaba solo guiada por el instinto y por el mandato de su madre sintiendo que nunca regresaría.

Examinó el paisaje buscando cualquier señal, cualquier indicación de a dónde dirigirse. Trató de encontrar algún camino, algo que pudiera llevarla hasta el Bastón de la Verdad. Pero no encontró ninguno.

Mientras más se adentraba en Marda, más perdida se sentía preguntándose a dónde ir en esta vasta y eterna desolación, preguntándose si alguna vez encontraría lo que había venido a buscar. Finalmente, al mirar hacia abajo, vio algo que llamó su atención. Era movimiento, algo diferente en el paisaje. Eran borbotones de negro sobre negro.

“Abajo, Theon,” susurró.

Theon descendió, y al pasar por las capas de nubes negras, empezó a ver con claridad. Abajo se encontraba un agitado río negro que se habría pasado por el oscuro paisaje. La corriente iba hacia el norte, inexplicablemente cuesta arriba, a través de un corte estrecho entre dos picos altos.

Al verlo, Kyra sintió que había algo del otro lado de esas montañas. Sintió en su corazón que ese era el lugar al que tenía que ir.

“Abajo, Theon.”

Theon voló hacia los picos y Kyra planeaba volar sobre ellos; pero al acercarse, se sorprendió al ver que Theon de repente chillaba y se detenía completamente en el aire.

Se sacudió y se negó a avanzar.

“¿Qué sucede, Theon?” preguntó ella.

Escuchó su respuesta en su mente.

No puedo seguir avanzando.

Kyra miró hacia adelante y con terror se dio cuenta de que había algún tipo de fuerza invisible, un escudo que impedía que Theon avanzara. Miró hacia abajo hacia el agitado río y supo que debía dirigirse hacia su desembocadura. Debía viajar por ese río hacia el otro lado de las montañas, y sabía que este era un viaje que debería realizar sola.

Con una punzada de pánico, Kyra se dio cuenta de que debería dejar a Theon aquí.

“Baja, Theon,” dijo suavemente. “Vamos a aterrizar.”

Theon obedeció de mala gana bajando y posándose junto a la desembocadura del río. Al desmontar, sintió una sensación espeluznante bajo sus pies al pisar el suelo negro cubierto de musgo suave.

Theon bajó la cabeza pareciendo avergonzado y preocupado por ella.

Regresemos juntos, le dijo Theon a ella con la mente. *Vámonos ahora de este lugar.*

Kyra lentamente negó con la cabeza mientras acariciaba las escamas de su larga nariz.

“No puedo,” dijo ella. “Mi destino está aquí. Vuela hacia el sur y espérame en Escalon.”

Kyra miró hacia el lento río y vio una balsa ancha y negra hecha de troncos atados juntos, esperando en la desembocadura del río como si esperándola a ella. En la balsa estaba una criatura con apariencia de hombre, tal vez algún tipo de criatura malvada que le daba la espalda vistiendo un manto negro y con un largo bastón que tocaba el agua. No volteó a verla.

Theon bajó la cabeza y la empujó contra la de ella, y Kyra acarició sus escamas dándole un beso.

“Ve, mi amigo,” le ordenó.

Theon finalmente chilló y saltó en el aire con sus garras pasando cerca de ella. Extendió sus alas y empezó a volar sin mirar hacia atrás, su chillido siendo el único recordatorio de que estaba allí. Pronto el cielo se quedó vacío. Theon se había ido.

Kyra se dio la vuelta con un hueco en el estómago y caminó hacia la balsa. Lentamente puso un pie en ella.

Esta se meció bajo su pie y sintió que se le aceleró el corazón. Se sintió total y completamente sola, más sola de lo que nunca se había sentido en su vida.

Apretó su bastón con fuerza.

“Vámonos,” le dijo a la criatura sintiendo que esta esperaba su orden.

Con su espalda aún hacia ella, dio un paso hacia adelante y empujó su bastón contra el fondo del río, y pronto empezaron a avanzar en la balsa río abajo hacia la oscuridad; y hacia el mismísimo corazón del infierno.

CAPÍTULO DIECISIETE

Softis pasaba lentamente por entre las ruinas de Volis, apoyándose en su bastón, caminando y recordando. Se detuvo junto a lo que quedaba de uno de los muros y pasó su mano por su orilla, aún suave, y recordó que solía jugar en este lugar en su niñez. Recordó pensar que Volis existiría para siempre.

Softis recordó a su padre y a su abuelo y como solía jugar a sus pies, aprendiendo acerca de los grandes historiadores, los afamados Cronistas del Reino que habían viajado desde Andros. Sabía que no había un rango mayor y supo desde que pudo caminar que eso era lo que él quería ser. Para él, la gloria estaba en las historias y no en pelear las guerras. Después de todo, las guerras se desvanecían, pero los Cronistas hacían que vivieran para siempre.

Softis respiró con profundidad al seguir caminando y mientras su bastón golpeaba las rocas. Ahora estaba solo, completamente solo, todos a los que había conocido y amado estaban muertos. Por alguna extraña razón que no podía entender, había sido maldecido con la bendición mixta de sobrevivir. Había sobrevivido. Había sobrevivido a su abuelo, a su padre, a su esposa, a sus hermanos e incluso a sus hijos. Había sobrevivido a reyes y guerras, a un comandante tras otro. Había visto a Escalon bajo varias formas de gobernación, pero nunca lo había visto completamente libre. Casi llegando a los cien años de edad, había sobrevivido a todo.

Softis sabía que podía encontrar alguna forma de seguir adelante, una forma de vivir sin los hombres y mujeres y niños que tanto extrañaba pero que de igual forma casi no podía ver por la ceguera; podría sobrevivir sin la variedad de comida, encontrando una forma de subsistir solo con hierbas silvestres y bayas, que de todas formas no podía saborear por la edad. Pero lo que lo hacía sentirse más solo y algo que no podía reemplazar era la pérdida de sus libros. Esos salvajes lo habían destruido todo, y en el proceso habían destrozado su alma.

Aunque no los destruyeron todos. Un libro, escondido en lo profundo debajo de una bóveda de piedra, era lo único que Softis había logrado proteger. Era este libro, Las Crónicas de sus Padres, un libro de gran tamaño encuadernado en cuero, con páginas tan desgastadas por el uso que casi se cayeron, el que Softis apretaba contra su pecho al caminar. Era todo lo que le quedaba en la vida.

Concluyó que Escalon estaba hechizado. Era una tierra tanto bendita como maldita. Siempre había sido perseguido por la amenaza de los dragones, por la amenaza de los troles, por la amenaza de Pandesia. Era un lugar de inmensa belleza pero, paradójicamente, un lugar en el que no se podía estar completamente tranquilo. Había un acertijo en esta tierra, algo que nunca había podido descubrir. Había estado analizando las leyendas en su mente por casi cien años, y sentía que había algo que faltaba, algo que tal vez había sido ocultado de él, un secreto muy grande incluso para él y sus antepasados. ¿Qué era?

Tal vez estaba oculto en un libro perdido, en un pergamino oculto o en una leyenda olvidada que él no había escuchado. Estaba convencido de que había algo que podía resolverlo todo, que descubriría el misterioso origen de Escalon y de lo que lo había tanto maldecido como bendecido.

Ahora, mientras sus ojos se apagaban y llegaba a la parte final de sus días, ya no era vida lo que él deseaba, sino *conocimiento*. Sabiduría. El descubrimiento de secretos. Pero más que nada, la respuesta a ese misterio. Softis sabía cómo terminaría la historia. Terminaría al igual que lo hacen los hombres. En muerte. En nada. Pero todavía no sabía cómo la historia había *empezado*. Y de alguna manera, para él, esto era más importante.

Softis siguió avanzando por entre los escombros, por este pueblo fantasma lleno solo con el débil sonido de su bastón, con las ráfagas de viento que pasaban por el lugar pero sin hallar a nadie. Encontró un pequeño pedazo de viejo pan rancio, se agachó para recogerlo y se dio cuenta de que estaba duro como una roca; se preguntó cuántas semanas llevaba ahí. Pero aun así estaba agradecido por haberlo encontrado, sabiendo que era lo mejor que encontraría en todo el día. Al menos le daría la energía suficiente para la caminata. En su camino hacia el mausoleo, visitaría a viejos amigos y se sumergiría en viejos tiempos. Cerraría los ojos y se imaginaría que su padre seguía vivo y le contaba historia tras historia. Eso lo confortó. En estos días encontraba más consuelo con los fantasmas que con los vivos.

Mientras atravesaba el patio, Softis de repente se detuvo y se quedó quieto. Había sentido algo. ¿Había sido un estremecimiento?

Lo sintió de nuevo, algo que subió desde su bastón hasta su palma, algo tan débil que se preguntó si realmente lo había sentido. Pero entonces lo sintió de nuevo y esta vez estuvo seguro. Esta vez el estremecimiento fue una sacudida y después un temblor. Se detuvo sintiéndolo ahora en las plantas de sus pies, y entonces se dio la vuelta mirando hacia arriba por el arco roto de piedra que una vez había sido la formidable puerta de Volis.

Había algo en el horizonte. Al principio era muy tenue, como una nube de polvo. Pero se hizo más grande mientras observaba. Entonces se convirtió en un contorno, una sombra oscura, un ejército formándose en el horizonte.

Después se convirtió en un estruendo.

Un momento después llegó la estampida. Vinieron avanzando por las colinas escuchándose como una manada de búfalos. Llenaron el horizonte y pronto sus gritos fueron audibles hasta en sus ensordecidos oídos. Se sorprendió al ver que todos corrían por la colina dirigiéndose directamente hacia Volis.

¿Qué era lo que querían con Volis?

Mientras se acercaban, se dio cuenta de que en realidad no buscaban nada aquí. Volis simplemente había tenido el infortunio de estar a su paso.

Avanzaron por la puerta y Softis finalmente pudo verlos con claridad. Al hacerlo, su corazón se le congeló en el pecho. No eran humanos ni tampoco Pandesianos.

Troles.

Una nación entera de troles.

Con sus alabardas levantadas, gritos y ojos feroces llenos de sangre, arrasaban por la tierra como langostas claramente determinados a destruir hasta la última hoja de hierba y acabar con todo Escalon. Era como si las puertas del infierno hubieran sido abiertas.

Mientras Softis estaba de pie en el centro de Volis como el último hombre vivo, se dio cuenta de que venían directamente hacia él. Finalmente y por primera vez en su vida la muerte llegaba por él.

Softis no corrió. Tampoco se acobardó. En vez de eso, se quedó de pie orgulloso y, por primera vez en su vida, intentó enderezar su jorobada espalda para poder pararse erguido y derecho tal y como lo hubiera hecho su padre.

Los troles rompieron por entre las puertas apuntando sus alabardas directamente hacia él, y Softis apretó el libro contra su pecho y sonrió. La maldición de su vida por fin había terminado.

Finalmente había sido bendecido con la muerte.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Dierdre y Marco marchaban por el bosque como lo habían hecho por horas, cayendo en la monotonía del ritmo, del silencio, de las hojas crujiendo bajo sus pies, cada uno perdido en su propia melancolía. Dierdre trató de sacudirse las imágenes que pasaban por su mente; de la muerte de su padre, de la inundación de Ur, de casi ahogarse debajo de las olas. Pero cada vez que cerraba los ojos y sacudía la cabeza, estas regresaban con más fuerza. Se vio a sí misma agitándose bajo el agua y el rostro muerto y sin vida de su padre mirando hacia el cielo. Vio su amada ciudad, todo lo que conocía en este mundo, completamente bajo el agua y ahora convertida en otro lago olvidado.

Dierdre miró los blancos y brillantes árboles del Bosque Blanco tratando de enfocarse en otra cosa, tratando de no pensar en el pasado. Pero sintió que seguía temblando, que estaba tan atrapada en el trauma de su pasado que ni siquiera podía recordar en dónde estaba. Se obligó a concentrarse. ¿En dónde estaban? ¿A dónde iban?

Miró hacia un lado y vio a Marco que caminaba a su lado y entonces lo recordó: Kyra. Se dirigían hacia el norte, hacia la Torre de Ur, para encontrarla.

Dierdre observó a Marco. Con su fuerte barbilla, hombros anchos y rasgos oscuros, vio que era mucho más alto que ella y se consoló con su presencia. Había algo acerca de él—callado, no jactancioso, listo para escuchar—que lo hacía un compañero agradable. Especialmente se debía a que él no se había apartado de su lado y ella podía confiar en él. Era una roca de apoyo para ella.

El verlo la hizo pensar en Alec, en los sentimientos que había tenido por su amigo, y esto reanimó los sentimientos de traición por el abandono de Alec. ¿Había sobrevivido Alec? Se preguntó. Si lo había hecho, ¿en dónde estaba? Si la muerte era inevitable en este lugar, como parecía serlo, Dierdre no pudo evitar pensar que tal vez sería mejor para Alec haber muerto en gloria junto con los otros que morir en algún otro lugar.

Todo esto la hizo pensar en quién podía realmente confiar en este mundo. Sintió que Marco era un hombre en quien podía confiar. De alguna manera, él le recordaba a su padre.

“¿Y qué haremos si tu amiga no está allí?”

Dierdre se sobresaltó al romperse el silencio. Marco también la miraba, claramente saliendo de sus propios pensamientos y con ojeras en sus ojos. Se miraba exhausto y ella se preguntó qué clase de pensamientos oscuros pasaban por su mente también.

“Sí estará,” respondió Dierdre con confianza. “Kyra no moriría. Es una sobreviviente.”

Marco movió su cabeza.

“Tal vez le tienes mucha fe a tu amiga,” dijo él. “Es humana como nosotros. ¿Cómo pudo haber sobrevivido al ataque?”

“La Torre de Ur está lejos de la ciudad,” dijo Dierdre. “Tal vez aún no la han alcanzado. Además, no está sola. Su lobo y su caballo están con ella.”

Marco se mofó.

“¿Y ellos pueden detener a un ejército?”

Dierdre frunció el ceño.

“Kyra tiene más que eso,” añadió. “No puedo explicarlo, pero ella es especial. Si alguien puede sobrevivir a esta guerra, esa es ella.”

Marco negó con la cabeza.

“Hablas como si ella fuera un ser místico.”

Dierdre lo pensó y, mientras él decía esas palabras, se dio cuenta de que había algo de verdad en ellas. Sí *había* algo diferente en Kyra. No podía entenderlo por completo, pero había algo en ella que la hacía ser... especial.

“Tal vez lo es,” dijo Dierdre finalmente, pensando en voz alta.

“¿Y si tu amiga está muerta?” presionó Marco.

Dierdre suspiró.

“Entonces hemos viajado al norte para nada,” admitió ella. “De cualquier forma, llegaremos a la Torre de Ur y estaremos seguros allí. Los Observadores nos acogerán.”

“¿Por qué lo harían?” preguntó él.

“Deben hacerlo,” insistió ella. “Después de todo, son una comunidad del reino, y estamos bajo ataque. Por lo menos nos darán alimento, abrigo, y un lugar para quedarnos por el tiempo que lo necesitamos. Ahí decidiremos qué hacer.”

Él movió la cabeza.

“Tal vez tengas razón,” dijo él, “pero tal vez no. Tal vez deberíamos dirigirnos hacia el mar, encontrar un barco e irnos tan lejos como podamos de Escalon.”

Continuaron caminando en silencio, con el único sonido siendo el de las hojas debajo de sus botas, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Mientras pasaba el tiempo, Dierdre empezó a sentir lo peligrosa que era su situación y el poco tiempo que probablemente les quedaba de vida. Ya no podía sentir el lujo del tiempo, y sintió una urgencia por saber más acerca de Marco.

“Háblame de tu familia,” dijo ella tentativamente y casi temiendo preguntar. Normalmente ella no era tan directa, pero esta vez sintió que no tenía tiempo.

Marco le dio una mirada, pero entonces bajó la cabeza en desconsuelo.

“Mi familia ha estado muerta para mí la mayor parte de mi vida,” dijo con la tristeza de una persona que nunca ha conocido ni amado a una familia. “Mi padre fue muy cruel conmigo desde que nací. Mi madre, bueno, él la oprimía también, y ella se ocultaba en sí misma. Era así como soportaba la situación. Yo siempre quise protegerla, pero no pude hacerlo.”

Dierdre empezó a reconocer las capas de tristeza que formaban el carácter de Marco.

“Lo siento,” dijo ella.

Él se encogió de hombros.

“Ya está en el pasado,” dijo él. “Siento que todas las personas a las que admiramos nos traicionarán en algún momento. Debemos encontrar fuerza en nosotros mismos, no buscarla en otras personas.”

Esto la hizo pensar en su padre, en la difícil relación que habían tenido, y pensó que la vida todavía era un misterio para ella. Dierdre se dio cuenta de que ella y Marco tenían más en común de lo que se había imaginado. De una extraña manera, se entendían el uno al otro. Ambos habían sido criados sin verdadero amor en sus vidas. Solo ahora se daba cuenta de lo horrible que eso era para un niño.

“Ninguno de nosotros merecía eso,” dijo ella finalmente.

El asintió lentamente mientras seguía caminando.

“No siempre obtenemos lo que merecemos,” respondió él. “A veces tienes que tomar lo que te toca en la vida. O a veces obtienes lo que mereces después, cuando menos lo esperas y cuando menos lo necesitas. Pero incluso si no obtenemos lo que merecemos en la vida, eso no significa que no podemos *terminar* con lo que merecemos. Tenemos el poder de *decidir* lo que merecemos en la vida. Tenemos el poder de conseguirlo nosotros mismos; incluso si otras personas dicen que no lo merecemos.”

Pateó las hojas mientras avanzaba.

“Especialmente,” continuó él, “debemos dejar de pensar en términos de merecer o no merecer. Cuando no le hacemos peticiones al mundo de darnos lo que creemos merecer, estaremos menos decepcionados. Prefiero crear lo que quiero en la vida que pedirle al mundo que me dé cosas. La primer opción pone el poder en mis propias manos; la segunda me lo quita y lo deja a merced del mundo.”

A Dierdre le gustó eso. Mientras más lo pensaba, más se daba cuenta de que tenía razón; y de que Marco era una persona más profunda de lo que había pensado.

“¿Y qué es lo que tú mereces en la vida, Marco?” preguntó ella sintiendo un gran respeto por él.

“Lo merezco todo,” dijo él con firmeza, pareciendo confiado y sin dudar; ella le creyó. “¿Por qué no debería?” continuó él. “¿Por qué debería merecer menos que alguien más?”

Guardó silencio y la miró.

“¿Y tú?” le preguntó, vacilante.

“Yo merezco amor,” respondió ella. “Verdadero amor. Después de todo, ¿qué es más poderoso en la vida?”

La miró y después miró hacia otro lado, enrojecido. Dierdre pudo ver en ese momento que él sentía algo por ella. *Sí* sentía una atracción por ella; solo estaba muy asustado para decirlo. Pero ella lo vio en sus ojos antes de que volteara la mirada.

Continuaron caminando en silencio acercándose el uno al otro cada vez más, cayendo en un cómodo silencio con el paso de las horas.

Finalmente salieron del bosque y, al hacerlo, ambos se detuvieron inmediatamente con lo que vieron. Dierdre perdió el aliento al observar el paisaje. La imagen se quedó grabada en su alma como algo salido de una pesadilla.

Ahí estaba la Torre de Ur, sin resplandecer como lo había anticipado, sino colapsada en un montón de escombros. Dejó salir un jadeo gemido. Lo que no podía ser destruido estaba destruido frente a ella.

Al verlo, Dierdre sintió que algo se había colapsado dentro de ella. Ahí estaba la torre, uno de los fundamentos de Escalon, destruido.

Y lo que era peor, Kyra no se miraba por ninguna parte. Tampoco estaban Andor o Leo. Se preguntó que terrible fuerza había pasado por aquí ocasionando todo esto.

Del otro lado y en la distancia, Dierdre pudo ver el Mar de los Lamentos. Su corazón se desplomó al ver las aguas negras por los barcos Pandesianos, todos navegando hacia la costa.

Los dos se quedaron congelados y en total silencio por varios minutos. Dierdre sintió que todos sus sueños, sus esperanzas de un refugio seguro, quedaron aplastados. Parecía que ya no quedaba un lugar seguro. Pero más que nada, se sentía triste por su amiga. No había manera de que hubiera sobrevivido esto; Kyra ya debería estar muerta. Esto la dejó sin esperanzas.

“No es posible,” dijo Dierdre pensando en voz alta.

Marco parecía muy aturdido para responder.

Dierdre sintió un temblor y entonces escuchó un tremendo grito en el bosque. Se dio la vuelta y miró aterrada cómo salía un ejército de troles desde la orilla del bosque. Avanzaron a toda velocidad, desfigurados, grotescos, inmensos, con sus alabardas levantadas y corriendo hacia ella.

Dierdre tomó y apretó fuertemente la mano de Marco. Él no pudo hacer nada más que apretar también. Los troles ya estaban a una corta distancia que se acortaba a cada momento y Dierdre supo que, por alguna cruel razón, el destino les había permitido sobrevivir a la inundación solo para morir de una forma mucho peor.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Duncan, con Kavos, Bramthos, Seavig y Arthfael a su lado, y seguido por Motley y Cassandra, guiaba a su ejército marchando por las llanuras dirigiéndose al sur, lejos de la protección de la cueva y hacia algún lugar en el Cañón de Baris. Duncan se movía dentro de su armadura, sudoroso, oprimido por el calor de mediodía y sintiendo como si su marcha ya hubiera durado días. El sonido de las armaduras de todo el ejército era lo único que interrumpía el silencio de este largo y desierto tramo de Escalon.

No había ninguna sombra, tan solo rocas y tierra y la esperanza de llegar a su destino. Era una marcha expuesta y peligrosa, pero Duncan sabía que no tenían opción; tenían que alejarse de la capital tanto como pudieran, alejarse del ejército Pandesiano, y llegar a Baris antes de que fuera demasiado tarde. Tenían que proteger su flanco. Y Duncan tenía una cuenta pendiente.

La sangre de Duncan hervía al pensar en Bant, el gran traidor. El cobarde seguía viviendo después de haber entregado a Duncan, claramente después de haber hecho un pacto con los Pandesianos. Duncan le enseñaría lo que significaba traicionar a sus compatriotas. Le daría una visita que él nunca olvidaría y vengaría la muerte de sus hombres.

Al marchar, Duncan pensó en su hijo, Aidan, y se preguntó si había sido un error el permitirle ir con Anvin en su misión hacia Leptus. Era joven, pero ya se había probado a sí mismo y estaba determinado. Duncan sabía que a todos los muchachos les llegaba el momento de convertirse en hombres. Pero aun así era una misión crucial, una que determinaría si su propio ejército tendría éxito. Los hombres de Leptus tal vez no tendrían deseos de unirse a su causa, y si no lo hacían, Duncan sabía que sus hombres pelearían una lucha perdida en el cañón.

Duncan tenía problemas mayores. Ya podía sentir que sus hombres empezaban a perder el ánimo después de perder a muchos de sus hermanos en todas las campañas desde Volis. Ahora aquí estaban de nuevo, marchando por este interminable campo y dirigiéndose hacia la batalla. Sería una batalla que, si la ganaban, tan solo protegería su flanco preparándolos para otra batalla. Con los dragones en los alrededores y los Pandesianos llenando el lugar, no parecía haber un fin a la vista. Duncan tuvo que admitirse a sí mismo que también tenía dudas. Parecía que Escalon nunca sería libre de nuevo.

Pero Duncan sabía por experiencia que los números no dictaban la historia; si pudiera golpear a los Pandesianos en el momento justo, si pudiera tomarlos por sorpresa con la ventaja del terreno de su tierra natal, tal vez y solo tal vez, podría llevarlos hacia una trampa y matar a suficientes de ellos. Si tan solo pudiera empujarlos hacia la Barranca del Diablo entonces podría atraparlos, y desde ahí tal vez encontraría alguna manera de tomar el Puente de los Lamentos. Recordó todas las leyendas, las historias de un puñado de valientes guerreros que protegieron el Barranco del Diablo contra miles. Pronto llegaría el momento de probar si eso era verdad; si es que podía llegar tan lejos.

Pero más que nada, las preocupaciones de Duncan se tornaron hacia Kyra. Su corazón se llenó de orgullo al recordar cómo volaba sobre Theon y cómo lo salvaba a él y a sus hombres de la capital en llamas. Nunca se había sentido tan orgulloso de ella. Se retorcía por dentro al pensar que ahora volaba

hacia Marda, un lugar al que ningún hombre se atrevía a ir. Su corazón se desplomó al preguntarse si volvería a ver su rostro de nuevo.

Los pensamientos de Duncan se vieron interrumpidos por un sonido. Al principio pensó que había sido un trueno detrás de ellos; pero al voltear hacia atrás tuvo que mirar dos veces al descubrir que el horizonte estaba lleno de negro.

Con el corazón acelerado, Duncan se detuvo junto con todo su ejército; y al hacerlo, un coro de cuernos Pandesianos llenó el aire. Había decenas de miles de soldados Pandesianos persiguiéndolos, dejando la capital y marchando hacia el sur. Eran guiados por Ra en una procesión de carruajes dorados.

Muchos de los Pandesianos iban a caballo mientras que otros montaban elefantes, y estos sonaban los cuernos una y otra vez con un sonido diseñado para causar miedo en los corazones de los enemigos. Tenían efecto, ya que no dejaban pensar con claridad.

Duncan pudo sentir todos los ojos sobre él, de sus hombres esperando sus órdenes. Los Pandesianos habían aparecido muy rápido, antes de que pudieran llegar a la seguridad del cañón y antes de que pudieran proteger sus flancos para guiarlos hacia la trampa. Duncan se dio la vuelta y vio, en el horizonte, el contorno del cañón; muy lejos para llegar a tiempo.

Se dio la vuelta encarando a los Pandesianos que se acercaban y supo que tendría que pelear contra ellos aquí y ahora, contra un ejército más grande y en campo abierto. Lo examinó todo con sus ojos profesionales y descubrió que no había manera de que sus hombres, sin importar lo valientes que fueran, pudieran ser victoriosos.

“¿Comandante?” dijo una voz.

Duncan se dio la vuelta y vio a Kavos a su lado, esperando sus órdenes con todos sus guerreros. Tomó una decisión. Miró hacia Kavos y habló con voz llena de autoridad.

“Toma a nuestros hombres y continúa hacia el sur, hacia el cañón. Yo tomaré a un pequeño grupo y me enfrentaré a este ejército yo mismo, lo suficiente para distraerlos y para permitirles llegar con seguridad hasta el cañón. Esto te dará el tiempo suficiente para derrotar a Baris y proteger el cañón.”

Kavos lo miró con solemnidad.

“¿Y tú?” le preguntó con gravedad.

Duncan negó con la cabeza.

“Yo haré lo que todo comandante debe hacer,” respondió. “Moriré con honor y salvaré a la mayoría de mis hombres.”

Todos los hombres lo miraron, sombríos.

Kavos finalmente dio un paso hacia adelante.

“Una elección noble, Duncan,” le dijo. “Pero no podemos permitirte hacer una última defensa solo.”

“No es una petición,” respondió Duncan, “sino una orden. Los hombres necesitan que alguien los guíe. Tómalos y sálvalos.”

“Nombra a alguien más,” replicó Kavos sacando su espada y poniéndose junto a Duncan para defenderlo. “Nombra a alguien que no sea yo.”

“Ni yo,” dijo Bramthos sacando su espada y uniéndoseles también.

Todo a su alrededor, hombres valientes sacaron sus espadas y se les unieron, y Duncan se llenó de gratitud y respeto por todos ellos.

Finalmente y viendo que no iban a ceder, Duncan le hizo una señal a Arthfael.

“Muy bien, entonces,” dijo. “Tú, Arthfael. Lleva a este ejército hacia el cañón. Asegúralo y obtén una victoria por todos nosotros.”

Arthfael dudó por un momento, pero finalmente asintió y siguió su orden. Se escuchó un cuerno, y un momento después ya se retiraba junto con la mayoría de los hombres de Duncan hacia el cañón.

Duncan se dio la vuelta y miró hacia el ejército Pandesiano, con una docena de sus hombres a su lado y sosteniendo sus espadas con valentía; él mismo también sacó su espada. La muerte marchaba hacia él, pero no sintió miedo, sino alivio. Al menos moriría con nobleza, protegiendo una causa como siempre había querido hacerlo.

“Hombres,” dijo Duncan, “¿debemos esperar a que ellos nos alcancen? ¿O llevaremos la guerra hasta ellos?”

Los hombres vitorearon al mismo tiempo y todos los valientes guerreros lo siguieron, corriendo por el desierto con las espadas levantadas. Duncan sintió la familiar adrenalina al dirigirse hacia la gloriosa batalla que lo esperaba, tal vez la última de su vida.

CAPÍTULO VEINTE

Merk estaba de pie frente a un acantilado de la isla de Knossos, junto a cientos de feroces guerreros que miraban hacia el mar como retándolo a que les trajera un desafío. Miró por sobre su hombro y se reafirmó al ver la gran fortaleza de piedra de Knossos saliendo de la roca y, en sus pequeñas ventanas, los brillantes ojos amarillos de docenas de Observadores que miraban la batalla con sus capuchas sobre sus cabezas. Había cientos de soldados más sobre las almenas. Justo en la cima de la fortaleza y encima de los parapetos vio a Lorna, de pie orgullosa y viéndolo todo desde arriba.

Se volteó de nuevo hacia las aguas negras y vio que estaban llenas con los barcos de Vesuvius, una nación de troles navegando sin detenerse hacia ellos. Eran barcos pequeños que llenaban la bahía, meciéndose en las corrientes y acercándose cada vez más. Las agitadas olas de la Bahía de la Muerte rompían contra las piedras, y la brisa blanca mojaba a Merk y a sus armas. El viento se había convertido en una fuerte ráfaga, como si una tormenta perpetua estuviera en camino y sin señales de detenerse.

Merk apretó fuertemente su nueva arma, la larga cadena con la bola con picos a sus pies, y su corazón se aceleraba cada vez más. Navegando con tambores de guerra, los troles estaban a unas cien yardas y acercándose, con las corrientes a favor y como si trajeran a demonios del infierno.

Merk miró a su alrededor y se sintió reafirmado al ver a los valientes guerreros de Knossos, con sus rostros fuertes y cuadrados, piel pálida, barbas largas marcadas con gris, y todos mirando hacia el mar sin parpadear. Todos sostenían sus largas cadenas con bolas de picos, y no pudo ver ni un rastro de miedo en ninguno de ellos. Por el contrario, parecía como si miraran hacia el mar en un día normal, observándolo solo con un interés moderado. Merk no podía entender la complejidad de estos hombres, sus profundas reservas de valor. Era como si, para ellos, la vida y la batalla fueran lo mismo.

“¡CADENAS LARGAS, AVANCEN!” dijo el comandante de repente con una voz fuerte que se elevaba sobre el viento y las olas.

Como uno, el bien disciplinado ejército avanzó en filas, con el ruido de las armaduras y cadenas llenando el aire, pasando a Merk y posicionándose hasta la orilla de la roca.

Al mismo tiempo, la primera docena de barcos apareció siendo empujada por las corrientes, elevándose y cayendo con las olas de la Bahía de la Muerte y mostrando ahora los grotescos rostros de los troles de cerca. Se posicionaron cerca de la costa para poder desembarcar en las orillas de Knossos, mientras que los guerreros de Knossos esperaban la siguiente orden. A Merk le sudaban las manos a pesar del frío, preguntándose cuánto tiempo esperaría el comandante antes de que la nación invadiera.

“¡ADELANTE!” gritó finalmente el comandante.

Sus soldados dieron un paso hacia adelante, levantaron sus largas cadenas sobre sus cabezas, y las giraron en amplios círculos. Estas giraron en el aire con un coro de sonidos agudos mientras las cadenas se extendían en arcos de hasta veinte pies. Las giraban con tal pericia que no se golpeaban el uno al otro; y entonces finalmente las giraron hacia abajo.

Merk se quedó impresionado con lo que vio después: las bolas cayeron veinte pies en frente de ellos y golpearon contra los cascos de los barcos. Un crujir llenó el aire mientras las bolas con picos hacían que los barcos se hicieran pedazos.

Los barcos llenos de agujeros se ladearon e inmediatamente se hundieron en la bahía.

Los troles, sorprendidos con la guardia baja, cayeron en las agitadas aguas con el peso de sus armaduras y, retorciéndose, de inmediato se hundieron bajo las corrientes de la Bahía de la Muerte.

La siguiente fila de barcos avanzó con la corriente y los troles miraron hacia arriba en pánico al darse cuenta de que era muy tarde para retroceder. Con la corriente tan fuerte, era inútil tratar de detener su avance.

De nuevo, los soldados de Knossos avanzaron girando las cadenas y golpearon los cascos.

Estos barcos también se hundieron.

Avanzó otra fila de barcos; también se hundió en pedazos.

Fila tras fila de barcos se hundieron y, en breve, las aguas estaban llenas de barcos destruidos que golpeaban contra las tocas.

Merk sonrió al ver a cientos de troles retorciéndose y hundiéndose en las salvajes aguas. Pero entonces escuchó un gruñido, y vio que su líder, Vesuvius, estaba de pie en su barco en medio de la flota, ordenando y apuntando con la mano. Todavía estaba a cien yardas de la orilla, lo suficientemente lejos como para poder detenerse.

“¡ARCOS!” gritó Vesuvius.

Momentos después cientos de troles levantaron sus arcos y las flechas llenaron el aire.

El viento que venía de la Bahía de la Muerte se llevó las flechas en todas direcciones, con muchas de ellas cayendo en las rocas o en el agua. Pero suficientes de ellas atravesaron el viento y se dirigieron hacia los guerreros de Knossos.

Pero Thurn estaba preparado.

“¡ESCUDOS!”

Docenas de sus hombres avanzaron sosteniendo grandes escudos y se pusieron juntos hombro a hombro bloqueando las flechas con perfecta disciplina. Merk se arrodilló junto a ellos mientras uno le pasaba un escudo.

Cayeron más y más flechas, pero cada vez eran detenidas por este muro de bronce.

“¡LANZAS!” gritó Vesuvius desde su agitado barco.

Los troles arrojaron largas y brillantes lanzas que volaron en un arco sobre los escudos y dirigiéndose hacia el cuerpo de los guerreros de Knossos. Pero los guerreros, bien entrenados, respondieron inmediatamente.

“¡CADENAS CORTAS!”

Los soldados sacaron cadenas cortas de sus cinturas y las giraron, y las bolas con lanzas golpearon contra las lanzas en el cielo antes de que pudieran caer.

Vesuvius, furioso, tomó el mismo una lanza y la arrojó bajo y fuerte hacia Thurn.

Thurn se quedó inmóvil sin preocuparse y, mientras llegaba la lanza, él simplemente giró su cadena y bola y destruyó la lanza en el aire.

Vesuvius sonó los cuernos y al hacerlo, docenas de sus barcos formaron una sola línea en fila. Navegaron hacia adelante y, mientras el primero llegaba a la costa, los guerreros de Knossos lo destrozaron. Pero aunque fueron capaces de alcanzar el barco detrás de este, Vesuvius tomó ventaja, se acercó y tomó una de las cadenas mientras bajaba.

La jaló y el soldado de Knossos cayó por el acantilado hacia el agua.

Los demás troles hicieron lo mismo que Vesuvius y se acercaron para tomar las cadenas; tomaron a los soldados de Knossos con la guardia baja tirando a un hombre tras otro sobre la bahía.

“¡ATAQUEN!” gritó Vesuvius.

Se había acumulado tanto escombros sobre las olas que Vesuvius pudo usarlo como puente para cruzar lo que le faltaba hacia la orilla, saltando de un tablón hacia otro sobre las aguas hasta las rocas. A su alrededor sus hombres hicieron lo mismo. Vesuvius usó la cadena que había jalado girándola también, una buena herramienta que utilizó para enredar varias cadenas más y lanzar a docenas de soldados al agua.

Cientos de troles avanzaron hacia las costas rocosas, subiendo por los acantilados como cabras y dirigiéndose hacia la fila de soldados y hacia Merk.

Merk atacó salvajemente al grupo de troles estando lado a lado con los demás soldados, defendiendo contra el interminable flujo. Un trol particularmente grande y de horribles colmillos se abalanzó contra Merk, levantando su alabarda y apuntando hacia su cabeza; pero Merk dio un paso lateral en el último segundo, giró su cadena y lo golpeó en la cabeza, matándolo.

Merk dio un paso y pateó a otro trol en el pecho que subía por las rocas hacia él con su alabarda en alto y lo mandó de espaldas hacia el agua. Lo miró caer pero, al hacerlo, una oleada de pánico lo invadió: ahora había cientos de soldados en la costa y cientos más llegaban cada segundo. Los barcos estaban atascados contra la bahía y golpeaban las rocas creando un camino para los troles. Algunos barcos todavía eran golpeados por los soldados de Knossos, pero docenas ya podían pasar por las filas.

Pronto la batalla se volvió mano a mano contra los troles. Merk giró su cadena y golpeó las cabezas de dos troles que se acercaban. Pero más vinieron y, mientras la pelea se volvía densa, Merk se dio cuenta de que ya no tenía espacio para girar su cadena. Cuatro troles lo atacaron al mismo tiempo.

Sin poder girar su cadena, la tomó con ambas manos, dio un paso lateral mientras un trol atacaba con su alabarda, y se posicionó detrás del trol poniéndole la cadena alrededor del cuello. Giró rápidamente teniendo al trol de rehén, ahogándolo, y encaró a los otros tres. Uno atacó con su espada y Merk utilizó a su rehén de escudo, obligando al trol a matar a su amigo. Después lo soltó y pateó al trol indefenso arrojándolo por el acantilado.

Merk sacó su daga mientras los otros dos se acercaban y le cortó la garganta a uno. Se hizo para atrás y pateó al otro enviándolo por sobre la orilla; pero este trol, sin darse por vencido, estiró la mano y alcanzó a tomar la bota de Merk llevándose la con él.

Merk, sin esperárselo, golpeó contra el suelo y empezó a deslizarse por la orilla con el trol. En pánico y casi a mitad de la orilla, Merk se dobló, tomó una raíz y se aferró con todas sus fuerzas.

Merk se encontró colgando por la orilla del acantilado y con el trol colgando debajo de él y jalando su pie. Merk empezaba a perder su agarre y supo que tenía que actuar con rapidez. Levantó su pierna todo lo que pudo y entonces pateó con su otro pie. Conectó con la nariz del trol y este finalmente lo soltó, gritando y cayendo hacia su muerte.

Merk subió impulsándose con todas sus fuerzas hasta que finalmente se colapsó en la piedra plana quedándose sin aliento. Miró hacia arriba y vio a docenas de guerreros de Knossos peleando valientemente, girando sus cadenas, golpeando troles en el rostro y cuello y hombros y costillas, rompiendo sus alabardas y escudos, peleando como hombres en llamas. Eran pocos hombres comparados con esta nación de troles, pero aun así pudieron causar un tremendo daño protegiendo su lugar, llenando el aire con el sonido de cadenas silbantes, con el impacto de las bolas metálicas contra las armaduras. Eran terribles guerreros como los que Merk nunca había visto. Ellos solos estaban deteniendo el avance de un ejército.

Pero por cada trol que mataban, tres más aparecían en esta marea de criaturas saliendo del mar. Muy pronto los hombres de Knossos, siendo solo humanos, empezaron a caer.

Primero vino uno—y después otro—y entonces Merk, al mirar hacia los lados, vio que los guerreros ya estaban rodeados por todos lados. En tan solo un momento los papeles se habían volteado y su situación se volvió desesperada.

Sonaron los cuernos y Merk vio que llegaban por el mar cientos de naves más. Desembarcaban más rápido de lo que él podía contar y subían el acantilado como cabras, y entonces Merk sintió un hueco en el estómago al pensar que los hombres de Knossos pronto dejarían de existir.

Merk miró hacia arriba y vio a Lorna frente a la puerta de la fortaleza y estaba rodeada de guerreros que peleaban contra los troles guiados por Thurn. Ella lo miró también y entonces Merk supo que debía llegar hasta ella o morir en donde estaba.

Merk jadeó mientras se ponía de pie y encontraba su camino por entre la multitud. Tomó una alabarda del suelo y se abrió camino cortando a troles a diestra y siniestra con golpes poderosos. Cuando los hombros se le cansaron y la pelea se volvió muy cerrada, sacó su daga y la usó con pericia recordando sus días de asesino, cortando a las criaturas mientras se agachaba y acuchillaba ágilmente. Finalmente sintió que utilizaba sus habilidades por el bien de Escalon.

Merk acuchilló y cortó y esquivó mientras se habría camino hasta la entrada de la fortaleza que estaba protegida por una puerta de madera arqueada. Finalmente llegó al lado de Lorna. Ella estaba rodeada de guerreros que giraban sus cadenas y peleaban contra los troles con valentía

“¿Tenemos alguna oportunidad?” le preguntó a ella mientras peleaba con dos troles, gritando para poder ser escuchado sobre el ajetreo.

Ella miraba hacia el mar y hacia el cielo, inexplicablemente calmada.

“Solo una,” respondió ella. “Pero es más peligrosa que esto.”

“¿Más que esto?” preguntó él, sorprendido.

“Los dragones,” dijo ella volteando hacia él. “Puedo llamarlos.”

Él se quedó perplejo y mirándola, tratando de entender.

“Yo junto con los Observadores aquí. Podemos traerlos. Pero no podemos controlarlos.”

Merk miró hacia la perpetua corriente de troles y pensó que sus oportunidades eran nulas. Si no hacían algo, seguramente morirían a manos de estas bestias.

Ella lo miró en silencio con sus ojos azul cristal, y finalmente él asintió en aprobación.

Lorna se volteó y miró hacia arriba hacia el fuerte y levantó las manos sobre su cabeza y, al hacerlo, docenas de Observadores asomaron sus cabezas por sobre las ventanas con sus ojos amarillos brillantes, estiraron las manos y también las levantaron hacia el cielo.

Entonces se escuchó un gran zumbido que se elevó por sobre el ruido de la batalla, del viento y de las olas. Pronto el sonido ya llenaba el viento, el sonido de Lorna y de docenas de Observadores que zumbaban juntos mientras levantaban sus rostros hacia el cielo.

De repente el cielo se agitó con truenos y relámpagos, y un momento después la batalla se detuvo en ambos lados mientras todos se detenían a examinar el cielo. A esto le siguió un terrible rugido incluso más fuerte que los truenos mientras los cielos se abrían y daban paso a una manada de dragones feroces, temibles y enfurecidos, todos abriendo sus grandes mandíbulas y volando directamente hacia ellos.

Merk supo que se trataba de la muerte viniendo por todos ellos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Kyra se tambaleaba en la pequeña balsa observando el río negro y espeso que pasaba debajo de ella mientras avanzaba en silencio hacia el corazón de la oscuridad. La criatura detrás de ella mantenía la cabeza baja y empujaba su palo contra el fondo del río, con el sonido del agua siendo lo único que interrumpía el tenebroso silencio. Mientras más se adentraba en Marda, más incrementaba su sensación de intranquilidad. Sentía como si fuera llevada en una ceremonia de funeral hacia su propia muerte.

El aire aquí era caliente y húmedo y se le pegaba como goma. El cielo se mantenía en crepúsculo perpetuo con el único sonido siendo el de explosiones distantes de volcanes y el de silbantes corrientes de lava que bajaban por la negrura de la montaña. Esta tierra tenía diferentes tipos de negro: el cielo negro, las aguas negras del río, la tierra negra y ceniza del campo, y las dos grandes montañas negras que estaban frente a ella.

Kyra miró hacia arriba con desconfianza mientras el río la llevaba por entre las montañas sintiéndose claustrofóbica. Cada una se elevaba a cientos de pies de altura, eran negras como la tinta y, al mirar de cerca, descubrió miles de pequeños ojos amarillos que miraban por entre las grietas, pequeñas criaturas que la miraban pasar. Se asemejaban a miles de estrellas pequeñas en el cielo nocturno. Se preparó, preguntándose si saltarían sobre ella al pasar.

Kyra apretó el agarre de su bastón deseando estar en cualquier otra parte. Nunca se había sentido tan sola. Miró hacia el horizonte preguntándose hacia dónde la llevaban estas aguas, y pensó que, a donde sea que fuera, la llevarían directamente hacia el Bastón de la Verdad. Sentía que se acercaba a este, pero al mismo tiempo sentía que iba hacia una trampa. Pero no tenía opción. No tenía otra señal en esta tierra extraña y hostil.

Kyra sintió que se acercaba una gran batalla, una batalla de fuerzas espirituales, y cerró los ojos sintiendo un pequeño ardor en el estómago. Sabía que en el lugar a dónde iba tendría que demostrar todo lo que ella era y que se vería obligada a enfrentarse a las partes más oscuras de su persona. Preferiría pelear contra mil hombres en campo abierto que luchar en este reino de oscuridad, un reino que ella no podía entender. Era el reino que tenía la clave para salvar a Escalon, un reino de espíritus, un reino de poderes ocultos. Un reino de sombras.

El río finalmente la llevó hacia el otro lado de las montañas y, al hacerlo, el campo se abrió de nuevo. Kyra examinó el terreno y esta vez vio miles de pequeñas estructuras negras que parecían cabañas abandonadas. Parecía ser una de las ciudades de la nación de troles, ahora desierta después de que los troles fueran hacia el sur hacia Escalon. Ahora Marda estaba vacía, esperando por si alguna vez regresaban. Kyra se dio cuenta de que era afortunada, pues de otra manera habría tenido que pelear contra miles de troles en su camino hacia el norte.

Kyra examinó la ciudad al pasar por ella, las infinitas cabañas siendo todas iguales en las calles de tierra, y se asustó con lo que vio: el suelo negro estaba repleto de huesos. Había huesos en todas partes, cadáveres de animales pudriéndose que habían sido víctimas de los troles. Era como si los troles se comieran a estas criaturas y después arrojaran los huesos al suelo. También vio cuerpos

frescos en picos, y se dio cuenta de que los troles se los comían lentamente. Era una nación de salvajes.

Entre estos, Kyra miró cabezas grotescas de troles sobre picos en todas partes, y se preguntó si estos troles habían sido asesinados como advertencia por haber desobedecido algún tipo de ley o si esto era algún tipo de deporte. Se sintió enferma al ver algunas cabezas humanas entre ellas, y se preguntó si estas eran víctimas inocentes que habían sido secuestradas durante sus expediciones hacia Escalon.

El río dio la vuelta y Kyra se congeló al ver un campo lleno de cuerpos humanos, muertos y encadenados juntos. Soltó un jadeo. Esclavos. Pobres e inocentes humanos que los troles habían tomado en sus invasiones a Escalon, humanos que habían tenido la terrible suerte de vivir horribles vidas como esclavos de estas criaturas antes de llegar a su miserable final. Kyra apretó su bastón con más fuerza determinada a vengarlos. Una parte de ella deseaba que todos los troles estuvieran aquí ahora para poder pelear ella misma. Después se arrepintió. Una batalla mucho peor la estaba esperando.

Al escuchar una explosión en el horizonte, Kyra se obligó a voltear la mirada hacia una inmensa bola de lava que salía disparada en el aire enviando miles de destellos de luz brillante sobre el oscuro paisaje. Se escuchó un leve crujido y vio hacia abajo hacia las aguas horrorizada al descubrir que navegaban en medio de hueso que flotaban río abajo y rebotaban gentilmente contra la balsa, primero unos cuantos y después docenas de ellos. Eran de todas formas y tamaños, y ella trató de no pensar a quién le pertenecían o cómo habían llegado allí.

Kyra pensó en su madre y en lo mucho que necesitaba su fuerza. Pensó en sus palabras: *Debes vaciar tu mente, Kyra. Debes olvidar todo lo que sabes. ¿Qué había querido decir? Eres tú, Kyra. Eres tú quien debe ir a ese lugar y recuperar el arma.*

¿Había tenido razón su madre? ¿En realidad estaba la salvación de Escalon aquí en este infierno? ¿Realmente había visto a su madre? ¿O había sido todo un sueño?

Madre, dijo Kyra en su mente. ¿En dónde estás? ¿Estás aquí conmigo?

Kyra escuchó, tranquilizando su mente y esperando una respuesta. Pero no hubo nada más que silencio. Era como si el silencio de Marda fuera imposible de penetrar, como si Kyra hubiera ido muy lejos en el fin del mundo como para que su madre u otra persona estuviera con ella.

Trató de concentrarse y de recuperar fuerzas. ¿Qué era aquello que Alva le había dicho? *Para completar tu entrenamiento, primero debes olvidar la ilusión de que hay otras personas contigo. Naciste sola y morirás sola, y lo que buscas no lo obtendrás esperándolo de los demás, sino de ti misma. ¿Qué tan fuerte has mirado dentro de ti, Kyra? ¿Qué tanto confías en ti misma?*

Estando ahora completamente sola, Kyra empezaba a ver la verdad en sus palabras. También empezaba a darse cuenta de que esta soledad era lo que necesitaba para completar su entrenamiento. Había estado dependiendo de los demás por mucho tiempo; esto la obligaría a depender de ella misma. Descubrió que este era el último trecho de su entrenamiento.

El río dio vuelta otra vez y el corazón de Kyra se aceleró al ver que el paisaje cambiaba otra vez. Los campos desiertos de tierra y cenizas eran reemplazados por un bosque, un bosque espeso y entrelazado que se extendía en el horizonte hasta donde alcanzaba a ver. Vio grandes espinas que salían de este, lo que le daba la apariencia de ser un gran arbusto espinoso. Mientras se acercaban, vio que los árboles mismos eran filosos y gruesos, con ramas entrelazadas completamente negras, sin nada de follaje ni vida. En la entrada del bosque había una angosta abertura, un arco entre las espinas

que permitía entrar a una sola persona en este lugar olvidado. Y en la base del arco el río llegaba a su final.

Kyra sintió que la balsa se detenía de repente justo a la orilla del bosque. Se bajó, cambiando una superficie tenebrosa por otra y preguntándose cuál era peor.

Kyra se dio la vuelta para agradecerla a la persona que la había traído. Pero al hacerlo, se sorprendió al ver que la balsa ya estaba lejos flotando río abajo; en ella no había nadie. Su mal presentimiento creció. ¿Qué era este lugar?

Kyra empezó a caminar hacia la entrada del bosque sabiendo que este era el lugar al que tenía que ir; y apenas había entrado cuando de repente el suelo negro delante de ella saltó en una explosión.

Kyra retrocedió poniéndose en guardia mientras del suelo mismo salía un monstruo inmenso y grotesco. Se hacía cada vez más grande formándose de las cenizas, tomando la forma de un hombre, un hombre grotesco tres veces más grande que cualquier otro hombre que había visto. Era un gigante con hombros tres veces más anchos, con dedos filosos como dagas y garras en vez de dedos en los pies. Tenía picos que le salían de las costillas y su cabeza era grande y deforme, con tres ojos anaranjados y colmillos filosos como navajas en lugar de dientes.

Miró hacia abajo y por primera vez notó que estaba sobre un montón de hueso; entonces lo supo: otros exploradores. Era el guardián. Nadie lograba pasarlo.

El monstruo jadeaba y rugía, sus músculos y venas palpitaban, y el sonido era tan agudo que hacía que el mundo se estremeciera. Levantó sus garras y de repente se lanzó sobre ella.

Kyra tuvo que pensar rápido. La bestia apuntó sus garras hacia su cabeza sorprendentemente rápido, y ella dejó que sus reflejos tomaran el control agachándose en el último segundo. Sus garras pasaron muy cerca de su cabeza cortando algunos cabellos que cayeron sobre el lodo a sus pies.

Después hizo un revés con la misma mano más rápido de lo que ella pudo anticipar, y ella apenas se agachó a tiempo recibiendo solo un corte en la mejilla. Sintió un dolor agudo mientras la garra la cortaba y le sacaba sangre. Pero afortunadamente no la había impactado por completo, y Kyra, recuperándose, levantó su bastón, lo giró y lo golpeó en la muñeca.

La bestia rugió adolorida y la golpeó con el puño, mandándola a volar a veinte pies de altura y haciéndola caer de espaldas en el lodo.

Kyra, sin aliento, retrocedió al ver que se abalanzaba sobre ella. Sus pisadas sacudían la tierra mientras corría en su dirección. Se dio cuenta en pánico que no tenía a dónde escapar mientras se resbalaba en el lodo.

Kyra cerró los ojos sintiendo que la muerte se acercaba y se concentró en su interior. No podría ganarle a la bestia con fuerza física. Necesitaba invocar sus poderes. Necesitaba trascender del mundo físico.

Kyra sintió un repentino ardor en sus palmas y, al sentir el poder creciendo dentro de ella, levantó las manos. Mientras la bestia se acercaba, puso sus manos enfrente de ella.

Lanzó dos esferas brillantes de energía que golpearon a la bestia en el pecho haciéndola caer de espaldas.

Esta rugió y un segundo después, para su sorpresa, se puso de nuevo de pie y atacó otra vez.

Por favor, Dios, pensó. Dame la fuerza para saltar sobre esta bestia.

Kyra dio dos pasos corriendo y saltó en el aire, orando porque sus poderes no le fallaran ahora. Si lo hacían, moriría en su terrible embestida.

Para su inmenso alivio, saltó más y más alto en el aire. Saltó sobre su cabeza mientras la bestia pasaba corriendo debajo y cayó del otro lado. Al hacerlo, dio una pirueta y la golpeó en la espalda con su bastón.

La bestia se tambaleó y cayó boca abajo en el lodo.

La bestia volteó hacia ella pareciendo sorprendida. Kyra, envalentonada, no le daría tiempo de recuperarse.

Avanzó hacia la bestia para darle el golpe final pero, al hacerlo, se sorprendió al ver que esta giraba en el suelo de último segundo y le barría los pies.

Mientras ella caía de espaldas, la bestia se dio la vuelta, levantó el puño y se preparó para aplastarla en el suelo.

Kyra rodó justo a tiempo y el golpe dejó un gran cráter en la tierra junto a ella.

Ella rodó mientras golpeaba una y otra vez errando en cada ocasión, hasta que ella finalmente tomó su bastón, lo separó en dos revelando las cuchillas escondidas y tomó una con cada mano. Las levantó y, mientras la bestia golpeaba, rodó en el suelo y encajó las dos cuchillas en la mano de la bestia clavándola al suelo.

La bestia chilló al verse atrapada y sin poder liberarse.

Pero al mismo tiempo la sorprendió utilizando su otra mano para tomarla por el cuello. Le apretó el cuello tan rápido y fuerte que ella estaba segura de que moriría.

Sin poder respirar, Kyra jadeó mientras la bestia la movía de un lado para otro, sacudiéndola hasta que estuvo a punto de morir. Entonces la atrajo hasta su boca abierta, abriéndola más y más ancho como para arrancarle la cabeza.

Kyra cerró los ojos y se obligó a enfocarse no en lo que tenía enfrente, sino en la energía que pasaba por su interior.

Tú eres más fuerte que esta bestia, trató de convencerse a sí misma. Tú eres más fuerte que todas las fuerzas fuera de ti. Todos viven en un mundo de ilusión. El único mundo real es el que se encuentra dentro de ti.

Kyra lentamente sintió la convicción de sus pensamientos, sintió que se transformaban en creencias y en ideas verdaderas. Al hacerlo, sintió que sus manos le quemaban. Abrió los ojos y levantó las manos y supo con seguridad que una esfera de luz blanca saldría disparada de ella y la salvaría.

Lo hizo. Voló por el aire y golpeó a la bestia en la boca. Al hacerlo, la bestia salió disparada hacia atrás soltando su agarre, con una fuerza tan poderosa que su otra mano, la que estaba empalada en el suelo, se liberó. Voló en el suelo unos veinte pies hasta que finalmente cayó inmóvil en el suelo, muerta.

Kyra, finalmente libre, trató de recuperar el aliento. Vio a la criatura derribada y empezó a sentir una gran sensación de poder. En realidad *tenía* poder. Podía sentir que se estaba haciendo más fuerte en este lugar. Sin poder dar marcha atrás y sin poder depender de nadie, estaba aprendiendo a ser ella misma, a poder controlarse. Había algo también en la oscuridad de este lugar que la impulsaba. ¿Se estaba transformando en algo más?

Kyra se dirigió al bosque enfrente de ella y se detuvo frente al arco de la entrada. Sentía que era llamada más profundo en la oscuridad. Ahora no le temía.

Ahora lo deseaba.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Aidan cabalgaba por el terreno desierto con Anvin a su lado y Blanco a sus tobillos, sudando mientras el sol caía sobre ellos. Jadeaba por aire ya que el polvo en su rostro hacía difícil el respirar. Sabía que en alguna parte en el horizonte se encontraba Leptus, y a pesar de que estaba exhausto, se obligó a sí mismo a resistir y no mostrar ningún signo de debilidad, especialmente frente a Anvin. Habían estado cabalgando por horas sin detenerse a tomar un descanso desde que habían dejado a su padre y sus hombres en las afueras de Andros, y Aidan estaba determinado a no decepcionarlos. Quería que Anvin empezara a verlo como a un hombre.

Mientras cabalgaban, Aidan se llenó de una sensación de orgullo y urgencia. Sabía que esta era la misión más importante de su vida, y se sentía emocionado porque su padre lo había permitido. Sabía que el riesgo no podía ser mayor: Si él y Anvin fallaban, si los hombres de Leptus se negaban a participar en la batalla contra Baris, seguramente su padre y sus hombres morirían.

Esto le dio fuerzas. Aidan ignoró su dolor, su cansancio, su hambre y el calor del sol, y siguió avanzando tomando fuerzas al ver a Anvin a su lado que, a pesar de estar herido y portar esa pesada armadura, no detenía ni un momento. Por el contrario, Anvin cabalgaba erguido siendo la personificación misma de la entrega y el valor.

Siguieron cabalgando con el sonido de los caballos aturdiendo los oídos de Aidan, con el sol arqueándose en el cielo y con las sombras del atardecer extendiéndose. Aidan estaba convencido de que nunca llegarían hasta Leptus.

Pero entonces pasaron una colina y el paisaje empezó a cambiar. Las rocas y el desierto y las interminables filas de matorrales empezaron a darle paso a la tierra y al césped y a los árboles; en el horizonte, la perpetua monotonía dio paso a formas y estructuras. Pronto pasaron por una vivienda de arcilla, y pronto estas se hicieron más y más frecuentes hasta que estaban densamente juntas. Momentos después apareció un camino en el terreno, y Aidan supo con deleite y alivio que este camino llevaba hasta una fortaleza.

Aidan se impresionó al ver una ciudad de tamaño mediano establecida en la orilla del desierto, plantada junto a las costas de la Bahía de la Muerte. Puso una mano sobre su rostro y entrecerró los ojos debido al brillo de las aguas detrás de esta.

Leptus. Habían llegado.

Sabía que Leptus era una ciudad menor en el sur de Escalon, la ciudad más meridional de este lado del Everfall. Al sur de Baris pero al norte de Thebus, Leptus era conocida como la última ciudad real del sur. Estaba tan adentrada en el terreno árido y tan lejos de todo que se le conocía como un lugar áspero habitado por separatistas. No tenía las colinas ondulantes y verdes que abundaban en Escalon, y estar aquí en este lugar rodeado por el desierto y el Everfall y la Bahía de la Muerte hizo que Aidan se sintiera agradecido de haber crecido en Volis.

Pero irónicamente, esta pequeña fortaleza tan alejada de las principales rutas de comercio y caminos, este lugar tan difícil de encontrar, se había convertido en el último resguardo de los hombres libres de Escalon. Aquí residían los últimos guerreros libres, los únicos hombres que no habían sido

alcanzados por la invasión Pandesiana. Pero por supuesto, Aidan sabía que esto se debía a su ubicación, y pronto esto cambiaría. Pero por ahora, esto hacía que los hombres de Leptus fueran la última fuente de ayuda de su padre.

Continuaron por el camino hacia la ciudad y pronto Aidan se encontró cabalgando en un pequeño puente de piedra que cruzaba un brazo de la Bahía de la Muerte, con aguas negras pasando debajo de ellos. Cabalaron y el corazón de Aidan se agitó con la emoción hasta que finalmente llegaron a un gran arco de piedra, con el portón de hierro cerrado y una docena de guerreros feroces detrás de este. Prestaban perfecta atención portando largas alabardas y mirando directamente hacia adelante, utilizando una armadura blanca y azul al igual que la bandera encima de ellos.

Finalmente, Aidan y Anvin se detuvieron delante de ellos con Blanco a sus pies. Aidan se limpió el polvo del rostro después de la larga cabalgata.

El soldado principal, un hombre alto y de hombros anchos con una cicatriz en la mejilla derecha, dio un paso hacia adelante y los examinó.

“Dame tu nombre,” ordenó.

“Anvin,” respondió Anvin tratando de recuperar el aliento, “de Volis. Soy un comandante de Duncan. Conmigo se encuentra Aidan, su hijo.”

El hombre asintió de manera fría y severa.

“Y yo soy Leifall,” respondió. “¿Por qué razón han venido a Leptus?”

Anvin respiró profundamente.

“Somos hombres de Escalon,” dijo Anvin aun respirando agitadamente, “y hemos venido por un asunto urgente. Abran estas puertas cuanto antes y llévenos con su comandante.”

Leifall lo miró, sin impresionarse.

“¿Qué asunto?” demandó.

“El destino de Escalon,” respondió Anvin.

Pero aun así, Leifall no se hizo a un lado.

“¿Quién te ha enviado?” demandó.

“Duncan de Volis,” respondió Anvin.

Leifall, con su rostro largo y ojos pequeños característicos de las personas del sur, se acarició lentamente su barba castaña.

“Primero debo saber: ¿qué es lo que quieres de nosotros?” le preguntó otra vez con voz severa.

“Llévame con tu comandante y se lo diré yo mismo,” replicó Anvin, impaciente.

Leifall lo miró con severidad, aún sin perturbarse.

“Yo soy el comandante,” le dijo.

Lo miró con sorpresa.

“¿Tú?” dijo Anvin. “¿Por qué estaría un comandante protegiendo la puerta?”

El comandante lo miró con frialdad.

“*Aquel que guía debe estar al frente del peligro. Ese es nuestro lema,*” le respondió. “¿Dónde más debería estar un comandante?” le preguntó. “Las personas de Leptus son personas democráticas. Yo no les pido nada que no esté dispuesto a hacer yo mismo. Estoy de pie con mis hombres y ellos están conmigo. Eso es lo que nos hace quienes somos.”

Examinó a Anvin mientras Aidan lo miraba con una nueva sensación de respeto.

“Así que te pregunto de nuevo: ¿qué es lo que quieres de los hombres de Leptus?” le dijo Leifall.

Anvin desmontó. Aidan hizo lo mismo aliviado al poder bajarse del caballo y, al hacerlo, todos los soldados tomaron sus alabardas como listos para atacar. El comandante les hizo un gesto a sus hombres y estos bajaron sus armas, mientras Blanco gruñía y se ponía junto a Aidan como para defenderlo. Aidan acarició su cabeza, tranquilizándolo.

Deteniéndose a unos pies de distancia del comandante, Aidan habló con voz urgente.

“Nuestro gran país ha sido invadido,” dijo. “Tal vez no te has dado cuenta debido a tu ubicación lejos del resto de nosotros. Pandesia nos ha invadido. Escalon ha caído completamente excepto por este lugar apartado. Pronto marcharán hacia Leptus también.”

Leifall lo miró de manera escéptica y severa, con sus ojos mostrando solo un poco de sorpresa mientras seguía acariciando su barba.

“Continúa,” respondió finalmente.

“Duncan cabalga hacia Baris en este momento,” continuó Anvin. “Necesita destruir a aquellos que nos traicionaron y atraer a los Pandesianos al cañón. Necesita tu ayuda.”

El comandante acarició su barba por un largo rato sin moverse, pareciendo pensar profundamente y analizando a Anvin.

“¿Y por qué deberíamos ayudarles?” preguntó finalmente.

“¿Por qué?” dijo Anvin sorprendido. “¿No es nuestra causa tu causa? ¿No compartimos una tierra natal, a un invasor en común?”

Leifall negó con la cabeza.

“¿Desde cuándo han venido a Leptus?” respondió. “¿Y desde cuándo hemos nosotros ido a Volis? Podemos vivir en la misma tierra, pero somos personas diferentes de diferentes extremos que simplemente comparten una capital.”

Anvin entrecerró los ojos.

“¿Esto es lo que hacen los hombres de Leptus entonces?” le preguntó. “¿Se aíslan? ¿Ignoran a sus hermanos en tiempo de necesidad?”

Leifall enrojeció.

“Tú no eres mi hermano,” le respondió sin abrir la quijada. “¿Por qué arriesgaría a mis hombres para salvar a Duncan, a un comandante que ni siquiera conozco y que nunca se ha molestado en visitarnos ni una sola vez?”

Anvin frunció el ceño.

“Él te ayudaría si le pidieras ayuda,” respondió.

“Tal vez,” respondió el comandante. “Y tal vez no.”

Anvin frunció el ceño, claramente frustrado.

“También se ayudarían a ustedes mismos,” respondió, “si eso es todo lo que importa. No crean que se salvarán de Pandesia.”

Leifall se encogió de hombros, sin impresionarse.

“Tenemos nuestras propias defensas,” respondió. “Podemos pelear en nuestros propios términos y aguantar mucho más de lo que crees. Nadie ha podido derribar estos muros. Y tenemos una ruta de escape en la Bahía de la Muerte. Estamos protegidos en ambos lados. Es por esto que Leptus nunca ha sido conquistado.”

“No se engañen a ustedes mismos,” replicó Anvin, claramente molesto. “Leptus nunca ha sido conquistado debido a su ubicación tan retirada y a que no hay nada de valor aquí.”

Leifall se rio y Aidan pudo ver que la conversación se estaba deteriorando.

“Piensa lo que quieras,” respondió el comandante, “pero somos libres y tú.”

“Por ahora,” respondió Anvin.

Leifall respiró por un largo rato, furioso, hasta que finalmente continuó.

“El que Duncan tome Baris es una mala estrategia,” añadió. “Nadie toma el terreno bajo. Es una trampa de muerte.”

Anvin no se perturbó.

“Es el mejor lugar para protegerse de la capital,” respondió. “Andros está en llamas. Los Pandesianos no conocen Baris y podemos usar el cañón para nuestra ventaja.”

Leifall miró hacia la distancia y, después de un largo rato, suspiró.

“Tal vez,” dijo él finalmente. “Pero aun así a los hombres de Leptus les iría mejor peleando contra Pandesia aquí en nuestro propio terreno, con nuestras propias defensas y de espaldas a la Bahía de la Muerte. Mi trabajo es proteger a mi gente, no a la tuya.”

Anvin refunfuñó.

“¿No somos el mismo pueblo?” le preguntó.

Leifall no respondió.

El rostro de Anvin se endureció.

“Nuestra gente te necesita,” presionó Anvin. “No aquí detrás de tus puertas, sino en campo abierto en donde se desarrolla la pelea.”

Leifall negó con la cabeza.

“Esta es *tu* guerra,” respondió. “¿No es esta la revolución de la que he escuchado tanto, la que desató la hija de Duncan, la misma que estaba jugando con dragones?”

Con la mención de su hermana, Aidan tuvo una necesidad ardiente de hablar al no poder seguir guardando silencio.

“Esa es *mi* hermana de la que hablas,” dijo indignado y a la defensiva. “Y ella inició la guerra que el resto de ustedes tenían miedo de tener, la guerra que haría que todos nosotros dejáramos de ser esclavos y que finalmente nos daría libertad.”

Leifall resopló al voltearse lentamente hacia Aidan.

“Cuida tu lengua, muchacho. No eres tan joven como para no darte tu merecido.”

Aidan mantuvo su posición sintiendo que esta sería su única oportunidad de pelear por su padre.

“No lo haré,” dijo orgulloso y sacando el pecho. “Soy el hijo de Duncan, y no toleraré que hables de esa manera. Mi padre puede estar muriendo y tú estás aquí desperdiciando tiempo y palabras. ¿Eres un guerrero o no?”

Los ojos de Leifall se agrandaron al mirar a Aidan.

A esto le siguió un largo y tenso silencio hasta que el comandante finalmente dio un paso hacia él.

“Tú eres un novato, ¿no es así?” Examinó a Aidan de arriba a abajo y Aidan sintió una oleada de nerviosismo. Lentamente, el comandante se acarició la barba. “Pero aun así defiendes a tu padre. Eso me gusta,” dijo para la sorpresa de Aidan. “Desearía que mis propios hijos fueran la mitad de valientes que tú.”

Aidan se sintió aliviado mientras el comandante lo seguía examinando. Sintió que esta era su oportunidad para pelear por su causa e influenciar el destino de su gente.

“Le pedí a mi padre que me enviara en esta misión,” respondió Aidan, “porque pensé que tú y tus hombres nos seguirían, que tú y tus hombres eran valerosos. ¿Significa el valor esconderse detrás de una puerta esperando a que el enemigo venga a ti y tomar la ruta fácil?”

Aidan respiró profundamente invocando todo su valor, aunque muy en lo profundo estaba temblando.

“Puedes venir y unirse a mi padre en la batalla más grande de la historia, en la mayor causa de nuestras vidas,” dijo Aidan, “o puedes quedarte aquí detrás de tus puertas haciendo lo que hacen los muchachos y no los hombres. Sin importar lo que elijas, yo dejaré este lugar y regresaré solo a defender a mi padre.”

Leifall lo miró por un largo rato, enrojecido, hasta que finalmente negó con la cabeza.

“La mejor parte del valor, muchacho, es saber cuándo pelear y dónde. Las tácticas de tu padre son insensatas.”

“Mi padre liberó a todo Escalon antes de que invadieran los Pandesianos.”

“¿Y dónde está ahora? ¡Pidiendo ayuda!”

“¡Él no pide la ayuda de nadie!” dijo Aidan indignado. “Te ofrece un *regalo*.”

Leifall se burló.

“¡Un regalo!”

Sus hombres se rieron.

“¿Y cuál es ese regalo?”

Aidan mantuvo su posición.

“El regalo del valor,” respondió.

Leifall miró a Aidan por un largo rato y Aidan se quedó en su lugar sintiendo su corazón latir, sabiendo que el destino de su padre dependía de estos momentos y haciendo todo lo que pudo por mostrar valor en su rostro.

Finalmente, Leifall sonrió.

“Me agradas, muchacho,” le dijo. “No me agrada tu padre o su causa. Pero la sangre en tus venas tiene valor. Tienes razón: puede que estemos más seguros aquí, pero la seguridad no es para lo que nacen los hombres.”

Leifall se dio la vuelta y les hizo una señal a sus hombres, y de repente se escuchó una serie de cuernos. Aidan miró hacia arriba y vio a docenas de soldados en almenas dando un paso hacia adelante, todos sonando cuernos que hacían ecos entre ellos mismos hasta que finalmente las puertas se abrieron.

Se escuchó un estruendo y, momentos después, salieron cientos de caballos montados listos para la batalla. Mientras Aidan los observaba acercarse, su corazón se aceleró sintiendo con anticipación la victoria.

“Vayamos con tu padre, muchacho,” dijo Leifall poniendo una mano en su hombro. “Y mostrémosles a estos Pandesianos quiénes son los hombres de Escalon.”

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Duncan corría orgulloso de frente hacia los batallones de soldados Pandesianos, apretando su espada y preparándose para la batalla. A su lado había una docena de soldados, con Kavos, Bramthos, y Seavig entre ellos, todos creando una resistencia contra el ejército que se acercaba. Duncan sabía que esto sería una masacre. Pero el estar aquí creando una defensa le daría a la mayoría de sus hombres el tiempo que necesitaban para poder llegar al cañón. Para Duncan, el salvar a sus hombres era más importante que salvar su propia vida.

Duncan también sabía que no podían quedarse ahí y esperar a que el ejército llegara hasta ellos. Si iban a morir, morirían con valentía. Duncan avanzaba con sus hombres para encontrarse con el ejército. Sintió valor al tener a esto guerreros sin miedo a su lado, todos siguiéndole el paso y ninguno dudando para encontrarse de frente con la muerte.

Pero tenía un plan. No estaba listo para sacrificar sus vidas tan rápido.

“¡CIERREN FILAS!” les ordenó.

Estos guerreros veteranos siguieron su orden poniéndose hombro a hombro, más y más juntos creando un muro sólido de hombres que avanzaba como punta de flecha hacia el gran ejército. Duncan miró a los Pandesianos que estaban a unos cincuenta pies de distancia, montados y dirigiéndose directamente hacia ellos en una gran nube de polvo.

Duncan esperó y esperó con el corazón agitado, sabiendo que debían ser disciplinados y esperar hasta que estuvieran juntos.

“¡LEVANTEN LOS ESCUDOS!” gritó con una voz que apenas se escuchó por sobre el ruido del ejército.

Sus hombres se pusieron juntos en un apretado semicírculo y levantaron los escudos.

“¡PREPÁRENSE PARA DEFENDER!”

Sus hombres se detuvieron y se arrodillaron al mismo tiempo.

El ejército los golpeó como una estampida, como una ola de hombres y caballos. Al hacerlo, Duncan sintió el impacto de un millón de hombres y caballos.

Pero mantuvieron la línea. Con un muro sólido de metal fueron capaces de bloquear los golpes de cientos de soldados Pandesianos. Los caballos tropezaron y cayeron a su lado mientras docenas de soldados caían de cabeza contra el suelo causando una avalancha de hombres derribados. El caos y la confusión se extendieron rápidamente por las filas Pandesianas.

Duncan y sus hombres mantuvieron su posición a pesar del impacto, todos formando un solo muro de acero previniendo que pasaran las espadas y lanzas. Duncan esperó por su momento de oportunidad y entonces gritó:

“¡ESPADAS!”

Todos juntos los hombres bajaron rápidamente sus escudos y dieron un paso hacia adelante, apuñalando a todos los hombres a su alrededor. Duncan encajó completamente su espada en el estómago de un soldado que abría los ojos en sorpresa.

Inmediatamente retrocedieron y levantaron sus escudos de nuevo, formando otro muro de acero antes de la siguiente oleada de ataques.

De nuevo cayeron los golpes y de nuevo los bloquearon en todas direcciones. Los brazos de Duncan se estremecían con cada impacto sintiendo los golpes de hachas y alabardas contra su escudo, con el sonido del metal ensordeciendo sus oídos.

“¡ESPADAS!” gritó Duncan.

De nuevo bajaron sus escudos y apuñalaron a los soldados frente a ellos.

Duncan utilizó esta maniobra una y otra vez, manteniendo a sus soldados seguros y derribando a docenas de soldados a la vez. Eran como una punta de flecha que pasaba por en medio del ejército, desatando un caos pero manteniéndose vivos.

Pero la tormenta de golpes nunca se detuvo, y Duncan sintió como si se enfrentara contra todo el peso del mundo. Defendía y apuñalaba una y otra vez mientras su rostro escurría con sudor y la sangre de otros hombres. Pronto empezó a sentirse exhausto y sus hombros bajaron un poco. Respiraba agitadamente en el asfixiante calor del muro de escudos, y sabía que esto no podía durar para siempre. Pudo ver que sus hombres empezaban a cansarse también.

En el siguiente ataque, Duncan levantó su escudo un poco tarde y un golpe lastimó su brazo; gritó adolorido al sentir cómo le cortaba la piel.

“¡LANZAS!” se escuchó un gran grito cortando por el aire.

Duncan se puso en alerta inmediatamente al reconocer que era la voz del Supremo Ra.

Observó y vio que Ra estaba sentado sobre un caballo con arnés dorada en la parte posterior del ejército. Tan pronto como dio la orden, una docena de lanzas volaron por el aire directamente hacia los hombres de Duncan.

Duncan sostuvo su escudo con fuerza y lo levantó un poco más para bloquear al igual que los otros. Una lanza cayó sobre su escudo lastimándole el brazo y con un gran eco; pero su escudo aguantó.

Las lanzas cayeron por docenas una tras otra hasta que su escudo estuvo muy pesado por las lanzas encajadas en este. El escudo bajó cada vez más hasta que finalmente lo bajó para cortar las lanzas. Pero al hacerlo quedó expuesto, y Duncan cayó de rodillas adolorido mientras una lanza le cortaba el hombro. Escuchó un grito y vio que una lanza lastimaba la pantorrilla de Kavos también.

“¡ARQUEROS!” gritó Ra.

Duncan vio que los Pandesianos a su alrededor se quitaban del camino y a la distancia vio a una legión de arqueros preparando sus arcos.

El corazón de Duncan se desplomó. Sabía que no sobrevivirían a esta oleada de flechas. Se habían defendido valientemente y habían llegado más lejos de lo que esperaba matando a cientos de

hombres. Pero ahora habían llegado al final del camino. Pensó que, si iban a morir, sería mejor morir no detrás de un escudo, sino matando a todos los hombres que pudiera en una última carga.

“¡MAZOS!” gritó Duncan.

Todos juntos los hombres arrojaron sus escudos utilizándolos como armas. Duncan golpeó a un soldado en la quijada y después utilizó su escudo como disco, lanzándolo y cortando la cabeza de varios soldados con sus orillas afiladas. Duncan inmediatamente sacó su mazo y se lanzó contra la multitud junto con todos sus hombres.

Los giraron en círculos amplios creando distancia entre ellos para alcanzar a más y más. Golpearon y mataron a soldados desprotegidos en un gran círculo, con el aire llenándose del sonido metálico de armaduras siendo golpeadas y soldados Pandesianos cayendo en todas direcciones. El círculo creció más y más hasta que crearon un perímetro de unos cincuenta pies en el centro del ejército y sin que ninguno de los Pandesianos pudieran acercárseles.

Al mismo tiempo, los arqueros se acercaron. Se doblaron hacia atrás levantando sus arcos al cielo y, al hacerlo, Duncan se preparó sabiendo que estaba a punto de morir.

Pero de repente todos se congelaron. Hubo un tenebroso silencio mientras los soldados de ambos bandos miraban hacia el cielo aterrados. Duncan, confundido, miró hacia arriba también y se sorprendió con lo que vio.

Se escuchó un rugido mientras el cielo se abría y el corazón de Duncan se aceleró al ver de quién se trataba. Theon. Había venido por ellos. Duncan se emocionó al ver que Theon bajaba directamente hacia los soldados Pandesianos, abría la boca y respiraba fuego.

Gritos llenaron el aire mientras fila tras fila de soldados Pandesianos se incendiaban, empezando con los arqueros. En solo unos momentos las flamas ya se extendían por las filas matando a miles de soldados Pandesianos mientras Theon creaba un perímetro alrededor de Duncan y sus hombres.

Mientras Duncan miraba perplejo el poder del dragón, Theon finalmente bajó y creó un gran muro de fuego separando a Duncan del ejército; esto le dio a Duncan y a sus hombres el tiempo que necesitaban para retirarse.

“¡Al cañón!” gritó Duncan.

Todos sus hombres corrieron junto a él alejándose de los Pandesianos y alejándose del muro de fuego en dirección al lejano cañón. Duncan sabía que era allí en donde tendría su última defensa. Había conseguido su objetivo: el resto de sus hombres estaban libres y seguros en el cañón. Ahora era tiempo de que él se les uniera y de que peleara una última vez contra los Pandesianos bajo sus propios términos.

Mientras Duncan y sus hombres corrían alejándose del campo de batalla en llamas y hacia el cañón, a unas cien yardas detrás de ellos pudo escuchar a Theon quedándose sin aliento y con sus llamas secándose. Escuchó al bebé dragón alejándose volando y supo que se había quedado sin fuego. Tenía poco tiempo antes de que el ejército de Ra lo alcanzara.

Duncan, con el corazón acelerado, corrió más rápido. Vio las orillas del cañón cada vez más cerca y se preguntó cómo les habría ido a sus hombres en su asalto sorpresa en Baris. Oró por que hubieran tenido éxito.

Pero el corazón de Duncan se desplomó al acercarse al cañón y escuchar los gritos de triunfo de hombres—pero no los de sus hombres—y supo que algo andaba mal. Al llegar a la orilla, él y sus hombres se detuvieron. Vio al resto de sus hombres peleando valientemente en las empinadas paredes del cañón; pero no les iba bien. Vio docenas de muertos y a sus hombres rodeados por todos lados y cayendo uno tras otro, y entonces supo que Baris de alguna manera había anticipado su llegada y les había tendido una trampa. Los hombres de Duncan estaban atrapados en una ancha meseta peleando contra los hombres de Baris; y de alguna manera también rodeados por los hombres de Baris arriba. Duncan miró detenidamente y vio que Bant había tomado ventaja de pasadizos secretos de piedra, túneles pequeños en el cañón, y ahora tenía a cientos de hombres saliendo de ellos sobre los hombres de Duncan y atacando por ambos lados.

Sus hombres claramente no se habían esperado esto y caían por docenas al tratar de defender ambos frentes a la vez. Duncan miró con horror e indignación mientras varios caían al suelo con lanzas en sus espaldas. La traición y engaño de Bant no dejaban de sorprenderlo.

Duncan apretó su espada respirando agitadamente y furioso, y sintió que su destino crecía dentro de él. Sintió que, aunque con solo una docena de hombres, podría derrotar a cientos liberando a sus hombres si los tomaba por sorpresa utilizando el terreno alto y con la velocidad y el valor como aliados.

“¡ATAQUEN!” ordenó.

La docena de valientes guerreros ya estaba corriendo hacia la pendiente empinada, tropezando pero sin detenerse hacia los hombres de Bant debajo. Corrieron bajando por el cañón y Duncan podía sentir su palpitar en los oídos.

Al acercarse, los hombres de Bant miraron por sobre sus hombros al oír la conmoción; claramente se quedaron impactados al ver que ellos también estaban rodeados. Duncan, al ver que un soldado estaba a punto de apuñalar a uno de sus hombres por la espalda, supo que no había tiempo. Levantó su espada y la lanzó y esta se encajó en la espalda del soldado, derribándolo y salvando al soldado de Duncan.

Duncan no dudó. Se lanzó sobre la multitud sacando su otra espada de su cinturón, atacando con dos espadas a la vez y cortando la cabeza de tres hombres incluso antes de que pudieran levantar sus escudos. Sintió que sus venas y todo sus ser ardía por obtener venganza contra Bant y su gente y por liberar a sus hombres.

Su docena de soldados estaban tan determinados como él, y Kavos, Bramthos y Seavig se lanzaron hacia la batalla cortando a docenas de hombres, derribándolos y causando un pánico inmediato en el grupo.

Pelearon abriéndose camino por la montaña, cortando por entre las líneas y obligando a los hombres de Bant a retroceder hacia la pendiente. Al hacerlo, retrocedieron hacia los brazos del resto de los hombres de Duncan guiados Arthfael, que inmediatamente los derribaron. Rodeados y colapsándose por el pánico, los soldados de Bant en la cima del cañón pronto estuvieron muertos. Muchos murieron en su lugar, mientras que otros fueron arrojados por Duncan y sus hombres por la montaña, con sus cuerpos cayendo como rocas y llevándose a otros a su paso.

Duncan pronto se reunió con sus hombres y todos vitorearon como una fuerza solidificada manteniendo su posición. Entonces se dieron la vuelta mirando hacia abajo y supieron que solo tenían que derrotar al ejército de Bant abajo

“¡ATAQUEN!” gritó Duncan.

Todos avanzaron por la pendiente del cañón ganando impulso y peleando contra los hombres de Bant que retrocedían. Los hombres de Bant, con la guardia baja, no pudieron retroceder lo suficientemente rápido y Duncan los derribó a diestra y siniestra. Duncan se llenó de optimismo y sintió que pronto el cañón sería de ellos. Mil soldados los esperaban debajo, pero ahora llevaban impulso y tenían el terreno alto.

Duncan guio a sus hombres que cortaban a soldados al bajar y al dirigirse a una amplia meseta cerca de la base del cañón. Desde ahí eran unos cien pies hasta el fondo del cañón para derrotar al resto del ejército de Bant y conseguir la victoria.

Mientras Duncan juntaba a sus hombres preparándose para el avance final, de repente sintió que el suelo se estremecía debajo de él. Miró hacia abajo, sorprendido. Entrecerró los ojos y vio que los hombres de Bant cortaban grandes cuerdas. A esto le siguió un estruendo y Duncan vio que una gran roca se columpiaba en una cuerda. No tuvo tiempo para prepararse y un momento después esta golpeó la parte inferior de la meseta en la que estaban.

Se produjo un terrible crujido como el de roca rompiéndose, y Duncan miró con horror que la meseta en la que estaban se separaba de la montaña. Su mundo se puso de cabeza mientras perdía el equilibrio y él y sus hombres eran arrojados en el aire en una avalancha de escombros hacia el ejército de abajo y hacia una muerte segura e instantánea.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Dierdre estaba sobre los escombros de la Torre de Ur con Marco a su lado, cada uno preparándose mientras la nación de troles salía del bosque directamente hacia ellos. Dierdre no podía entender cómo es que podía haber tantos troles en Escalon, cómo es que todos pudieron pasar por Las Flamas. No parecía ser posible. A menos que, pensó con temor, Las Flamas hubieran caído.

Si este era el caso, entonces Escalon estaba acabado. Un país sin fronteras no era un país. Sin Las Flamas, Escalon no sería más que un campo de juego para la salvaje Marda. Dierdre supo en ese terrible momento que no solo *su* vida se había acabado, sino que todo Escalon sería destruido. Sintió dolor solo con pensarlo. Pensó en la terrible manera en la que terminaría esta tierra, con sus grandes ciudades de costa inundadas por las flotas Pandesianas y con sus grandes llanuras del norte invadidas por troles que avanzaban hacia el sur. Era una tierra destruida por fuego y agua, destrozada por ambos lados.

Dierdre se preparó para morir con el resto de su país a manos de esta terrible plaga de troles. Apretó la mano de Marco sin que ninguno de los dos pudiera hacer nada más que quedarse inmóviles y morir. Mientras Dierdre miraba a la muerte a la cara, ya no extrañaba a su padre; por el contrario, se sentía aliviada porque pronto se le uniría. Pero sí se llenó de pesar el pensar que no volvería a ver a Kyra de nuevo, que nunca sabría lo que le había pasado y que no podría vengar la muerte de su padre.

Mientras los troles se acercaban con sus alabardas levantadas, Dierdre vio las navajas afiladas dirigiéndose hacia su pecho y anticipó el dolor que sentiría. Cerró los ojos preparándose para lo peor.

Pero momentos después, Dierdre abrió los ojos sorprendida al no sentir nada, al no sentir el metal entrando en su piel ni el ser aplastada por los troles. En vez de eso, escuchó el sonido de metal chocando con metal.

Dierdre miró hacia arriba y vio una alabarda rebotando sin hacer daño contra un escudo invisible a corta distancia de su rostro. Observó confundida cómo los troles avanzaban y chocaban contra este mismo muro invisible, deteniéndose, tropezando y cayendo todo en derredor y aplastándose el uno al otro. Era como si hubieran corrido contra una pared.

Miró hacia un lado y se sorprendió al ver que Marco tampoco sufría ningún daño, como si él también estuviera protegido por este escudo invisible. Entonces vio que los troles miraban hacia la torre con temor. Ella también se dio la vuelta y se sorprendió con lo que vio.

Ahí, saliendo de los escombros, estaba un hombre de pie en la roca más alta. Estaba rodeado por un aura de luz blanca que brillaba en todas direcciones. Mientras Dierdre lo observaba, se sorprendió al ver que se asemejaba a Kyra en forma de hombre. Tenía la apariencia de poder ser su padre.

Dierdre miró sus brillantes ojos amarillos y se dio cuenta de lo que era: un Observador. Estaba de pie levantando su bastón y, al hacerlo, luz irradiaba desde este hacia la nación de troles debajo. La luz la rodeaba a ella y a Marco creando una burbuja y protegiéndolos de los ataques. La luz entonces pasó por entre la multitud golpeando a cientos de troles y mandándolos al suelo. Era como si una ola de fuego pasara frente a ellos.

Dierdre, preguntándose quién era este hombre misterioso pero eternamente agradecida porque le había salvado la vida, observó mientras saltaba de los escombros y se ponía a su lado.

“Hacia atrás,” les ordenó con voz ancestral y firme.

Ella y Marco retrocedieron mientras él avanzaba sin miedo hacia el grupo de troles. Observó con sorpresa cómo se enfrentaba contra un ejército él solo con su bastón, con cada golpe impactando a troles por todas partes y lanzando destellos de luz. Giraba su bastón sobre su cabeza tan rápido que apenas podía mirarse, después detrás de su espalda golpeando a troles en todas direcciones y arrojando una lluvia de luz.

Un terrible grito cortó el aire y Dierdre vio con horror que miles de troles más salían por cada extremo del bosque. El Observador pronto estuvo rodeado. Le dio vueltas a su bastón en un círculo golpeando a los troles que llegaban una y otra vez, creando un perímetro más y más extenso; pero aun así fueron muchos los troles que inundaron el lugar. Dierdre vio que empezaba a cansarse.

Los troles lo presionaron por todos lados y él claramente no se esperaba que fueran tantos; una nación entera. Vio que empezaba a tambalearse y entonces supo que no duraría mucho.

No podía dejarlo morir y sabía que Marco pensaba lo mismo. Al mismo tiempo, ambos levantaron sus espadas y se arrojaron de manera temeraria hacia el grupo, atacando y peleando para poder salvarlo. Protegidos por la burbuja, cortaron a troles en todas direcciones y pronto pudieron llegar a su lado. Los tres estaban dentro de la burbuja que empezaba a hacerse más y más pequeña y completamente rodeados.

Fue una defensa valiente; pero no fue suficiente.

Sabía que en tan solo momentos estarían acabados.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El corazón de Aidan se aceleraba mientras galopaba por el terreno desierto con Anvin a su lado y Blanco a sus pies, y alrededor de ellas cientos de guerreros de Leptus guiados por Leifall. Aidan sintió la emoción de cabalgar hacia la pelea y que por primera vez era uno de los hombres, un verdadero guerrero. Aquí estaba, cabalgando al frente y preparado para encontrarse con el enemigo y salvar a su padre. Había tenido éxito en su misión; gracias a él, los hombres de Leptus ahora cabalgaban para rescatar a su padre.

El pensar en lo que le esperaba justo detrás del horizonte, en su padre luchando y necesitando refuerzos, hizo que Aidan olvidara su miedo. Pensó en poder salvarlo y demostrarle a su padre que él era el hijo que había criado. Esto aquietó sus miedos. Ya habían estado cabalgando por horas y, al acercarse al cañón, Aidan escuchó un ajetreo en la distancia que parecía un trueno. Supo con un sobresalto que este era el sonido de la batalla, de hombres matándose entre sí.

El ruido hizo un eco al rebotar en lo que solo podía ser las paredes del cañón, resonando incluso hasta ahí y, al hacerlo, Aidan sintió una desesperación. Trató de suprimir el sentimiento de pánico y trató de no imaginarse las cosas terribles que le podrían estar pasando a su padre. ¿Estaban matando a su gente? ¿Habían llegado muy tarde?

Padre, dijo en su mente, espéranos. Resiste solo un poco más.

Aidan pensó en todos los hombres de su padre atrapados, pensó en Cassandra e incluso en Motley. Sabía que estaban por mucho superados en número y la idea de ellos muriendo lo destrozaba por dentro.

Pasaron por una colina y el terreno se abrió enfrente de ellos mostrándoles el cañón. Sus miedos se incrementaron al escuchar una explosión y una gran superficie caer en medio de una nube de polvo. Sintió como si muriera por dentro al ver a su padre y a sus hombres cayendo al cañón, gritando y aplastándose el uno al otro.

Fue una imagen horrible. Pudo escuchar la agonía de los hombres muriendo incluso desde allí, y sintió un gran temor al ver su vida pasar frente a sus ojos. Parecía que había llegado unos minutos muy tarde.

“¡ADELANTE!” gritó Anvin pateando a su caballo y animando a los hombres a la acción.

Los hombres de Leptus cabalgaron con rapidez siguiéndole el paso y Aidan los siguió también a pesar de que sus piernas y manos le dolían por la cabalgata. Respirando con dificultad, bajó la cabeza y pateó más fuerte al estar determinado a no dejar morir a su padre.

Se acercaron al cañón y finalmente llegaron a su perímetro, y entonces todos se detuvieron justo en la orilla. Aidan miró hacia abajo y su corazón se rompió. Abajo estaban cientos de los hombres en posiciones no naturales y aplastados en el cañón.

Muertos.

Pero el corazón de Aidan despertó con esperanza al ver que un pequeño grupo de los hombres de su padre habían sobrevivido la caída y peleaban en el fondo del cañón; y entonces su corazón animó al ver que su padre estaba entre ellos peleando con un grupo de guerreros. Estaban cubiertos por tierra y polvo pero sin heridas graves. Estaban de espaldas a un montón de escombros pero seguían con vida.

Aidan vio que su padre peleaba con furia en todas direcciones estando rodeado. Eran una fuerza lastimada, sorprendidos por el desplome del cañón y ahora rodeados de enemigos. Claramente faltaba poco antes de que fueran eliminados por completo.

Anvin ya pateaba a su caballo, galopando hacia la orilla del cañón y tomando la empinada pendiente hacia abajo. Aidan lo siguió junto con los otros y, al acercarse, se sorprendió con lo empinada que estaba. Miró directamente hacia abajo y le pareció que era un descenso imposible.

Pero miró con asombro y sorpresa que de alguna manera Anvin galopaba por la pendiente y que su caballo mantenía el equilibrio. Mantuvo su posición hasta que llegó cerca del fondo del cañón.

Inspirado, Aidan lo siguió junto con los hombres de Leptus. Su corazón le latía aterrado mientras aguantaba la respiración y trataba de no mirar. Cabalgó directamente hacia abajo y sintió que su estómago le subía a la garganta en la caída. Abrazó al caballo fuertemente estando seguro de que iba a morir. Sintió que en cualquier momento saldría volando por encima de la cabeza del caballo y sería aplastado. El ángulo estaba muy empinado.

Pero pensó en su padre allá abajo y se obligó a sostenerse. Se paralizó con el miedo y se vio a sí mismo muriendo bajo una nube de polvo y caballos.

A su alrededor escuchó gritos y vio que algunos caballos no pudieron mantener el equilibrio. Tropezaron y cayeron rodando por la montaña hacia sus muertes. Muchos hombres tropezaron con ellos y murieron también.

Aidan se sostuvo al sentir que cabalgaba casi de cabeza y deseando que este infierno acabara antes de que terminara como esos hombres. Cerró sus ojos fuertemente y pensó que no volvería a abrirlos.

Finalmente Aidan sintió que su estómago volvía a su posición correcta y que podía respirar con normalidad, y entonces abrió los ojos sorprendido al ver el terreno nivelado. Miró a los lados y se quedó pasmado al ver que había llegado al fondo. Se sintió regocijado al haberlo conseguido. Había conquistado su miedo.

Aidan miró a su alrededor y vio que la mayoría de los hombres también lo habían logrado, y vio a los cientos de hombres en el ejército de Leptus gritando en victoria y avanzando por el fondo del cañón, sonando cuernos y dirigiéndose hacia su padre.

Los hombres de Bant que peleaban con su padre se detuvieron al escuchar el sonido y voltearon con sorpresa y miedo en sus rostros. Por primera vez habían sido sorprendidos en su propio territorio y estaban atrapados.

Aidan vio a su padre peleando con tres hombres en la distancia; vio a Kavos, Seavig y Bramthos girando mayales en círculos para mantener a los enemigos a distancia, y vio a Motley sosteniendo un escudo y a Cassandra con un bastón golpeando a los enemigos que se acercaban mucho. A penas podían defenderse del grupo que, a cada momento, se acercaban más y más a ellos.

Aidan, inspirado por la imagen, avanzó lanzándose hacia la batalla con Anvin y Blanco a su lado y sin pensar en las consecuencias.

Blanco llegó primero. Saltó en el aire y encajó sus colmillos en un soldado que estaba a punto de apuñalar a Motley. El soldado cayó al suelo y Motley bajó su escudo, sorprendido y aliviado.

Al mismo tiempo, Aidan levantó su espada y, sin pensarlo dos veces, atacó a un soldado que se acercaba a Cassandra. El soldado logró quitarle el bastón de las manos y estaba a punto de cortarla. Aidan, sabiendo que no llegaría a tiempo, levantó su espada y la lanzó.

Esta giró por el aire y, para su sorpresa, se encajó en la espalda del hombre, matándolo. El hombre cayó al suelo boca abajo a los pies de Cassandra.

Aidan se sintió aturdido. Era la primera vez que había matado a un hombre, a un ser humano de verdad, y aunque estaba feliz por haber salvado a Cassandra, sintió náuseas. Era un sentimiento surreal el tomar la vida de otra persona, tanto de victoria como de tristeza.

Cassandra lo miró con amor y admiración en sus ojos, una mirada que no había visto antes. Fue una mirada que hizo que todo esto valiera la pena. Esto le dio valor. Cassandra, viendo que estaba indefenso, se agachó, tomó un mayal del suelo y se lo lanzó, y él lo tomó en el aire por la empuñadura.

Con Blanco corriendo hacia Cassandra y Motley para mantenerlos seguros, Aidan se sintió en libertad para dirigirse hacia la multitud en donde miró a su padre. Vio que estaba del otro lado del cañón peleando con tres hombres a la vez, alternando entre su escudo y golpes con su espada, con el metal resonando mientras las espadas caían sobre su armadura y escudo. Su padre se miraba herido y débil, y perdía fuerzas en cada momento.

Aguanta, Padre, pensó Aidan.

Anvin cabalgó a su lado claramente pensando lo mismo, y los dos avanzaron por entre la multitud de soldados ignorando las peleas a su alrededor y tratando de llegar con Duncan a tiempo. Aidan giraba su mayal con furia y sin ningún objetivo. Este impactó armaduras y escudos al avanzar e incluso derribo espadas de las manos de algunos soldados. No sabía a cuántos hombres había herido o desarmado, pero tampoco se detuvo a observar.

A su lado, Anvin cortaba con pericia a soldados a diestra y siniestra, esquivando golpes y derribando hombres. Se abrieron camino por entre la multitud mientras todo en derredor los hombres de Bant se hacían menos, pelando contra los hombres de Leptus por todos lados en una batalla sangrienta y mano a mano. Aidan, pensando en su padre, empujó por entre la densa multitud apenas esquivando el golpe de un hacha, viendo a su padre atrapado detrás de un montón de escombros en donde el acantilado se había colapsado y supo que debía apresurarse.

Aidan finalmente pudo ver por entre el polvo y su corazón se aceleró al ver que su padre peleaba contra Bant, ambos rodeados por los hombres de Bant. Era evidente que la lucha crucial de esta guerra se estaba llevando a cabo.

Duncan peleó con valentía. Él y Bant golpeaban y esquivaban, con sus espadas impactando los escudos y empujándose el uno al otro sin que ninguno de los dos pudiera ganar ventaja. Pero Aidan pudo ver que los hombres de Bant se acercaban cada vez más reduciendo el círculo, y supo que su padre podría ser traicionado y morir en cualquier instante. Pateó a su caballo con todas sus fuerzas y redujo la distancia en un último avance por el cañón. Giró su mayal con pasión ciega con una mano y apenas sosteniendo las riendas con la otra; pero pronto una docena de hombres de Bant le bloquearon el paso.

El caballo de Aidan se detuvo, pero de repente Anvin pasó por un lado de él lanzándose sobre el grupo. Aidan encontró una abertura, tomó la oportunidad y pasó por la grieta en el grupo para alcanzar a su padre.

Aidan siguió cabalgando esperando ser impactado por los ataques de los soldados hasta que, finalmente y para su sorpresa, logró llegar hasta el círculo de hombres de Bant que rodeaban a su padre. No había pensado en lo que iba a hacer una vez que llegara ahí; él solo quería crear una distracción para darle a su padre una oportunidad.

Aidan atravesó al sorprendido grupo y su caballo golpeó a algunos hombres al llegar por detrás. Algunos cayeron mientras otros volteaban para ver cuál era la conmoción. Aidan levantó su mayal y lo giró lanzándolo hacia el grupo de hombres sabiendo que debía crear una distracción, y los hombres se cubrieron los rostros mientras la cadena y bola con picos derribaban varias armas de las manos de los soldados.

Pero Aidan de repente sintió un terrible dolor en uno de sus costados, escuchó un gran sonido en sus oídos, y se dio cuenta de que había sido golpeado por un mazo y un escudo. Cayó de su caballo y el impacto con el suelo le dolió más que los golpes. Mientras estaba en el suelo y sin armas los otros hombres se le acercaron.

De repente se escuchó un grito y Aidan vio por entre el grupo de hombres que su padre se había reanimado, claramente alentado al haber visto a su hijo. Teniendo la distracción que necesitaba, su padre se abalanzó sin piedad contra el grupo de soldados cortando a tres de ellos sin detenerse. Al hacerlo, los hombres de su padre se pusieron junto a él, todos golpeando a soldados que, tomados con la guardia baja, entraron en pánico y trataron de huir.

Aidan vio que un soldado estaba a punto de cortarlo con un hacha y supo que no tenía tiempo para reaccionar. Se preparó para recibir a la muerte.

Pero entonces el hombre jadeó, y Aidan vio a su padre con su espada encajada en la espada del hombre que cayó al suelo, muerto.

Aidan sintió la gruesa mano de su padre tomándolo y ayudándolo a levantarse. Su padre lo abrazó fuertemente mientras los hombres seguían peleando y derribando a los hombres de Bant ahora con el impulso a su favor. El padre de Aidan puso la cabeza de Aidan contra su pecho claramente lleno de orgullo.

Aidan también sintió que por primera vez se relajaba lleno de orgullo. Lo había conseguido. Había salvado a su padre.

Ahora los papeles estaban cambiando mientras la batalla continuaba. Aidan sintió que era empujado mientras su padre lo alejaba del peligro al ver que un soldado salía del grupo.

Bant.

Duncan sacó su espada y dio un paso hacia adelante mientras un grupo de soldados de ambos bandos formaban un círculo alrededor de los hombres, listos para ver esta batalla crucial mano a mano.

“Debiste quedarte en Andros,” le gruñó Bant a Duncan. “Hubieras tenido una muerte más rápida.”

“Para ti, tal vez,” respondió Duncan.

El círculo se hacía más grueso mientras más y más hombres se detenían a observar la batalla decisiva. Los dos hombres caminaban en círculo con precaución y esperando su oportunidad.

“¡Te mataré al igual que a tus hijos!” gritó Bant.

“Y yo vengaré la manera cobarde en que los mataste,” replicó Duncan.

Dejaron salir un grito de batalla y ambos avanzaron como dos cabras, ninguno deteniéndose y ambos deseosos de continuar hasta matarse entre sí.

Duncan levantó su espada, Bant su hacha, y se escuchó el terrible sonido de sus armas chocando. Se quedaron ahí, gruñendo y ninguno capaz de vencer al otro.

Finalmente, Duncan pateó a Bant en el pecho haciéndolo retroceder y caer de espaldas en la tierra. Entonces se acercó con rapidez y lo pateó, quitándole el hacha de la mano.

Bant rodó y trató de recuperarla, pero Duncan se paró en su mano y lo pateó de nuevo haciéndolo caer.

Duncan se agachó para levantarlo, pero Bant tomó a escondidas un puñado de tierra y lo lanzó a los ojos de Duncan.

El corazón de Aidan se aceleró al ver que su padre estaba cegado. Duncan se tambaleó hacia atrás y Bant, tomando ventaja, se puso de pie y lo pateó, haciéndolo caer al suelo y soltar su espada.

Duncan se quedó en el suelo, indefenso, y Aidan instintivamente trató de acercarse para ayudar a su padre; pero entonces vio que era detenido por una mano fuerte en su pecho. Miró hacia arriba y vio a Anvin moviendo su cabeza, advirtiéndole que no interviniera en este combate mano a mano.

Bant se acercó con rapidez y estaba a punto de pisar a Duncan en el rostro, pero Duncan rodó y se quitó del camino en el último momento. Aidan se enorgulleció de ver que, en el mismo movimiento, Duncan levantó su pie y lo giró golpeando a Bant detrás de la rodilla, derribándolo.

Duncan entonces tomó su espada, se limpió la tierra de los ojos, y golpeó a Bant en la nuca con la empuñadura haciéndolo caer boca abajo.

Duncan se puso de pie respirando agitadamente, se limpió la sangre de la boca, y miró a Bant con disgusto. Se agachó, tomó al débil Bant, y lo sostuvo por detrás con una daga en la garganta.

Los dos ejércitos guardaron silencio y todos los soldados los miraban fijamente.

“Dile a tus hombres que bajen sus armas,” le gruñó Duncan a Bant.

Bant negó con la cabeza mientras escupía sangre.

“Nunca,” respondió Bant. “Nos puedes matar a todos, pero no te servirá de nada. Pronto también morirás. Los Pandesianos te matarán de todas formas.”

Duncan se mofó.

“Por mis hijos,” dijo con desprecio y, al mismo tiempo, cortó el cuello de Bant.

Aidan se quedó perplejo al ver que el líder de Baris caía muerto en el suelo.

Todos los hombres de Bant parecieron perder los ánimos de pelear al ver a su líder morir, y todos al mismo tiempo arrojaron sus armas y levantaron las manos.

A esto le siguió un gran vitoreo, y Aidan finalmente respiró con facilidad viendo que los hombres celebraban la victoria. El cañón era suyo.

*

Duncan estaba en el cañón rodeado por Leifall, Anvin, Kavos, Bramthos, Arthfael, Seavig, Aidan y sus cientos de hombres, todos sobrevivientes de la batalla brutal. Todo a su alrededor el cañón estaba lleno de escombros y de cuerpos de soldados de Duncan y de Bant. Había una sensación de victoria en el aire; pero al mismo tiempo era sombría.

Duncan abrazó a Anvin y este le regresó el abrazo. Estaba lleno de gratitud por la lealtad y valentía de sus hombres. Uno a la vez, tomó los hombros de sus hombres hasta que llegó con Leptus y sus hombres, agradecido y orgullo de cada uno de ellos.

“Te debo mi completa gratitud, mi amigo,” le dijo Duncan a Anvin, “por convencer a estos hombres de venir a ayudarnos.”

“Es a tu hijo a quien debes agradecerle,” lo corrigió Anvin.

Duncan se volteó hacia Aidan que estaba entre los hombres, viéndolo con sorpresa.

“Aidan convenció a estos hombres para que se unieran a nuestra causa,” continuó Anvin. “Sin él, dudo que estuvieran aquí.”

Duncan caminó hacia su hijo y le apretó el hombro, más orgulloso de él de lo que podía decir.

“Ya has dejado de ser un muchacho,” le dijo a Aidan, “eres un hombre entre hombres.”

Los hombres de Duncan vitorearon en respuesta, y Duncan se animó al ver que Aidan le regresaba la mirada con mucho orgullo.

Duncan también vio a Motley de pie a su lado.

“Y tú, Motley,” dijo Duncan tomándolo del brazo. “Hiciste mucho para salvar a un extraño.”

Motley rebotó de alegría, claramente no acostumbrado a recibir las gracias de un soldado.

Duncan se dio la vuelta y examinó el suelo del cañón. Vio a todos sus hombres, los sobrevivientes en el campo de batalla que pasaban por los cuerpos buscando armas y reagrupándose. Vio a los hombres de Bant, ahora prisioneros, observándolo y esperando para conocer sus suertes. Se dio la vuelta y los observó con rostro sombrío. Sabía que un buen comandante debía ejecutar a todos estos hombres para proteger sus flancos.

“Todos ustedes son guerreros,” les dijo mientras lo miraban con ansiedad, “hombres de Escalon igual que nosotros. La sangre de nuestros antepasados corre por sus venas igual que en las nuestras. Somos un pueblo y una nación. Su error fue unirse a la causa de un traidor. Pero eso no los hace traidores a ustedes. A veces los hombres buenos son engañados por la lealtad a malos comandantes.”

Suspiró al examinarlos mientras ellos lo miraban con esperanza.

“Así que les daré a todos ustedes otra oportunidad,” dijo él. “En estos tiempos necesitamos a todos los hombres que podamos conseguir. Pueden morir por nuestras espadas o pueden renunciar a

su antigua comandante, el traidor muerto Bant, y unir filas con mis hombres. ¿Qué eligen?” les preguntó.

A esto le siguió un gran silencio mientras todos sus hombres se acercaban a observar.

El soldado principal entre los cientos de hombres de Bant dio un paso hacia adelante, con grilletas en las manos y mirándolo con solemnidad.

“Tú eres un buen hombre,” le respondió, “y un buen comandante. Bant hizo mal al traicionarte y nosotros hicimos mal al seguirlo. Ningún otro comandante nos habría perdonado. Tan solo eso hace que nuestra decisión sea sencilla. ¡Estamos contigo! ¡Peleemos juntos y matemos a esos perros que han invadido Escalon!”

“¡ESTAMOS CONTIGO!” gritaron todos los hombres de Bant.

El corazón de Duncan se animó con optimismo y alivio. Les hizo una señal a sus hombres y estos se acercaron para cortar los grilletas y liberar a los hombres de Bant.

Duncan se dio la vuelta para examinar al ejército unido y reforzado y se preguntó: ¿cómo continuar ahora? Habían conseguido su venganza contra Bant. Se habían reagrupado. Eran más fuertes que nunca. Pero aun así no podían tomar Andros, no con los dragones y las fuerzas Pandesianas en el lugar.

Duncan miró al resto de sus hombres y lentamente recobró la seriedad.

“¡HOMBRES!” gritó. “Aquí estamos, en el fondo del cañón, vivos, pero los Pandesianos llegarán pronto. Estaremos atrapados en este hoyo en la tierra en terreno bajo.”

Los examinó a todos.

“Todos ustedes han peleado valientemente y hemos perdido a muchos de nuestros hermanos hoy en el campo de batalla,” continuó. “Bant está muerto, y tenemos un frente menos del que preocuparnos. Pero los Pandesianos nos esperan y no podemos enfrentarlos en sus términos. Ha llegado el momento de ejecutar la siguiente parte de nuestro plan.”

Hubo un gran silencio entre los hombres y todos lo miraban con ojos expectantes.

“Ha llegado el momento de atraerlos hasta este cañón; y de inundarlo.”

Los hombres lo miraron con temor y duda en sus rostros. El silencio se hizo más tenso.

Duncan se volteó hacia Leifall, el comandante de Leptus.

“Everfall,” dijo Duncan. “Se puede lograr, ¿no es así?”

Leifall se tomó la barba, escéptico.

“Las cataratas son fuertes, es verdad,” respondió. “Suficientemente fuertes para crear un río. Si se controla ese río en teoría podría llegar al cañón.” Leifall negó con la cabeza. “Pero nunca antes se ha hecho.”

“Pero es posible,” insistió Duncan.

Leifall se encogió de hombros.

“Everfall fluye hacia la Bahía de la Muerte,” dijo él. “Propones cambiar el curso de la naturaleza. Tendrás que redirigir los canales en la cara de la montaña. Existen palancas, palancas antiguas de inicios del tiempo para ese propósito, para la guerra. Pero hasta donde yo sé nunca han sido utilizadas.”

Leifall suspiró mientras los hombres lo miraban en silencio.

“Un plan temerario,” dijo finalmente. “Arriesgado. Improbable.”

“¿Pero posible?” preguntó Duncan.

Leifall se acarició la barba por un largo rato hasta que finalmente asintió.

“Todo es posible.”

Duncan asintió. Era todo lo que necesitaba escuchar.

“Entonces atraeré a los Pandesianos hacia el cañón,” les dijo a sus hombres, lleno de valentía, “y tú y tus hombres redirigirán las cataratas hasta este lugar.”

Leifall lo miró, preocupado.

“Hay una cosa que no estás considerando, Duncan,” añadió con preocupación. “Si esto funciona, quedarás atrapado aquí en el fondo del cañón y te inundarás junto con los Pandesianos. Puede que te ahogues también.”

Duncan asintió. Ya lo había pensado.

“Entonces ese es un riesgo que tendré que tomar.”

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El Sagrado y Supremo Ra caminaba por los parapetos de piedra de la ciudad de Andros, furioso. Los dragones seguían surcando el cielo y arrojando fuego sobre las calles de la capital, con los gritos de hombres quemándose llenando el aire. Los estruendos hacían que el suelo se sacudiera mientras edificio tras edificio eran golpeados por las garras y derribados. Este edificio capital, con su cúpula dorada y paredes de oro, parecía ser el último lugar seguro que quedaba.

Y lo que era peor, Ra había sido obligado a retirarse en el campo de batalla. Casi había tenido a Duncan en sus manos hasta que ese dragón, Theon, llegó y le arrancó su victoria. Era una humillación que se rehusaba a aceptar.

Regresar a la capital fue la única cosa que pudo hacer en ese momento. Theon no podía perseguirlos hasta aquí hasta Andros con todos esos otros dragones. Esto al menos le había dado la oportunidad de reagrupar a sus hombres, aunque al venir aquí a la guarida de los dragones había perdido a muchos más.

Pero ahora la noche caía de manera misericordiosa y él podría usar eso para su ventaja. Ra podría guiar a sus hombres por la oscuridad de la noche y fuera de la vista de los dragones hacia Duncan. Marcharian calladamente hacia el cañón y matarían a Duncan y a sus hombres al despertar el alba mientras dormían. El Gran Ra nunca olvidaba una vendetta.

Pero Ra no estaba satisfecho con un solo plan para obtener la victoria. Como todos los grandes comandantes, necesitaba un plan de respaldo; un plan basado en el engaño y no solo en la fuerza, algo que le asegurara que esta vez, sin importar qué pasara, Duncan moriría. Pero todavía no sabía en qué consistiría ese plan de respaldo.

Ra miró hacia su cámara llena de asesores y consejeros y generales y hechiceros, todos escondiéndose del fuego de los dragones afuera y debatiendo qué es lo que deberían hacer. Cansado de darle vuelta a sus pensamientos, les hizo una señal.

“Ahora pueden hablar,” le dijo finalmente a su general que estaba arrodillado frente a él y que había estado esperando por horas.

“Mi Santísimo y Supremo Ra,” dijo el general con voz temblorosa por el miedo. “Traigo el reporte que pediste. Los dragones hicieron más daño del que pensamos. Hemos perdido a casi la mitad de nuestros hombres por las llamas no solo aquí en Andros, sino también en el resto de Escalon. Y muchos de nuestros hombres que escaparon del fuego de los dragones fueron asesinados por las legiones de troles que vinieron del norte. Debemos detener de manera urgente la marejada de troles y encontrar la manera de detener el despertar de los dragones.”

Ra apretó con furia su mandíbula, escuchando con impaciencia.

“Desperdiciamos recursos persiguiendo a Duncan hacia el sur,” continuó el comandante. “Debemos llevar la batalla al norte. Debemos encontrar la manera de restaurar Las Flamas y detener a los troles que pasan por la frontera. De otra manera, no podremos ganar esta guerra en todos los frentes.”

La cámara guardó silencio mientras todos los ojos se posaron sobre Ra.

Ra asintió y se levantó lentamente de su trono. Descendió dando algunos pasos hacia el general.

“Levántate, General,” le dijo poniéndole una mano en el hombro.

El general se levantó y lo miró con esperanza y miedo en el rostro.

“Te agradezco por tu reporte,” añadió Ra.

El general sonrió pareciendo aliviado.

“Y te agradezco por tu opinión,” añadió Ra.

Al mismo tiempo y sin avisar, de repente apuñaló al general en el corazón.

El general, sorprendido, cayó muerto al suelo y los otros generales miraron a Ra con terror.

Ra respiró lleno de furia. Odiaba verse en aprietos. Odiaba que le dijeran lo que no podía hacer. Y odiaba la debilidad.

¿Qué era lo que había en Escalon? se preguntó. ¿Estaba maldito? En cualquier otro lugar del mundo había sido capaz de conquistar y gobernar. Pero en este lugar, los problemas aparecían por todos los rincones.

Se volteó hacia otro de sus generales.

“¿Y qué es lo que *tú* sugieres?” le preguntó.

El otro general tragó saliva pareciendo nervioso.

“Si me preguntas a mí, mi Santísimo y Sorprendente Señor,” respondió tentativamente, “debemos retirarnos. Abandonar esta tierra. Dejar que los troles y los dragones la destruyan. Entonces dejar que los dragones maten a los troles o se maten entre ellos. La mayoría de los hombres de Escalon ya están muertos o esclavizados de todas formas. Nuestro asunto aquí ha terminado. Cuando pasen los años, cuando los dragones se hayan ido y los troles hayan muerto, volveremos para habitarlo y sin necesidad de perder más hombres.”

Ra temblaba por el enojo.

“¿Retirarnos?” le preguntó, indignado. “Ven aquí,” añadió.

El general tragó saliva, aterrado, mientras Ra lo llevaba al balcón de piedra.

“Mi Sagrado y Sorprendente Señor,” empezó. “No quise faltarle al respeto—”

Pero antes de que terminara de hablar, Ra lo tomó y lo lanzó por sobre el balcón.

El general gritó mientras caía boca abajo en el suelo, muerto.

Ra se paró sobre el balcón, hirviendo, mirando mientras un dragón bajaba para comerse el cuerpo.

Finalmente Ra volvió a entrar y miró a sus otros hombres en la cámara. Todos miraron hacia otro lado tratando de evitar su mirada. Respiró, debatiendo.

Finalmente dio un paso hacia adelante.

“Perseguiremos a Duncan y a sus hombres con todo nuestro poder,” dijo finalmente. “Después de capturarlo y torturarlo, quemaremos a sus hombres vivos junto con todo lo que quede de Escalon. Ahora vayan, invadan el cañón. Y no regresen a mí sin su cabeza.”

Los hombres dieron la vuelta y salieron con rapidez, dejando a Ra solo en la cámara. Solo uno se quedó atrás. Khtha, su hechicero. Se quedó ahí en el centro de la cámara vacía, mirándolo con sus ojos rojos brillantes y oscurecido por su manto y capucha.

Ra lo miró, intrigado.

“¿Qué es lo que has visto?” le preguntó Ra, casi temiendo saber la respuesta. Khtha siempre había tenido la misteriosa habilidad de ver hacia el futuro.

“Es algo... oscurecido, por ahora,” empezó con voz grave e inhumana. “Pero veo... una gran batalla de fuerzas.... pero quién vencerá... aún no está escrito.”

“¿Entonces para qué me sirves?” replicó Ra, furioso. “Vete ahora mismo.”

Ra le dio la espalda pero Khtha siguió hablando:

“Tengo un plan para ti.”

Ra se dio la vuelta lentamente, pareciendo interesado.

“Continúa,” le ordenó.

“Puedo cambiar tu rostro,” dijo Khtha. “Transformar tu apariencia exterior.”

Ra frunció el ceño, intrigado.

“¿Y en quién debo convertirme?” preguntó Ra.

A esto le siguió un largo silencio, hasta que Khtha respondió:

“Kyra.”

Ra sintió un escalofrío en sus brazos sabiendo de inmediato que este plan era el indicado.

“Puedes infiltrarte en sus filas,” continuó Khtha. “Confiaré en ti, Kyra. Estarás cara a cara con Duncan. Y tú, su hija, podrás clavarle el cuchillo en el corazón.”

Khtha sonrió por primera vez, con una sonrisa grotesca y malvada.

Ra no pudo evitar sonreír también. Este era el plan de respaldo que necesitaba en caso de que su ejército fallara.

Asintió.

Khtha se acercó y levantó lentamente su mano pálida, arrugada y temblorosa, y mientras Ra cerraba los ojos, sintió que la mano del hechicero se acercaba y le cubría el rostro, sintiendo las puntas de sus dedos sobre sus párpados.

Lentamente, Ra sintió que se transformaba. Sintió que su cuerpo cambiaba, que su cabello crecía y que su rostro se volvía terso. Le ardía y sentía como si su piel se contrajera. Gritó en agonía.

Pero finalmente había terminado.

Khtha, al terminar, levantó un espejo. Ra lo tomó, todavía sin aliento, y se sorprendió al ver quién lo miraba en el reflejo:

Kyra.

Ra sonrió y rio de manera profunda y malvada; pero de alguna manera sonando como ella.

“Padre,” dijo con la voz de ella, “Voy por ti.”

CAPÍTULO VEINTISIETE

Merk se preparó mientras estaba de pie en la orilla de la isla de Knossos y miró hacia arriba aterrado hacia la manada de dragones que bajaba sobre él. Olas de la Bahía de la Muerte rompían a sus pies, hombres morían por todos lados por la invasión de los troles, y detrás de él Lorna y los Observadores invocaban a estas criaturas ancestrales para que los rescataran. El si estos dragones los iban a rescatar o a matar no estaba claro; pero por el momento parecía que estaban fuera de control.

Un terrible rugido estremeció el aire mientras la manada de dragones bajaba hacia las aguas con las garras extendidas y con los espantosos dientes asomándose mientras abrían las mandíbulas. Merk miró hacia la fortaleza y vio que los Observadores se asomaban por las ventanas con las manos hacia el cielo mientras Lorna, de pie delante de ellos, irradiaba luz desde sus palmas hacia las nubes. Miró hacia abajo hacia los miles de troles que cubrían los acantilados rocosos de Knossos venciendo a los guerreros; un grupo de ellos se abalanzaba sobre él justo ahora. Era una escena calamitosa para los hombres de Knossos.

Pero en solo un momento todo cambió. Los dragones bajaron y, con sus garras extendidas, apuntaron hacia los troles haciéndolos pedazos antes de que pudieran llegar.

Se escucharon terribles gritos mientras partes corporales salían volando, mientras las largas garras cortaban a los troles como mantequilla arrojándolos por sobre las rocas y hacia el mar. Algunos de los dragones tomaron troles—dos, tres o cuatro a la vez—cargándolos hasta el cielo y arrojándolos sobre las rocas. Otros dragones bajaban y se comían a los troles vivos.

Los dragones volaron en círculo una vez más y, esta vez, hicieron retroceder sus alas mientras abrían sus grandes bocas y arrojaban un muro de fuego con un gran silbido.

Merk se preparó cubriéndose detrás de su escudo, sintiendo el calor incluso desde donde estaba mientras los dragones apuntaban hacia los miles de troles que cubrían el acantilado. Se escucharon los gritos de agonía de los troles incluso por encima del sonido de las llamas. Aquellos que no fueron afortunados de morir instantáneamente prefirieron darse la vuelta y saltar para morir en el mar.

Pero algunos troles sobrevivieron y estos, todavía en llamas, corrieron para tratar de resguardarse en Knossos. Algunos corrieron desesperados hacia Merk, quemándose pero con un instinto primitivo de supervivencia al no querer saltar al agua. Parecía un avance de muerte; claramente querían tomar a Merk y a los otros soldados para quemarlos también. La miseria quería compañía.

Merk se preparó. No estaba listo para morir y mucho menos de esta manera.

Mientras se acercaban, se hizo para atrás y pateó a los troles incendiando su bota; después se hizo hacia adelante y los apuñaló en el pecho. Los pateó una y otra vez manteniéndolos alejados hasta que finalmente pisó para apagar las llamas de su bota. A otros troles los golpeó con su escudo, peleando frenéticamente para mantenerlos alejados y evitar quemarse también.

Merk escuchó gritos a su alrededor y vio que algunos de los soldados de Knossos no fueron tan afortunados. Un trol en llamas logró tomar a uno, lo apretó en un fuerte abrazo y se lo llevó consigo

saltando por la orilla hacia el agua. Sus gritos se escucharon incluso al perderse de vista; fue un sonido que Merk quiso olvidar.

Merk vio a su líder, Vesuvius, en la isla de Knossos, rodeado de llamas y viendo por el acantilado, claramente temiendo caer. De manera oportunista tomó a dos de sus troles y los lanzó por el acantilado. Él saltó detrás de ellos.

Merk corrió hacia la orilla para verlos caer. Vesuvius giró a los troles en el aire y los utilizó como almohadillas asegurándose de caer sobre ellos, suavizando su caída con sus cuerpos mientras caían al agua. Sus troles murieron aplastados bajo su peso, pero Vesuvius nadó ileso. Merk apenas podía creer lo cruel y desalmado que era este líder, tan listo para matar a sus propios hombres como al enemigo. Merk pensó que sería un adversario formidable sin ningún sentido moral.

Los dragones volaron en un círculo más grande y bajaron hacia el agua. Volaron bajo sin temer a las lanzas de los troles que simplemente rebotaban en sus endurecidas escamas. Quemaron los barcos de los troles haciendo que se elevara vapor al encontrarse el fuego con el agua.

Fue una escena brutal y caótica. Un caos había sido reemplazado por otro.

Mientras se reducían las filas de troles atacando la isla, Merk vio una mirada de terror en el rostro de Lorna. A pesar de los intensos destellos de luz que emanaban de sus palmas, los dragones, terminando con los troles, se dieron la vuelta con ojos enrojecidos y apuntaron hacia la isla de Knossos. Merk sintió pavor al darse cuenta de que habían perdido el control de los dragones.

“¡Cúbranse!” les gritó Merk.

Fue muy tarde. Los dragones abrieron sus bocas volando hacia ellos imposiblemente rápido y, momentos después, un muro de llamas llenó el océano creando vapor y silbidos y dirigiéndose directamente hacia la isla de Knossos. Se abrió camino por la cara de la montaña y por la isla de piedra.

En tan solo unos momentos la mayoría de los guerreros de Knossos estaban quemándose, gritando y muriendo sin poder esconderse. Merk vio en pánico cómo un dragón lo descubría y volaba directamente hacia él. Se agachó con un reflejo primitivo y las garras del dragón derribaron su casco, haciéndolo rebotar en las rocas con un sonido metálico y hacia el agua. Pero de manera milagrosa Merk sobrevivió, escondiéndose detrás de su inmenso escudo que partía las llamas.

Merk vio que docenas más de dragones ya se dirigían a la isla y supo que, en solo momentos, todos los sobrevivientes que quedaban en la isla estarían muertos. Su estrategia había fallado. Se habían salvado de los troles solo para morir por los dragones.

Sin pensarlo, Merk se dio la vuelta y corrió. Vio a Lorna congelada y en pánico protegiéndose detrás de una saliente de piedra; la mayoría de los Observadores estaban muertos. A su lado estaba Thurn todavía peleando valientemente contra los troles a pesar de sus heridas.

Merk tomó a Lorna, la jaló y la obligó a correr con él.

Ella se volteó y miró a Thurn.

Él asintió.

“¡Corre!” le dijo él. “Es tu única oportunidad.”

“¡Solo si tú también vienes!” gritó ella.

Ella lo tomó de la muñeca y él empezó a correr con ellos cubriéndoles las espaldas.

Con los dragones acercándose, la isla en llamas y muertos por todas partes, corrieron por sus vidas. El corazón de Merk se aceleró al sentir a los dragones justo detrás de ellos mientras miraba en la distancia el otro extremo de la isla. Merk sabía que si tan solo pudieran llegar hasta la orilla del otro lado de la fortaleza, entonces llegarían a los acantilados que iban hasta el océano de verdad en vez de hacia las rocas filosas y corrientes traicioneras de la Bahía de la Muerte. Ahí podrían saltar con seguridad.

Un dragón bajó y quemó a docenas de guerreros que corrían junto a ellos, y el calor quemó el costado de Merk pero sin alcanzarlo completamente. Respiró agitadamente y sudó al darse cuenta de lo cerca que había estado.

Merk miró por sobre su hombro y vio que otro dragón venía directamente hacia ellos sabiendo que esta vez no erraría. Él y Lorna estaban a punto de morir.

Llegaron del otro lado de la fortaleza y, mientras se agachaban contra el muro de piedra, la columna de fuego pasó junto a ellos apenas errando.

“¡Ahí!” gritó Merk.

Corrieron hacia la orilla del acantilado y se detuvieron en la orilla mirando hacia abajo. El corazón de Merk se desplomó; era una inmensa caída de unos cien pies hacia las agitadas olas del océano. Tuvo razón en que no habría rocas, pero la caída no parecía prometedora.

Se paró, dudando. Odiaba las alturas y odiaba el agua. Thurn corrió detrás de ellos, se volteó y peleó contra varios troles que los venían siguiendo, girando su cadena con bola y matándolos antes de que pudieran alcanzarlos.

Merk se dio la vuelta y vio que los dragones ya venían de nuevo, sabiendo que quedarse allí sería una muerte segura. Uno ya empezaba a arrojarles fuego y Merk vio con horror cómo se acercaba la columna de llamas. Thurn, el guerrero más valiente que él jamás había visto, se paró orgulloso frente a ellos, protegiéndolos del dragón.

“¡SALTEN!” ordenó Thurn. “¡Ahora es su oportunidad!”

Lorna apretó la mano de Merk y él vio en ella una mirada de seguridad que le dio fuerzas. Saltaron juntos tomados de la mano.

El fuego apenas pasó encima de ellos mientras caían por la orilla del acantilado. Merk gritaba mientras caían y se agitaban por el aire hasta que finalmente cayeron al agua. Habían observado las olas y esperaba que Lorna hubiera calculado el salto bien hacia una ola inmensa que se acercaba. De otra manera, el agua sería muy poco profunda para ellos.

Cayeron justo en el centro de una gran ola que se acercaba. El agua estaba helada y la corriente era increíblemente fuerte. Al caer Merk sobre el agua, se preguntó si todos los huesos de su cuerpo estaban rotos.

Apretó la mano de Lorna bajo el agua mientras ambos pateaban y trataban de llegar hasta la superficie. Patearon juntos y Merk sintió que sus oídos estaban a punto de reventar, que extrañas criaturas pasaban por entre sus pies y que sus pulmones eran aplastados.

Finalmente y justo cuando pensó que se ahogaría, salieron a la superficie.

Merk jadeó tratando de respirar. Volteó en todas direcciones limpiándose el agua de los ojos. Cuerpos de hombres y troles flotaban todo en derredor, algunos todavía quemándose. Volteó hacia arriba y vio que los dragones bajaban hacia la isla de Knossos otra vez, atacando hasta que se convirtió en una gran caldera de fuego. Se salvaron por tan solo unos segundos.

Miró a Thurn de pie con nobleza allá arriba, atacando al dragón con su espada a pesar de estar en llamas. Pero finalmente vio que Thurn, aun quemándose, cayó de espaldas sobre el acantilado y hacia el mar. Cayó creando una gran nube de vapor y Merk no pudo distinguir si seguía vivo. No se imaginaba cómo ningún humano podría sobrevivir a eso.

Merk escuchó el horrible sonido de cientos de hombres buenos muriendo allá arriba y vio que los dragones, con las garras extendidas, bajaban y atacaban la fortaleza de Knossos haciéndola pedazos. Este lugar orgulloso y sagrado que había existido por miles de años estaba desapareciendo.

Mientras eran llevados por la corriente y por el impulso de las olas hacia el mar, Merk miró hacia las aguas tenebrosas y negras y se preguntó si eran incluso más peligrosas que en las que había viajado antes. Sintió que la contracorriente arrastraba todo hacia las profundidades, vio las aletas de extrañas criaturas en el mar, y sintió que se hundía.

Y entonces, justo cuando pensaba que no podría ser peor, volteó hacia arriba y vio que varios dragones los habían descubierto. Se separaron de la manada y bajaron directamente hacia su posición.

Rugieron creando una columna de fuego que se extendió justo hacia ellos. Merk ya podía sentir el calor. Paradójicamente iban a ser quemados vivos en estas aguas congeladas.

Se apretaron las manos preparándose para lo que venía, y Merk no pudo evitar pensar: *Que horrible manera de morir, entre la furia de las llamas y el agua.*

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Kyle corría al lado de Andor y Leo por el destrozado territorio de Escalon, dirigiéndose al norte y determinado a alcanzar a Kyra antes de que volara hacia Marda. No podía quitarse de la mente la imagen de ella volando sobre el dragón ni quitarse la sensación de verla volar hacia un lugar del que nunca regresaría.

Kyle corría con todas sus fuerzas, tan rápido que parecía una mancha borrosa sobre el campo, corriendo más rápido que Andor y Leo y que cualquier otro humano. Estaba determinado a detenerla de entrar a Marda, un lugar del que él sabía las personas no sobrevivían. Incluso con sus habilidades, sabía que Kyra no estaba preparada para enfrentarse a esa clase de maldad.

Pero también tuvo que admitir que tenía otra razón más profunda para alcanzarla. No podía negar lo que había sentido desde el primer momento que puso sus ojos sobre ella. Estaba enamorado de ella. Lo sabía con cada fibra de su persona. Ella era la chica que había estado viendo en su mente desde que había nacido hace cientos de años, la chica con la que estaba destinado a estar. Sabía que sería ella la que lo cambiaría todo.

Kyle no dudaría en sacrificar su vida para estar con ella. No podía explicarlo, pero desde la primera vez que la vio supo que sus destinos estaban entrelazados. Ella era a la que había estado esperando por miles de años. El solo pensar en perderla lo destrozaba por dentro. Haría todo lo que fuera necesario, incluso si se trataba de entrar en las partes más oscuras de Marda y pasar caminando por Las Flamas mismas con el fin de traerla de vuelta.

Kyle reflexionó en lo afortunado que había sido al poder salvarla de esa batalla masiva contra los Pandesianos y troles, y en lo afortunado que había sido de sobrevivir él mismo gracias a la intervención de los dragones. Sintió que algo monumental estaba cambiando en el universo, que estaban al borde de hacer historia, que el mundo estaba a punto de ser salvado o destruido para siempre. Y no pudo evitar sentir que Kyra estaba en medio de todo esto. Después de todos estos siglos, el Advenimiento Final por fin había llegado. Era el suceso del que había escuchado cuando era niño y que creía nunca llegaría. Se trataba de los días en los que el cielo se tornaría oscuro por los dragones, los océanos escupirían fuego y en los ríos correría sangre. Recordó las profecías y recordó preguntarse si solo se trataba de mitos. Pero ahora, al mirar a su alrededor y ver la destrucción en Escalon, supo que no se trataba de mitos.

Kyle continuó corriendo pasando aldeas quemadas por completo, pilas de cuerpos, y una tierra que había sido hermosa ahora hecha trizas. Saltó sobre grietas en la tierra, agujeros que habían quedado después de que los dragones bajaran con sus garras. Atravesó bosques negros y torcidos llenos de ceniza. Pasó por una tierra que apenas reconocía, tan rápido como la velocidad de la luz. Sabía que Marda estaba justo adelante, y entonces redobló sus esfuerzos.

Pero mientras se acercaba a Las Flamas, sintió algo dentro de él y tembló al saber que era una premonición. Fue como un pulso o una vibración, algo que lo jalaba en dirección contraria. Al avanzar esto se hizo más fuerte, tan fuerte que no pudo ignorarlo, como el sonido de una campana que no podía dejar de escuchar.

Consternado, Kyle se dio la vuelta mirando hacia el oeste y preguntándose de qué se trataba. En esa dirección, en algún punto en el horizonte, estaba la Torre de Ur. Al mirar, lo sintió de nuevo pasando por sus venas. Era una llamada de angustia; una urgente llamada de ayuda.

Kyle se detuvo al no estar seguro de qué hacer. Miró hacia el norte sabiendo que Las Flamas estaban justo detrás del horizonte, y que detrás de ellas estaba Kyra. Pero todo dentro de él también lo incitaba a que fuera al oeste. Uno de sus hermanos estaba en grave peligro, un peligro que él no podía ignorar.

Para Kyle esto no tuvo sentido. La torre había sido destruida. ¿Quién podría estar en el oeste en la Torre de Ur? ¿Cuál era el peligro?

A pesar de que fue agonizante, Kyle no tuvo elección. Dejó de correr hacia Marda y en su lugar se dirigió hacia el oeste. Alguien detrás de esas colinas necesitaba su ayuda—alguien relacionado con Kyra—y él no podía abandonarlo.

*

Kyle pasó corriendo una serie de colinas ondulantes y, al subir por la última de ellas, se detuvo perplejo al ver lo que había del otro lado: ahí, frente al sol poniente, había una nación de troles inundando el territorio. El corazón de Kyle subió hasta su garganta. Esto solo podía significar una cosa: Las Flamas habían sido bajadas. Vesuvius debió haber cruzado el Dedo del Diablo. Debió haber alcanzado a Merk llegando a la Torre de Kos antes que él. Por fin había robado la Espada de Fuego.

Y lo que fue peor, ahí, abajo en el valle, Kyle vio a un pequeño grupo de personas defendiéndose frente a la torre destrozada. Parpadeó confundido, preguntándose de quién se podía tratar hasta que reconoció a uno: Kolva, el tío de Kyra, un compañero Observador, uno de los Observadores legendarios de todos los tiempos peleando contra los torres; y completamente rodeado. Detrás de él estaban dos personas que Kyle no reconoció, y los tres estaban a punto de morir. Ahora Kyle entendía por qué había sido invocado allí.

Sin pensarlo, Kyle bajó corriendo por la colina con Andor y Leo a su lado. Se abalanzó contra los troles corriendo más rápido que nunca, levantó su bastón y, al llegar con el enemigo, puso el bastón de lado e impactó contra las filas de los troles.

Salieron destellos de su bastón mientras docenas de troles eran derribados. Golpeó una y otra vez con golpes tan poderosos que docenas más de troles volaron cientos de pies en el aire. Junto a él, Leo y Andor gruñeron y saltaron en el aire, encajando sus colmillos en los troles que estaban a los lados y haciéndolos pedazos mientras cuidaban la espalda de Kyle.

Kyle se abrió camino por entre la sorprendida nación de troles hasta que finalmente hizo espacio para llegar al lado de Kolva y sus dos compañeros. Saltó hacia adelante y golpeó a un trol justo antes de que apuñalara a Kolva, mientras que Leo y Andor saltaron sobre las espaldas de dos troles antes de que golpearan con alabardas a los otros dos, salvándolos justo a tiempo.

Pero Kyle no tuvo tiempo de recuperar el aliento. Se dio la vuelta y vio que llegaba otro grupo de troles. Giró su bastón una y otra vez golpeando a troles a diestra y siniestra. Saltó sobre tres de ellos, pateó a una docena más hacia el suelo, y entonces giró golpeando a una docena más. Peleó como un hombre en llamas determinado a salvar la vida de sus amigos, a hacer retroceder a estas bestias, a

proteger su tierra natal, y a derribar a todos los troles que pudiera. El perímetro se hacía más grande con cada impacto.

Pronto ya había derribado a cientos de ellos.

A su lado, Kolva recuperó el aliento y peleó valientemente también junto con sus dos compañeros. Kolva sostenía su bastón con pericia atacando a docenas de troles, mientras el hombre y la mujer tomaban mayales del suelo y los giraban salvajemente, matando a docenas más. Todos parecieron verse aliviados al ser rescatados, al tener una segunda oportunidad de vida, y Kyle se sintió satisfecho al haber escuchado sus instintos viniendo hasta aquí.

Kyle sintió que ganaba impulso. Juntos crearon un perímetro más grande alrededor de la Torre de Ur y se sintió optimista al pensar que tal vez tendrían la oportunidad de hacer regresar a este ejército a Marda, que tal vez podrían defender Escalon. Después de todo, este era el verdadero frente en su tierra natal, en donde se pelearía la verdadera guerra.

Pero mientras peleaba, se escuchó un cuerno siniestro incluso por sobre los gritos de los troles muriendo, y al darse la vuelta, Kyle se quedó horrorizado con lo que vio: cientos de árboles cayeron con un gran estruendo mientras el bosque se abría todo en derredor. Decenas de miles de troles más salían de este.

Kyle sintió un escalofrío; no había manera de pelear contra todos esos troles.

Kyle giró su bastón una y otra vez matando a troles por docenas, pero incluso al hacerlo, sabía que todo era en vano. Este no era cualquier ejército; era una nación entera. Se había lanzado en defensa de Kolva tan solo para caer en la muerte él mismo.

Mientras peleaba, Kyle sintió que empezaba a debilitarse. Sus golpes tenían menos poder y los troles se estaban acercando. Lo rodeaban cada vez más por todos lados y, para su sorpresa, sintió un terrible dolor en el hombro y entonces se dio cuenta de que un trol se había acercado lo suficiente para cortarlo con su alabarda. Kyle mató de inmediato al trol golpeándolo en la frente con su bastón, pero esto no cambió el hecho de que Kyle ahora era vulnerable. Su aura de invencibilidad estaba desapareciendo con rapidez.

Mientras miles de troles seguían saliendo del bosque en estampida, Kyle vio que su muerte se asomaba. Escuchó un grito y miró con horro a Kolva cayendo de rodillas y con una alabarda en el estómago. Miró con impotencia cómo Kolva empezaba a morir.

El hombre y la mujer a su lado cayeron también, cada uno derribado por la empuñadura de la alabarda de un trol y sin poder hacer nada más que esperar sus muertes. Incluso Leo y Andor estaban rodeados ahora; la multitud se había vuelto muy densa para poder pelear y empezaron a chillar al recibir heridas.

Kyle, jadeando por aire, sabía que miraba a la muerte a la cara. Después de todos estos siglos, su tiempo había llegado. Y su pensamiento final no fue de remordimiento por morir; tan solo se lamentaba porque no podría volver a ver el rostro de Kyra.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Kyra caminaba con cautela dentro del bosque negro, agachándose bajo las grandes espinas, nerviosa, entre la oscuridad penetrante y un sentido opresivo de maldad. Estaba tan oscuro que parecía ser de noche, y el crepúsculo apenas era capaz de penetrar el dosel de ramas torcidas. Bajo sus pies, el suelo lleno de cenizas y de ramas muertas y retorcidas crujía de manera extraña, incrementando el sentimiento de muerte.

Kyra observó por entre el bosque denso tratando de poder reconocer algo. Los árboles estaban llenos de enredaderas que giraban y se estiraban en todas direcciones, pasando por entre las ramas y con espinas de casi el tamaño de ella. Al caminar, el dosel bajó tanto que en algunos lugares se tuvo que agachar. El bosque se volvía tan angosto que las ramas y las espinas invadían la vereda arañándole los brazos.

Kyra escuchaba un ajeteo continuo dentro de la espesura, criaturas moviéndose y poniéndola nerviosa. Alcanzó a ver ojos amarillos y rojos brillantes escondiéndose en la oscuridad, mirándola. Ella apretó su bastón esperando un ataque en cualquier momento, sintiendo como si caminara por los rincones más oscuros del infierno.

Kyra siguió caminando con su corazón acelerándose a cada paso, preguntándose a dónde la llevaría esta vereda hasta que finalmente vio adelante un resplandor tenue. Escondido detrás de las ramas, era como el brillo de una antorcha o una fogata, tan débil que aparecía y desaparecía. Se sintió atraída hacia este, siendo lo único diferente en medio de la oscuridad. La animaba a seguir caminando y continuar por la vereda. Mientras avanzaba, sintió que sus pies se hundían en tierra suave y fangosa debajo de ella, en algo que parecía ser musgo hasta sus tobillos.

De repente escuchó un sonido y se dio la vuelta levantando su bastón encontrándose con una criatura negra y fantasmal flotando en el aire. Parecía un fantasma o un demonio, completamente negra y con ojos grises. Mientras esta flotaba detrás de ella, ella la golpeó con su bastón. La criatura dejó salir un aullido horrible antes de desaparecer en el aire y entre los matorrales.

Inquieta y con el corazón acelerado, Kyra se dio la vuelta y siguió por su camino, adentrándose más y más en el bosque. Sintió algo diferente debajo de sus pies, algo crujiendo, y descubrió que estaba parada sobre un rastro de huesos. Escuchó un crujido y miró hacia arriba hacia los árboles, descubriendo los cuerpos colgantes de viajeros que se habían atrevido a ir hasta allí. Otros estaban encajados en ramas como trofeos. Era como caminar a través de un mausoleo.

Pronto la vereda se suavizó y Kyra sentía que se hundía de nuevo. La vereda aquí estaba fresca, sin tocar. Era territorio virgen. Claramente nadie había llegado tan lejos en el bosque antes. Supo que debía haber alguna razón.

Kyra siguió avanzando con el corazón acelerado hasta que finalmente dio vuelta por una esquina llegando a un claro. Aquí pudo erguirse por completo al ver que las ramas se elevaban unos treinta pies y el bosque abría camino. Adelante, tal vez a unas cien yardas de distancia, vio lo que definitivamente era el resplandor de una antorcha y se sintió aliviada.

Al acercarse al final de la vereda y hacia un muro de espinas, con el resplandor de la antorcha alcanzó a distinguir una figura; tal vez un hombre, tal vez algo diferente. Estaba de pie dándole la espalda, vestida con una capa negra con capucha y encorvada sobre la llama. Su sentimiento de nerviosismo creció. Podía sentir la maldad incluso desde donde estaba.

Kyra se quedó inmóvil, sosteniendo su bastón con fuerza y sintiendo latir su corazón. Se preguntaba por qué se había abierto el bosque, a dónde había llegado, y si alguna vez podría salir. La persona enfrente de ella era definitivamente algún tipo de criatura; poseía una intensa energía espiritual que le hacía sentir un escalofrío de advertencia. Sintió que era un maestro espiritual, uno del lado oscuro. Pero peor aún, pudo sentir que era más poderoso que ella.

Una voz profunda cortó el silencio.

“Kyra, la grandiosa, ha venido finalmente hasta mi morada.”

La voz era oscura y grave, pareciendo más la voz de una criatura que la de un hombre, y esto la hizo estremecerse. Esta seguía dándole la espalda, incrementando su temor.

La criatura se dio la vuelta lentamente, y Kyra sintió terror al ver que tenía el cuerpo de un hombre, pero la cabeza de una cabra y pezuñas afiladas en vez de manos. Miró a Kyra y sonrió con una sonrisa malvada. Él era la cosa más grotesca que ella jamás había visto, y al escucharlo hablar, su estómago se volvió un nudo.

“Tu madre no está aquí para protegerte ahora, ¿no es así?” preguntó él.

Al hablar, una lengua larga como de serpiente se asomó por su boca.

“No. Ahora estás en Marda, en el Matorral de Espinas. Aquí nadie puede protegerte. Has venido a un lugar al que nunca debiste haber venido; y sin invitación. ¿De verdad pensaste que el Bastón de la Verdad estaría desprotegido? ¿De verdad pensaste que podrías entrar caminando a este lugar y robárnoslo?”

Él rio con un sonido tenebroso y estridente. Kyra trató de controlar su respiración, de calmarse, de concentrarse en su oponente enfrente de ella.

“He estado haciendo guardia por miles de años,” continuó él, “y lo he protegido de personas mucho más poderosas que tú. *Tú*,” dijo con escarnio, “una chica indefensa con unos cuantos poderes que ni siquiera puedes entender.”

Kyra se estremeció pero se obligó a mantener la postura, a mantener su posición y a hablar con firmeza.

“Siento que el arma se encuentra detrás de ese muro,” dijo ella, impresionada por la fuerza en su voz que no coincidía con sus miedos interiores. “Solo te lo diré una vez: hazte a un lado ahora, o te mataré.”

Él se rio con un sonido horrible que ella sintió hasta el alma.

“Palabras valientes de una chica aterrada,” respondió. “Puedo sentir tu miedo incluso desde aquí. Casi puedo saborearlo. Y *deberías* tener miedo. Deberías tener *mucho* miedo. Dale una mirada a mis pies.”

Ella miró hacia abajo y miró, a sus pies, una pila de hueso, algunos antiguos y algunos frescos, y su temor creció.

“Ellos también pensaron que eran más fuertes que yo,” dijo él. “Tus huesos serán una deliciosa merienda. De eso estoy seguro.”

Al escucharlo, Kyra sintió que esto era más que un enfrentamiento. Esto era una prueba, una prueba que tendrá que pasar con vida o con muerte.

De repente la criatura hizo una señal y levantó sus pezuñas y, al hacerlo, Kyra escuchó un chillido horrible. Desde los matorrales salieron volando cuatro criaturas temibles con apariencia de búhos pero con garras el doble de largas, colmillos afilados, y casi tan grandes como ella. Sintió una oleada de pánico pero supo que debía mantener su fortaleza, elevarse por sobre su miedo y por sobre cualquier emoción si deseaba ganar. Descubrió que esta no era una prueba de sus habilidades, sino de su fuerza interior, de sus poderes, de su control sobre su mente.

Kyra se enfocó en las criaturas enfrente de ella. La primera se abalanzó sobre ella apuntando sus garras hacia su rostro, y ella giró su bastón golpeándola en la nariz. Cayó al suelo con un chillido.

Kyra se agachó mientras otra volaba por encima de su cabeza, después se dio la vuelta y golpeó a esta en las costillas, derribándola y haciendo que se deslizara por el suelo.

La tercera atacó a Kyra por detrás, rodeándola y rasgándole la espalda. Ella gritó de dolor al ser tomada con la guardia baja; pero se recuperó rápidamente cayendo de rodillas, rodando por el suelo, y entonces saltando y golpeando a la criatura en el rostro. Esta chilló y cayó a sus pies.

La última criatura seguía volando y, mientras chillaba y se lanzaba sobre ella, ella tomó su bastón, dio un paso lateral, y golpeó a la criatura en la garganta. Esta cayó muerta a sus pies.

Kyra se sorprendió al escuchar un chillido detrás de ella, y entonces se dio cuenta muy tarde de que una quinta bestia había sido soltada. Esta la atacó antes de que ella pudiera reaccionar, la tomó de la camisa con las garras, y la levantó en el aire. Ella trató de golpearla mientras la cargaba, pero no podía alcanzarla.

La bestia la cargó hacia adelante tratando de estrellarla contra el matorral de espinas. Ella vio una espina grande y afilada a punto de atravesarle el pecho y, en el último segundo, ella se movió y chocó en su lugar contra el muro de lianas.

Supo que había sido afortunada mientras caía al suelo sintiendo dolor en todo su cuerpo. La bestia no le dio tiempo de recuperarse; le lanzó hacia abajo abriendo la boca y lista para terminarla.

Kyra se quitó rodando en el último segundo, se dio la vuelta, y agarró sus escamas viscosas y repugnantes con ambas manos. La mantuvo a distancia peleando con ella hasta que finalmente la empujó contra una de las espinas. Esta chilló al quedarse encajada por la boca. Finalmente se quedó colgando, muerta.

Kyra, agitada y adolorida, se dio la vuelta, tomó su bastón y se preparó para enfrentarse con la criatura que las había invocado.

Él la miró, frunciendo el ceño y claramente sorprendido.

“Impresionante,” dijo él. “Pero sigues siendo solo una chica. Y yo soy el todopoderoso Koo.”

Koo se bajó la capucha, dio un paso hacia adelante, y de repente apareció una bola de fuego en su mano. La lanzó hacia ella y, mientras el fuego se dirigía a su rostro, ella se agachó. La esquivó y esta quemó los árboles detrás de ella.

Él lanzó una bola tras otra. Ella siguió esquivando, invocando sus poderes, utilizando sus instintos para ser más rápida que las llamas. Estaba en un lugar de profunda concentración, un lugar en el que no estaba en completo control de su propio cuerpo o de sus propias acciones.

Logró esquivar todas sus bolas de fuego, pero pronto empezó a sentir el intenso calor detrás de ella. Todo en derredor el bosque ardía en llamas.

Furioso al no poder impactarla, la bestia de repente sacó un bastón negro lleno de espinas; un arma tenebrosa. Dio un paso hacia adelante y la encaró.

Gruñendo, trató de golpearla en la cabeza, pero ella levantó su bastón y lo bloqueó. Al hacerlo, las gruesas espinas del bastón se encajaron en su bastón, y él logró quitárselo de las manos.

Kyra se quedó allí, indefensa, horrorizada, despojada de su bastón. Él se burló de ella mientras arrojaba el bastón de ella al suelo. Entonces atacó levantando su bastón con picos y apuntando hacia su garganta.

Kyra lo esquivó sintiendo las espinas rozar su piel, dándose cuenta de lo cerca que había estado y lo rápido que había sido. Con el bosque quemándose detrás de ella, el tiempo se le agotaba y no tenía a dónde huir.

Él se lanzó sobre ella golpeándola en el estómago, y ella miró hacia abajo descubriendo una cuchilla en la orilla de este. Antes de que pudiera esquivarlo, la había apuñalado en el vientre.

Kyra jadeó, sorprendida y cegada por el dolor. Por un momento no pudo respirar y todo su mundo se volvió oscuro.

Cayó de rodillas en el piso suave del bosque, y él encajó la navaja más y más profundo en su estómago. Sintió que las lágrimas empezaban a salir; lágrimas de dolor, lágrimas de fracaso, lágrimas de sorpresa. Nunca se había esperado el morir así.

Kyra miró hacia arriba y vio que él sonreía satisfecho, empujando la navaja y dándole vuelta en su estómago, y entonces supo que estaba a punto de morir de una manera horrible. Pensó en lo horrible que era este lugar para morir, un lugar en el que nunca nadie la encontraría. Se convertiría solamente en unos huesos más en el montón de huesos.

“Lo vez, Kyra,” gruñó Koo. “Nunca nadie me ha derrotado. Y nunca nadie lo hará. No eres lo suficientemente fuerte. *No eres lo suficientemente fuerte,*” insistió él.

Algo en sus palabras invocó algo dentro de ella. Odiaba que le dijeran de lo que no era capaz. Dentro de ella apareció un desafío, un deseo profundo de probar el error de otros. Toda su vida, siendo la única chica en una fortaleza de hombres, le habían dicho que no era lo suficientemente buena.

No lo suficientemente fuerte.

Las palabras le dieron vuelta en la cabeza. Ella sabía que no existía la derrota a menos que tú la aceptaras. A menos que tú *eligieras* creer y aceptar no ser lo suficientemente fuerte. Y ella se rehusaba a aceptarlo. Sabía que podía elevarse sobre la derrota. Ella podía ser tan fuerte como lo quisiera, tan fuerte como ella *creyera* poder serlo.

Kyra sintió un calor creciendo en su interior. Era un calor de rechazo, de rechazo a la muerte, de rechazo a la debilidad. Ella no merecía morir. Por primera vez en su vida sintió que era verdad. ¿Quién tenía el derecho de decir que ella merecía morir? La vida era su derecho.

De repente, Kyra sintió que empezaba a cambiar, sintió que los papeles empezaban a voltearse. En vez de sentirse más débil, sintió que ganaba energía. En vez de dolor sintió que se elevaba por encima del dolor. Sorprendentemente, sintió que se volvía más fuerte.

El dolor no es más que dolor, se dijo en su mente, un mantra en su interior. Y cuando perdemos el miedo al dolor, no hay nada que alguien pueda hacer para herirnos. Cuando no le tememos al dolor, no le tememos a nada. Si aceptamos el dolor, dejamos de resistirlo, nos elevamos sobre él, somos todopoderosos. Sin límites.

Kyra entonces estiró la mano y tomó el bastón de espinas. Las espinas le lastimaron la mano y empezó a sangrar por los dedos, pero ella rehusó prestar atención. En vez de eso, apretó con fuerza el bastón y empezó a sacarlo de su cuerpo.

El monstruo la miraba sin poder creerlo mientras ella sacaba la navaja lentamente y con manos temblorosas. Finalmente terminó de sacar el bastón y lo arrojó al suelo.

Se paró erguida, obligándose a levantarse orgullosa y fuerte, y encaró al monstruo. Se sintió más grande que el dolor. Supo que había llegado a un nuevo nivel de sus poderes, el nivel al que había tenido más miedo de enfrentarse, y que nada en el planeta podía lastimarla ahora.

Kyra puso ambas manos sobre la herida en su estómago, cerró los ojos, y respiró. Respiró profundamente, vio luz blanca pasando por sus venas hacia la herida, y sintió un poder curativo siendo invocado desde lo más profundo de ella.

Ni siquiera necesitó mirar hacia abajo al abrir los ojos. Sabía que su estómago estaba completamente curado. De hecho, se sintió más fuerte que antes.

El monstruo se quedó mirando, completamente impactado y boquiabierto.

Kyra no le dio a Koo la oportunidad de recuperarse. Avanzó y lo pateó con ambos pies en el pecho.

El monstruo se tambaleó hacia atrás hacia las ramas y se encendió al encontrarse con llamas todo en derredor.

“Rechazo tu sentencia de muerte,” dijo Kyra sintiéndose más fuerte que nunca, sintiendo como si hubiera vencido algo dentro de ella. “Yo merezco la vida.”

La criatura, furiosa, se puso de pie gritando y se lanzó sobre ella.

Pero esta vez, Kyra se sintió más grande que ella misma. Mientras la bestia se abalanzaba, Kyra sintió que el calor interior la consumía, y esta vez dejó que este tomara el control. Sintió que se llenaba con un poder que ella apenas podía entender, y entonces pudo hacer cosas que nunca antes había podido hacer. Dando un paso lateral para esquivar su ataque relámpago, lo golpeó en el rostro con su bastón derribándolo de espaldas hacia el suelo.

Él se puso de pie rápidamente y saltó en el aire hacia ella. Pero ella fue más rápida y pudo anticiparlo. Dio un paso hacia adelante y lo golpeó en el estómago, dejándolo de espaldas sobre el suelo otra vez.

Este giró en el suelo, tomó su bastón y se puso de pie atacándola salvajemente. Pero Kyra retrocedió esquivándolo con facilidad, sintiéndose más rápida y fuerte. Él levantó el bastón con ambas manos preparándose para golpearla en el cuello, pero ella se lanzó hacia adelante y lo impactó en la garganta.

Soltó su bastón de espinas y, esta vez, ella lo tomó antes de que cayera. Koo se quedó inmóvil, desarmado, sorprendido e indefenso. Ella se lanzó hacia adelante y le atravesó el corazón con su propio bastón.

Koo jadeó escupiendo sangre mientras la miraba con total sorpresa.

Entonces cayó de rodillas, muerto.

Mientras lo hacía, el muro final de espinas se abrió con el fuego aun rugiendo a su alrededor.

Kyra pasó por la abertura justo antes de que el fuego consumiera el bosque por completo.

Había ganado. La victoria era suya.

Kyra se encontró estando de pie en una saliente, en una pequeña meseta en lo alto de un acantilado. El horizonte se despejó, el cielo brilló con un crepúsculo rojo escarlata y, por primera vez, todo el paisaje de Marda quedó descubierto frente a ella. Vio una inmensa ciudad extendiéndose frente a ella, una megalópolis. Era una ciudad de muerte, con contornos de tonos de negro.

Y en algún lugar ahí abajo ella sabía, simplemente lo sabía, estaba el Bastón de la Verdad esperándola.

CAPÍTULO TREINTA

Duncan salió del cañón junto con Kavos, Bramthos, Seavig, Anvin y Arthfael y varios cientos de sus hombres. Se sintió honrado al ver que todos estaban ansiosos de unirse a la misión más difícil de su vida. Cuando por fin estuvieron en el desierto, Duncan vio que en el norte y a campo abierto estaba el masivo ejército Pandesiano. Acampaban ahí como un mar de negro en el horizonte, con las banderas al viento y creando una silueta en el amanecer. Había llegado la hora de arriesgarlo todo, de incitarlos a venir a campo abierto y de atraerlos con un señuelo de nuevo hacia el cañón.

Duncan sabía que la misión era temeraria. Sus oportunidades de atraerlos al cañón eran muy limitadas; si los atacaban antes de atraerlos abajo, seguramente no sobrevivirían. Y sus probabilidades de poder salir por el otro lado del cañón después de atraerlos eran todavía más limitadas. Pero era algo que tenía que hacer. Atraer a los Pandesianos hacia el fondo del cañón era la única manera, y si tenía que morir ahogado en el fondo con ellos valdría la pena.

Duncan guio a sus hombres marchando por los páramos hasta que finalmente les hizo una señal. Se detuvieron completamente alineados en perfecta disciplina y sus armaduras hicieron un ajeteo en el silencio del amanecer. No se escuchó ningún otro sonido más que el de un buitre volando en lo alto y seguramente anticipando el festín. Duncan levantó su mano pidiéndoles silencio a todos y ellos se quedaron mirando a Duncan fijamente mientras este examinaba el horizonte. Estaba determinado a no cometer ningún error.

Duncan observó el horizonte y alcanzó a ver el contorno negro. Alcanzó a ver banderas Pandesianas moviéndose con el viento hasta donde podía alcanzar a ver. Examinó el cielo y vio que los dragones ya se habían ido, y supo que los Pandesianos se habían reagrupado y se preparaban para atacar de nuevo. Por supuesto que lo harían: Ra nunca olvidada a un enemigo.

Como Duncan lo esperaba, en solo momentos se escuchó el sonido de un cuerno. Después vino otro y uno más, y todos los cuernos Pandesianos hicieron eco por entre sus filas. Eran cuernos diseñados para intimidar, cuernos que habían sido usados para eliminar a todos en el Imperio, en cada pueblo y en cada país, mientras los Pandesianos aplastaban a todo el que pusiera resistencia. Eran cuernos que le daban fuerza al ejército Pandesiano, que animaban a la gran bestia a avanzar.

Y eso era exactamente lo que Duncan quería.

El ejército Pandesiano empezó a marchar con un gran estruendo, extendiéndose por todo el horizonte y dirigiéndose hacia Duncan y sus hombres. Duncan sintió que su corazón empezaba a acelerarse al ver a la muerte acercándose. Deseaba que se acercaran más.

“¡Mantengan la línea!” ordenó Duncan al sentir el nerviosismo de sus hombres.

Ellos lo escucharon. Vio que algunos de sus soldados más jóvenes se movían en su lugar. Necesitarían más disciplina para esto, disciplina para mantener la línea, para encarar a un ejército mucho más grande en campo abierto, para dejar que se acercaran. Necesitarían más disciplina que la que nunca habían tenido en sus vidas.

Duncan los espero mientras el ejército se acercaba más con cada paso y con el desierto tornándose negro por los soldados. El sonido de los elefantes se elevaba sobre todo seguido del sonido de los caballos. A esto le seguía el sonido de los soldados marchando y, finalmente y mientras se acercaban, el sonido de las banderas agitándose violentamente en el viento del desierto.

Al acercarse, Duncan pudo ver el hambre en sus ojos, su sed de sangre. También pudo ver la codicia: para ellos, la presa estaba indefensa frente a ellos. Debieron haber asumido que Duncan venía a rendirse.

Duncan vio que más de sus hombres empezaban a ponerse inquietos mientras el ejército Pandesiano estaba ya a cien yardas.

“¡MANTENGAN LA LÍNEA!” gritó.

Sus hombres dejaron de moverse y se quedaron de pie, valerosos, ante la muerte que se acercaba. Duncan se sintió orgulloso de ellos. Debían dejar que el ejército mucho más grande se acercara. Debían apelar a su sentido de codicia. En su experiencia, los ejércitos siempre avanzaban de más al ver una presa fácil. Esto cegaba su juicio.

Finalmente, cuando los Pandesianos estaban a cincuenta yardas de distancia, el corazón de Duncan saltó en su pecho mientras gritaba:

“¡RETIRADA!”

Todos los hombres se dieron la vuelta y corrieron de vuelta al cañón. Duncan quería que los Pandesianos pensaran que había cambiado de opinión y ahora corría aterrado.

Funcionó. Como lo esperaba, detrás de él se escuchó una gran estampida, el gran estruendo de elefantes y caballos. Se estaban acercando, persiguiéndolos, casi más rápido que sus propios hombres.

Duncan jadeaba por aire mientras él y los otros llegaban a la orilla del cañón y empezaban a bajar. Resbalaron y se deslizaron por la pared empinada, navegando por el peligroso terreno hasta que finalmente llegaron al fondo del cañón. Duncan volteó la cabeza y vio que el ejército Pandesiano seguía persiguiéndolo, llegando a la orilla del cañón y mirando hacia abajo con sangre en sus ojos, antes de continuar la persecución bajando a pie por el cañón.

“¡HACIA EL OTRO LADO!” exclamó Duncan.

Sus hombres corrieron con él por el fondo del cañón y Duncan miró por sobre su hombro que, tal y como lo había deseado, los Pandesianos seguían bajando y llenando el cañón.

Al haber logrado ese objetivo, Duncan supo que la primera parte había tenido éxito. Pero ahora venía la parte más complicada: tenía que atravesar corriendo todo el cañón con sus hombres y subir por el otro lado.

Duncan llegó hasta el muro opuesto y sintió las rocas resbalosas con sus manos llenas de sudor. Miró hacia atrás con el corazón acelerado y vio que los Pandesianos se acercaban con victoria y sangre en sus ojos.

“¡SUBAN!” gritó.

Duncan empezó a subir junto con sus hombres y su corazón se aceleró al darse cuenta de lo arriesgado que era. Miró hacia arriba y vio la empinada subida delante de ellos, y sabía que un solo resbalón significaría caer en los brazos de la muerte. Se preguntó si lo lograrían.

Y lo que era peor, si Aidan y los hombres de Leptus fracasaban, si no llegaban a Everfall y no podían inundar el cañón, entonces el ejército los mataría a todos. Y si lograban inundar el cañón pero Duncan y los hombres no podían subir a tiempo, entonces él y sus hombres se ahogarían también

Duncan de repente escuchó el sonido de metal golpeando la piedra, y se dio vuelta en alerta viendo a los Pandesianos ya muy cerca y con sus lanzas levantadas. Las lanzaban hacia ellos y una pasó justo al lado de Duncan, golpeando la roca al lado, y al ver todo lo que les faltaba por escalar, se dio cuenta de que morirían de una forma más horrible de la que había pensado.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Alec se encontraba en la proa del barco, tomando la barandilla con una mano y la Espada Incompleta con la otra. El rocío del océano lo golpeaba en el rostro mientras su gran barco se levantaba y caía sobre las aguas turbulentas de la Bahía de la Muerte. Sintió un nudo en el estómago al volver a entrar a su tierra natal, sintiendo terror al volver a entrar a Escalon después de la invasión. Sabía lo que lo esperaba, y sintió como si navegara hacia su muerte.

La Bahía de la Muerte tampoco lo ayudaba a relajarse. Nunca había estado en una masa de agua ni remotamente parecida a esta, con sus aguas negras marcadas por la espuma blanca en los remolinos que lanzaban agua hacia todos lados con el viento. Las corrientes eran salvajes e impredecibles, lanzando su barco de un lado a otro y después arriba y abajo. Chocaban con una ola tras otra y apenas si era capaz de mantenerse en pie.

Alec miró hacia atrás y se consoló al ver la flota de las Islas Perdidas siguiéndolos, todos ellos navegando por días para cruzar el Mar de las Lágrimas. A su lado estaba su líder, mientras del otro lado estaba Sovos, y todos miraban con intensidad hacia las aguas mientras se aferraban a la barandilla, sabiendo que la vida o muerte dependían de mantener el equilibrio.

Alec miró hacia adelante y lo que vio hizo que se le helara la sangre. El cielo estaba lleno de dragones que chillaban y bajaban y subían una y otra vez, escupiendo fuego hacia el mar y rodeando la isla de Knossos, la fortaleza legendaria. La cubrían completamente con llamas y la golpeaban con sus garras como tratando de hacerla trizas.

Alec miró cómo un dragón bajaba y destrozaba una sección completa de la fortaleza con sus garras. A esto le siguió el gran estruendo de las rocas rodando por el acantilado hacia la bahía.

Abajo, en las aguas, la vista no era más tranquilizante: miles de troles flotaban muertos en el agua, cortados o quemados, mientras cientos de soldados gritaban y caían por el acantilado tratando sin éxito de escapar de la furia de los dragones.

Era una escena de caos y muerte. Alec miró la confusión y se preguntó qué había pasado. Al parecer, un ejército de troles había invadido y había atacado la pequeña isla de Knossos, y Alec se preguntaba por qué. Se preguntaba cómo es que los troles habían llegado tan lejos al sur.

Pero más que nada, se sorprendió al ver a los dragones. Nunca antes había visto a un dragón real en su vida, y no estaba seguro de que existieran hasta ahora. Se preguntaba cómo es que habían llegado a Escalon y de dónde habían venido. Se preguntaba cómo su amado país había cambiado tanto tan rápido. Se había ido apenas por algunas semanas, pero ahora la tierra estaba irreconocible y llena de monstruos y muerte.

Alec sintió que su temor crecía al ver el poder de estas bestias. Apretó la espada en su mano y la sintió vibrar, y la miró con la misma sorpresa de siempre. Ahora había empezado a brillar y parecía apuntar hacia el cielo; hacia los dragones.

Alec sintió una oleada de energía fluyendo por su mano, su muñeca, y su brazo, y se preguntó qué ocurría. ¿Podría un arma realmente dañar a un dragón? ¿Estaba él destinado a portarla? Al sostenerla, sintió como si los llevara hacia el corazón mismo de la destrucción y el caos.

De repente, Alec se dio cuenta de algo. Miró a Sovos.

“Esto no es un error,” dijo él. “Nos llevas directamente hacia los dragones.”

Sovos asintió en silencio sin dejar de mirar hacia adelante, y Alec se mortificó.

“¿Pero por qué? ¿Deseas matarnos a todos?”

Sovos lo ignoró.

“Se trata de la espada, ¿no es verdad?” preguntó Alec al poner las piezas juntas. Alec lo tomó del brazo. “¿Piensas que esta espada puede salvarnos?”

Sovos lo siguió ignorando y Alec sintió una oleada de miedo y coraje.

“¿De verdad piensas atacar a una manada de dragones con una sola espada?” preguntó Alec. “¿Y esperas que yo encabece ese ataque?”

Finalmente Sovos volteó a verlo.

“Tú eres la única esperanza que esperamos,” respondió con gravedad.

Alec escuchó un chillido espantoso, volteó hacia el cielo, y sintió aprehensión con solo pensarlo. Al mirar a las criaturas gigantescas que volaban en el cielo, esas bestias ancestrales y primordiales que habían vivido por miles de años, no pudo imaginarse cómo una simple espada podía hacer una diferencia, y ni siquiera rasgar la más pequeña de sus escamas.

Alec apretó la Espada con fuerza.

“¿Y si estás equivocado?” preguntó Alec tragando saliva.

Sovos negó con la cabeza.

“Si estamos equivocados,” dijo mirando sombríamente hacia el mar, “entonces todos moriremos. Nos encontrarán, ya sea en Escalon o en las Islas Perdidas. Huir no es una opción.”

Se volteó hacia Alec y le puso una mano en el hombro.

“Debes intentarlo, Alec,” le dijo. “La leyenda siempre dijo que la espada, una vez forjada, podría defenderse de un dragón. Ha llegado el momento de poner la leyenda a prueba.”

Alec se aferró a la barandilla mientras una ola inmensa pasaba por debajo del barco. Sintió que estaba a punto de vomitar al bajar repentinamente. El avance era doloroso al acercarse a la isla y a los dragones. Escuchó un golpe debajo y vio que en las aguas había montones de cuerpos, de humanos y troles, flotando boca arriba y llevados por la corriente. Era una escena macabra, una que Alec no quería recordar.

Las corrientes cambiaron fuertemente por un lado de Knossos, hacia la izquierda de la isla y pasando tras ella. Al hacerlo, Alec entrecerró los ojos y vio dos cuerpos en el agua agitándose en las corrientes torrenciales. A diferencia de los otros cuerpos, estos seguían vivos.

“¡Sobrevivientes!” gritó Alec. “¿Los ven?”

Los otros se amontonaron mirando hacia las aguas y finalmente los vieron también. Alec vio a un hombre de barba corta y con el rostro endurecido de un mercenario flotando al lado de la mujer más hermosa que jamás había visto. Esta extraña pareja se aferraban el uno al otro manteniéndose a flote; miraban hacia el cielo aterrados.

Alec miró hacia el cielo preguntándose de qué se trataba y, antes de que pudiera verlo, escuchó un rugido ensordecedor. Miró aterrado hacia arriba y vio a un dragón inmenso dirigiéndose hacia ellos. Extendía sus garras y abría su boca revelando filas de dientes afilados, algunos de ellos más grandes que Alec.

Alec se quedó inmóvil, temblando y obligándose a vencer su miedo. Sintió que la Espada pulsaba en su mano, y esto le dio fuerzas. Sabía que esta era su oportunidad, el momento de mostrar valentía, el momento de vivir o de morir; el momento de salvar a estas personas.

Mientras navegaban acercándose al dragón, sintió que él, el forjador de la Espada, era el único que podía portar el arma y cambiar el destino de Escalon.

“Todos morimos,” dijo Sovos mirándolo con sus ojos azules penetrantes, brillando con adrenalina y terror. “La pregunta es, ¿cómo? Este es tu momento de decidir. ¿Morirás valientemente? ¿O te arrodillarás frente a la muerte como un cobarde?”

Alec se quedó de pie sintiendo el poder de la Espada pasando dentro de él, por sus brazos y por todo su cuerpo, y se dio cuenta de lo descabellado que era todo esto. Él, un simple muchacho de una pequeña aldea, un don nadie, peleando contra un dragón con una simple espada.

Pero mientras el dragón bajaba, sintió en su corazón que no podía dejar que estas personas murieran. Tomó una decisión.

Corriendo hacia adelante, Alec se paró con un salto sobre la viga y hasta el borde de la barandilla, colocando cada pie en una estrecha franja de madera que le daba estabilidad, y encaró al enemigo. Las olas mojaban sus pies al estar parado con firmeza y en posición de ataque, elevándose sobre los demás y sosteniendo la Espada.

El dragón de repente lo miró y, olvidando a sus víctimas debajo, chilló furioso al alcanzar a ver la Espada. Cambió de curso y ahora se dirigía directamente hacia Alec.

Un momento después, arrojó una gran corriente de fuego.

Alec volteó la cabeza y levantó la espada preparándose para ser quemado vivo.

Pero de repente y para su sorpresa, las llamas se detuvieron en el aire. Se detuvieron como si hubieran chocado con una pared a veinte yardas de distancia; después desaparecieron.

El dragón se miró tan sorprendido como Alec.

Sin embargo continuó volando, rugiendo y abriendo su mandíbula todavía más. Extendió las alas por completo y voló cerca como listo para tragárselo. Pronto el dragón ya estaba muy cerca, y todo el mundo de Alec se oscureció bajo su sombra.

Alec supo que esta era su única oportunidad. Con el corazón acelerado y suprimiendo su miedo, dejó salir un gran grito de batalla y saltó del barco sosteniendo la Espada frente a él. Saltó

directamente hacia la boca del dragón y encajó la espada justo en su paladar, empujándola cada vez más dentro de su boca.

La sangre salió a borbotones mientras el dragón chillaba con un sonido horrible, creando una vibración que arrojó a Alec de su boca y hacia el agua.

Y mientras se agitaba en las aguas turbulentas de la Bahía de la Muerte, lo último que vio fue al gran dragón tan lleno de vida hacía unos momentos cerrando los ojos y cayendo hacia el mar a su lado; y a pesar de toda lógica posible, muerto.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Vesuvius se agitaba en las feroces aguas de la Bahía de la Muerte, jadeando por aire mientras las corrientes salvajes casi lo succionaban hacia abajo. Nadaba hasta la superficie después de que cada corriente lo jalaba hacia abajo y, exhausto y herido, supo que no aguantaría mucho. Alrededor de él flotaban los cuerpos muertos de su ejército de troles pareciendo una gran sepultura flotante.

Vesuvius escuchó un ajeteo y miró por sobre su hombro que se acercaba a un remolino con su espuma blanca visible sobre las aguas negras. En la otra dirección los dragones chillaban al bajar y elevarse, cruzando el cielo mientras respiraban fuego sobre las aguas y creando grandes nubes de vapor. La muerte lo esperaba en ambos lados.

Vesuvius no podía creer que se encontraba en esta posición. Apenas hace unos momentos sus hombres estaban invadiendo Knossos, acercándose a Lorna y a los guerreros y a punto de acabarlos y completar su victoria. Había estado muy cerca de conseguir su victoria, de destruir a lo que quedaba de los rebeldes, de descubrir qué más había estado guardando la chica en la torre, y de descubrir cómo mantener Las Flamas abajo para siempre. Todo esto había estado en la punta de sus dedos.

Pero entonces aparecieron los dragones y todo cambió. Había sido una masacre y él había sido afortunado de haber escapado con vida, saltando por el desfiladero y utilizando a sus troles para suavizar su caída. Pero ahora aquí estaba, sufriendo la primera derrota de su vida, flotando en el agua aferrándose a la vida y con todos sus sueños aplastados.

Aun así se rehusaba a morir. No moriría en este lugar. Vesuvius sabía que todavía le quedaba mucha muerte y destrucción que causar en el mundo, y su trabajo no estaba terminado. Ciertamente no moriría hasta que hubiera eliminado a todas las personas de Escalon. Tenía que hacer que cada uno de ellos pagara, y no permitiría que terminara así. Ya había estado en situaciones peores antes, y siempre había sobrevivido. La muerte era terrible; pero sabía que él era más terrible que la muerte.

Mientras Vesuvius empezaba a ser succionado por las corrientes del remolino, escuchó un grito, miró a su lado, y vio a algunos otros troles cerca que habían sobrevivido. Sus generales. Se habían mantenido a su lado con lealtad a cada momento, determinados a protegerlo y a ayudarlo lo mejor que pudieran. Al verlos, Vesuvius tuvo una idea.

Se dio la vuelta y tomó a un general, empujándolo y lanzándolo hacia el remolino en su lugar. El general gritó mientras las aguas empezaron a succionarlo hacia abajo, con una mirada de impacto y traición en el rostro. Al mismo tiempo y mientras empezaba a hundirse, Vesuvius se inclinó hacia atrás y lo pateó, utilizando el impulso para enviar al general hacia el agujero y para empujarse él mismo fuera de la corriente del remolino.

El movimiento le dio a Vesuvius el impulso que necesitaba para poder nadar lejos de las corrientes. Nadó con furia y en solo unos momentos ya estaba fuera de peligro. Escuchó los gritos apagados del general y lo miró hundirse para siempre. Al menos el trol había muerto cumpliendo con su deber.

Vesuvius, agitándose salvajemente en las aguas, fijó la vista en la costa rocosa adelante del otro lado de la bahía, en donde muchos de sus trols salían muertos del mar. Pateó con todas sus fuerzas y logró asirse de un gran pecio. Finalmente podía flotar.

Por primera vez pudo respirar con tranquilidad y dejar que sus hombros adoloridos descansaran por un momento al reposar sobre el tablón, dejándose llevar por las aguas. Esto le dio el segundo aire que necesitaba. Pateó y, esta vez, logró entrar en la corriente y sobre una gran ola que lo levantó y lo dejó caer con mucha fuerza, pero acercándolo más a la costa.

Se preparó al ver las rocas afiladas a las que se acercaba al estar a punto de toparse con la orilla. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

Vesuvius golpeó contra las rocas sintiendo un dolor tan intenso que pensó que todos sus huesos se estaba rompiendo. Pero de cierta manera, disfrutó este dolor. Lo hizo sentirse vivo de nuevo. Disfrutaba el sentir dolor tanto como disfrutaba el infligirlo en otros.

Vesuvius gritó sobrecogido por el dolor, estiró la mano y se aferró de una grieta entre las rocas. Sus manos resbalaban pero él se aferró por su vida. Mientras las corrientes amenazaban con llevarlo de nuevo hacia el mar, él utilizó todas sus fuerzas para no dejarse resbalar por el musgo. Finalmente y al perder su agarre, tomó el tablón que flotaba a su lado y lo encajó por entre las grietas de las rocas.

Se sostuvo con todas sus fuerzas mientras una gran ola regresaba al mar tratando de llevárselo con ella. Pero Vesuvius se sostuvo hasta saber que estaba a salvo.

Vesuvius subió por las rocas rápidamente. Respiraba agitado y le temblaban las manos hasta que por fin llegó hasta terreno plano y se desplomó. Cayó boca abajo sobre la costa rocosa siendo el único trol vivo entre el montón de cuerpos.

Pero antes de colapsarse, supo algo con certeza: viviría. Viviría a toda costa. Y crearía una destrucción en Escalon como la que nunca antes habían visto.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Aidan se aferraba con fuerza mientras su caballo galopaba por los páramos, cabalgando al lado de Anvin, Leifall y los cientos de hombres de Leptus como ya lo habían hecho por horas. Cubierto de polvo y respirando con dificultad, Blanco les seguía el paso, hasta que finalmente pasaron una colina y Aidan vio lo que estaban buscando: los imponentes acantilados de Everfall.

Aidan se quedó impactado con la imagen. Los acantilados se elevaban sobre los páramos como un monumento a los cielos, y rugiendo y brotando de ellos se encontraban las cataratas más grandes que él había visto. Era espectacular. El rugido era ensordecedor. Incluso desde donde estaba podía sentir el rocío del agua y la brisa fresca que lo refrescaba después del largo viaje.

Aidan bajó del caballo junto con los otros, mirando hacia arriba y apreciándolo todo. El agua caía a borbotones de cientos de pies de altura por acantilados imposiblemente altos y chocaban con las rocas debajo, creando grandes columnas de bruma antes de convertirse en un furioso río que pasaba por Leptus antes de dirigirse hacia la Bahía de la Muerte. Aidan apenas si podía creer que cosas tan hermosas y sorprendentes existieran en la naturaleza sin la intervención del hombre.

Pensó en el plan de su padre de desviar las aguas, de obligarlas a cambiar de dirección, de bloquearlas por el otro lado. Pero ahora, al verlo en persona, le pareció imposible. Al verlas, tan ancestrales y poderosas, Aidan dudó que alguien pudiera hacer que estas aguas cambiaran de rumbo. Y si lo hacían, lo harían inundando todo el mundo.

“¿Y ahora?” le preguntó Anvin a Leifall, gritando sobre el sonido de las cataratas.

“Debemos buscar las palancas,” respondió Leifall. “Sígueme.”

Leifall caminó con rapidez seguido por sus hombres y Aidan lo siguió también, mientras avanzaban hacia el otro lado de los acantilados. Aidan tuvo que caminar con cuidado por las rocas después de resbalarse varias veces debido a la bruma, mientras el sonido se hacía más fuerte y llegaba más agua con cada segundo que pasaba.

Finalmente llegaron hasta el lado opuesto de los acantilados y Leifall lo llevó hasta una cueva escondida. Se agacharon por la entrada y Aidan los siguió.

Aidan se encontró junto con los otros en una gran cueva con techo arqueado de treinta pies de altura. Ahí adentro, el sonido de las cataratas estaba silenciado. Parpadeó tratando de ajustarse a la oscuridad y, al hacerlo, vio que Leifall caminaba hacia una enorme palanca de piedra.

Anvin se acercó y la examinó con asombro. Leifall lo miró.

“Creada por nuestro ancestros para tiempos de guerra,” dijo Leifall.

“¿Qué es lo que hace?” preguntó Anvin.

“Jálala, y las grandes piedras de Everfall se abrirán. Las cataratas pueden ser redirigidas. Se formará un nuevo río y el terreno cambiará para siempre.”

Aidan lo miró con sorpresa.

“¿Pueden llegar hasta mi padre?” le preguntó esperanzado. “¿Pueden inundar el cañón?”

Leifall le dio una mirada grave.

“No lo sé,” respondió. “Esta palanca nunca ha sido activada.”

Aidan lo miró en silencio, pensando.

“Entonces no perdamos más tiempo,” dijo Anvin.

Uno a la vez, todos los hombres se acercaron. Docenas de hombres se pusieron juntos sosteniendo la gran palanca de piedra de treinta pies de largo y empezaron a empujar hacia abajo con todas sus fuerzas.

Gimieron por el esfuerzo mientras Aidan los miraba esperanzado. Pero su corazón se desplomó al ver que se detenían y daban un paso hacia atrás al no poder moverla.

Leifall negó con la cabeza.

“Como me lo temía,” dijo él.

Aidan frunció el ceño.

“¿No hay manera de desbloquearla?” preguntó él impaciente por la suerte de su padre.

Leifall caminó hacia un pequeño pasadizo bajo en la tierra cortado en la piedra en un pequeño arco. Se puso de rodillas y manos y trató sin lograrlo de entrar por este. Después se puso de pie, enrojecido, y negó con la cabeza.

“Al final de este pasadizo,” dijo él, “hay una segunda palanca. Puede que esta desbloquee la primera. Pero nunca llegaremos hasta esta. La crearon para que estuviera escondida, inaccesible.”

Aidan sintió una oleada de adrenalina al saber de repente lo que tenía que hacer.

“¡Yo puedo pasar!” gritó.

Todos los hombres se dieron la vuelta en sorpresa. Aidan se apresuró hacia adelante, se puso de rodillas y manos, y examinó el pequeño pasadizo de piedra.

“¡Yo puedo pasar!” insistió Aidan. “Yo puedo llegar a la segunda palanca.”

Anvin negó con la cabeza, sombrío.

“Si te atorras,” dijo Anvin, “morirás. Ninguno de nosotros podrá ayudarte.”

“Si no voy,” replicó Aidan, “mi padre morirá. ¿Qué opción tengo?”

Sin decir otra palabra, Aidan se dio la vuelta, sintió que su corazón se aceleró, y empezó a entrar en el apretado pasadizo.

Aquí no había aire y la roca lo aplastaba en todas direcciones; Aidan nunca se había sentido tan asustado. Apenas si era capaz de moverse, y mientras más profundo iba, más difícil era el respirar. Pronto se vio obligado a arrastrarse en su estómago y con sus codos, y sintió que arañas grandes y

pegajosas caminaban por su rostro. Su respiración se agitó, pero fue incapaz de liberar sus manos para poder quitárselas.

Aidan se arrastró más y más, arañando sus codos y antebrazos, sintiendo que nunca llegaría al final.

Pero de repente, se sintió aterrado al quedarse atrapado. Atorado.

Trató de moverse lo más que pudo, pero no pudo liberarse.

Empezó a sudar al entrar en pánico.

Aidan tuvo un destello que le dijo que este era el momento crucial de su corta vida. Finalmente entendía lo que significaba ser un guerrero, lo que significaba ser un hombre. Significaba estar solo, estar completamente solo; y depender de nadie más que tú mismo para sobrevivir.

Aidan supo que debía encontrar la fuerza y el valor para continuar. Por él. Por su padre. Por su pueblo. Pensó en todo por lo que había pasado su padre, todo el esfuerzo que había hecho, y supo que él también podría encontrar la fuerza dentro de él mismo. Sabía que podía invocar alguna parte dentro de él que era más fuerte de lo que pensaba. *Tenía* que hacerlo.

No quería tener que morir allí.

Vamos, se dijo Aidan a él mismo.

Aidan empujó más fuerte con sus codos, sangrando pero ignorando el dolor, y empujó su rostro en la tierra al igual que los dedos de los pies. Gimió y gimió sintiendo como si estuviera siendo aplastado en una prensa, hasta que finalmente y con un empujón logró moverse de nuevo. Al principio fue solo un poco, pero luego avanzó más. Empujó y se deslizó cada vez más.

De repente escuchó un sonido detrás de él, un ladrido. Se emocionó al ver que Blanco venía detrás de él por la cueva. Se apresuraba detrás de él hasta que finalmente llegó con Aidan. Por detrás, puso su cabeza hacia el cuerpo de Aidan y empujó con todas sus fuerzas. Aidan se sorprendió al ver la determinación y fuerza salvaje del perro para salvarlo.

Momentos después, Aidan finalmente se sorprendió al ver que llegaba hasta un claro saliendo del pasadizo. Salió hacia la luz del sol, aliviado, y abrazó a Blanco mientras este lo lamía.

Después de toser polvo, Aidan logró pararse derecho dentro de esta cámara anexada a la cueva. Aquí el rugido de las aguas era ensordecedor. Estas lo cubrían de bruma, pero el agua helada se sintió muy bien y le quitaban el polvo del rostro y cabello. Se sentía bien seguir con vida.

Aidan se limpió el agua de los ojos, recuperó el aliento, y examinó los alrededores. Miró por todos lados dentro de este lugar hasta que finalmente la vio.

Una palanca de piedra.

Esta era mucho más pequeña que la otra. Corrió hacia ella, la tomó con ambas manos, y jaló con todas sus fuerzas.

Pero para su pesar, no sucedió nada.

Lo intentó una vez más, poniendo sus pies contra la pared y jalando.

Aún nada.

Rehusando rendirse, Aidan saltó encima de la palanca empujando una y otra vez, gimiendo y gritando y sintiendo que sus manos eran cortadas con la piedra. Jaló con todo lo que tenía y con todo lo que le quedaba.

Vamos, decía en su mente mientras el sudor le lastimaba los ojos.

Entonces finalmente, para su sorpresa, sucedió. Sintió que la palanca se movía debajo de su mano y el sonido de piedra frotándose con piedra. Sus brazos le temblaban mientras esta bajaba lentamente; pero entonces, en un gran movimiento, llegó hasta el fondo.

Se escuchó un gran vitoreo del otro lado del túnel, y después de que Aidan logró regresar por el mismo pasadizo pero con mayor facilidad debido a la capa de agua, salió del otro lado justo a tiempo para ver a los hombres vitoreando y empujando la palanca completamente hasta abajo. Había logrado desbloquearla.

Aidan siguió a los hombres que se apresuraron emocionados hacia la orilla fuera de la cueva. En las alturas se escuchó un gran estruendo que crecía cada vez más y, mientras se quedaban observando hacia el desierto y paisaje debajo, de repente Aidan vio algo que nunca olvidaría.

Un río de agua salió a borbotones por un costado del acantilado con el sonido de una explosión masiva. Era como si un océano entero estuviera cayendo delante de ellos.

Aidan vio cómo las cataratas cambiaban de curso mientras montañas de agua salían del otro lado y hacia el desierto. Estas avanzaban sin detenerse hacia el horizonte y Aidan oró porque se dirigieran hacia el cañón.

Les pidió que fueran hacia su padre.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Duncan avanzaba como podía por la pared del cañón, con el ascenso tan empinado que casi era vertical. La roca seca y la tierra se desmoronaban y Duncan resbalaba una y otra vez antes de poder dar cada paso al igual que sus hombres alrededor de él, cientos de ellos haciendo un estruendo con sus armaduras y buscando la libertad en las alturas.

Era una subida desesperada. Duncan trató de controlar su pánico al ver por sobre su hombro a los miles de soldados Pandesianos acercándose, persiguiéndolos por el fondo del cañón y ahora empezando a subir también por la pared. Y peor aún, muchos de ellos se detenían, se alineaban, y empezaban a disparar flechas.

Duncan se cubrió al escuchar cómo las puntas de flecha metálicas rebotaban contra las rocas y arrancando pequeños pedazos de estas. Se empezaron a escuchar gritos y vio con dolor que muchos de sus hombres ya tenían flechas en sus espaldas. Vio que estos dejaban de sostenerse y caían de espaldas hacia su muerte.

Duncan estiró la mano y trató de tomar a uno de sus más antiguos y más leales soldados que estaba cerca de él y tenía una flecha en su espalda. Vio que este abría más los ojos y empezaba a caer, y mientras Duncan trataba de alcanzarlo, sintió un agujero terrible en el estómago al no poder alcanzarlo a tiempo.

“¡No!” gritó Duncan.

El verlo morir enfureció a Duncan. Lo hizo desear darse la vuelta y lanzarse contra los Pandesianos debajo.

Pero supo que eso sería insensato. Sabía que la clave para obtener la victoria estaba a unos veinte pies de distancia en la cima de la cresta del cañón. Sabía que lo que más necesitaban sus hombres no era detenerse a pelear, sino salir de ahí antes de que llegara la gran inundación. *Si es que llegaba.*

“¡SUBAN!” les gritó Duncan a sus hombres tratando de animarlos.

Mientras subían, las flechas y las lanzas rebotaban en la piedra todo en derredor, y Duncan se agachaba dándose cuenta de lo cerca que pasaban. Se dio cuenta de la posición tan vulnerable en la que había puesto a sus hombres, de lo imprudente y desesperada que era toda la estrategia. Si por alguna razón Leifall no podía completar su misión y no podía desviar las aguas de Everfall, los Pandesianos los alcanzarían en la cima y los matarían a todos. Pero si las aguas llegaban antes de que los hombres de Duncan lograran subir y quitarse del camino, entonces él y sus hombres se ahogarían al ser llevados por la ola y morirían junto con los Pandesianos abajo.

Las probabilidades de que su misión fuera un éxito eran escasas; pero la alternativa de enfrentarse a un ejército mucho más grande en campo abierto no era mejor.

El corazón de Duncan lo golpeó en el pecho cuando alcanzó a ver la cresta del cañón. Gimió al dar un último paso en la orilla y se desplomó sobre el suelo del desierto.

Se quedó recostado, jadeando, e inmediatamente se dio la vuelta tomando todas las manos de sus hombres que pudo para subirlos y sacarlos del cañón mientras esquivaba las flechas al mismo tiempo. Todos los músculos de su cuerpo le dolían y le ardían, pero no podía detenerse hasta que todos sus hombres estuvieran a salvo.

Una vez que el último de sus hombres llegó hasta la cima, Duncan inmediatamente se puso de pie examinando el horizonte, esperanzado.

Pero su corazón se desplomó. No llegó el río ni la inundación. Y eso solo podía significar una cosa: Leifall había fracasado.

Pero Duncan sabía que no podía perder la esperanza, y que si las aguas sí llegaban, entonces no habría tiempo que perder. Miró a sus hombres.

“¡SEPÁRENSE!” les ordenó.

Corrió y sus hombres corrieron también, separándose y dividiendo fuerzas, la mitad guiados por él y la otra mitad por uno de sus comandantes. El separarse haría más difícil la persecución de los Pandesianos.

Duncan corrió a pesar de no ver nada de agua; esperando y orando. Al menos con cada paso se distanciaba más de los Pandesianos. Aunque, al ver hacia adelante hacia los páramos, Duncan supo que no había a dónde escapar.

Duncan miró por sobre su hombro y su corazón cayó al ver al primer Pandesiano llegando a la superficie. Detrás de él le siguió otro.

Después otro.

Cientos de ellos los siguieron subiendo por la orilla como hormigas, saliendo del cañón y dirigiéndose hacia ellos.

Duncan supo en ese momento que todo estaba perdido. Su plan había fallado.

Y entonces lo escuchó.

Empezó como un estruendo, como un trueno distante. Duncan miró hacia adelante y se quedó sin aliento.

Parecía como si un océano entero se dirigiera directamente hacia él, con sus inmensas olas retumbando por las planicies secas y polvosas. Era lo más rápido que él jamás había visto; más poderoso y más violento.

Los Pandesianos detrás de él también se quedaron perplejos. Se quedaron congelados con las bocas abiertas mientras las aguas se dirigían hacia ellos. Duncan y sus hombres se habían separado abriendo camino para el río. Pero los Pandesianos, que apenas habían subido, estaban justo en medio de su paso.

Todos los Pandesianos trataron de correr para quitarse del camino del agua con una gran estampida. Fue un caos mientras chocaban entre ellos mismos al ver a la muerte a la cara.

Duncan se quedó de pie mirando las aguas rugiendo y pasando frente a él y, momentos después, cayendo y aplastando a los Pandesianos como hormigas.

Las aguas continuaron bajando salvajemente por el cañón y llegaron hasta el fondo con un gran impacto; el cañón se empezó a llenar. Duncan escuchó por un momento los horribles gritos de decenas de miles de soldados aplastados por el agua en el cañón.

Pero pronto los gritos se detuvieron. El agua se detuvo. El cañón se llenó. Los cuerpos Pandesianos flotaban en la orilla y hacia la tierra.

Finalmente, todo se quedó en calma.

Duncan se quedó observando hasta que finalmente él y todos los demás se miraron entre sí, impactados. Entonces, uno por uno, dejaron salir un gran grito de victoria.

Finalmente habían ganado.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Ra caminaba lentamente por el páramo desierto, solo y lejos de su ejército. En la distancia podía escuchar los gritos y miró con indignación cómo las grandes cataratas de Everfall caían en un río inundando el cañón. Abajo, en las profundidades del cañón, decenas de miles de sus soldados morían ahogados. Duncan lo había burlado de nuevo.

Ra hervía furioso. Ra, por supuesto, tenía otros ejércitos en otras partes de Escalon, pero estos eran lo mejor de sus hombres, la élite, y verlos morir en esta trampa lo lastimó sin comparación. Pero no debido a que se preocupara por ellos—pues no lo hacía—sino porque esto retrasaba su propia causa, su propia misión de eliminar a Escalon para siempre. Al escucharlos morir, Ra se sintió aliviado de no haberlos acompañado esta vez. En su lugar, había enviado a sus generales a dirigir la batalla mientras él se separaba furtivamente, marchando solo por el desierto y siguiendo su plan de respaldo. Duncan había ganado esta batalla, pero Ra ganaría la guerra. Duncan era inteligente, pero Ra lo era todavía más.

Ahora, mientras Ra marchaba, pensaba en cada detalle de su plan. Caminó solo por el desierto dirigiéndose hacia el otro extremo del cañón en donde ya podía ver salir vivos a los hombres de Duncan, vitoreando y triunfantes por la victoria. Pensaban que habían ganado, que habían eliminado al Sagrado y Supremo Ra. Y en cierto sentido lo habían hecho.

Pero estaban a punto de saber por qué el Sagrado y Supremo Ra nunca había sido eliminado. Ahora, mientras caminaba hacia Duncan, Duncan le daría una recepción diferente. Duncan no iría hacia él con una espada y un escudo; sino con un abrazo.

Esto se debía a que su apariencia al caminar por el desierto no era la de un soldado, ni la del Sagrado y Supremo Ra; era la de una chica. Para el mundo exterior e incluso para el ojo más perspicaz—incluso para su padre—no aparecería como el Grandioso Ra.

Aparecería como Kyra.

Tenía sus facciones, su rostro, su cuerpo y su vestido. Khtha había hecho bien su trabajo.

Ra se acercaría tan cerca al recibir el abrazo de un padre que por fin tendría su oportunidad de matar a Duncan de una vez por todas.

No necesitaba a su ejército. Solo le bastaba él; y un poco de hechicería. Después de todo, el engaño siempre había triunfado sobre la fuerza.

Ra sonrió ampliamente.

Espérame, Padre, pensó. Tu hija viene en camino.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Kyra caminaba lentamente por entre los pilares elevados de piedra ennegrecida que se elevaba hasta los cielos, y se detuvo en el umbral de esta ciudad ancestral y muerta de Marda. Al caminar, pasó por docenas de cabezas de troles y humanos encajadas en picos que le daban la bienvenida. Claramente era una señal de advertencia; aunque esta ciudad no necesitaba más señales. Era el lugar más tenebroso que ella jamás había visto. Los edificios parecían haber sido construidos con rocas del infierno, tan negras como la noche. Una brisa húmeda y fría pasaba por entre las calles vacías y empedradas, ocasionándole un escalofrío. En algún lugar se escuchó el chillido de una criatura, y no pudo distinguir si estaba adelante o arriba. Sintió como si hubiera entrado en una ciudad de los muertos.

Kyra caminó lentamente por la ancha calle principal sintiendo que el lugar estaba abandonado. El silencio de muerte era interrumpido solo por el ocasional canto de un cuervo en alguna parte, como si se burlara de ella y le deseara la muerte. En las calles pavimentadas con granito negro había edificios sin ventanas hechos de piedra negra y con puertas negras, todos enmarcados por montañas negras. Miró hacia abajo y descubrió que, tallado en la piedra, había estrellas de cinco puntos marcadas con rojo escarlata. ¿Habían sido marcadas con sangre? ¿Qué era lo que simbolizaban?

Kyra sintió la verdadera presencia de la maldad en este lugar, y mientras más profundo iba más espesa se sentía. Incluso se había sentido más segura en el matorral de espinas enfrentándose con ese monstruo que aquí en esta ciudad infernal, con todos estos edificios vacíos y con todas las cabezas goteando sangre como si acabaran de ser colocadas. Con cada paso sentía como si alguien la estuviera observando, esperando para saltarle encima. Apretó su bastón con todas sus fuerzas. Lo daría todo por tener a Andor y Leo a su lado ahora; sin mencionar a Theon.

Pero Kyra se obligó a ser valiente y continuar. Podía sentir que el Bastón de la Verdad estaba justo adelante, y sentía que finalmente había llegado a su destino final. Lo podía sentir en sus venas, un sexto sentido diciéndolo lo cerca que estaba, y con cada paso el sentimiento crecía. Era como si su destino la llamara.

Kyra caminó con cautela mientras su bastón golpeaba la piedra. Pasó por calles angostas y debajo de pequeños arcos de piedra hasta que finalmente la ciudad se abrió por completo en una plaza principal. En el centro estaba la estatua de una masiva gárgola de piedra que miraba hacia abajo y formaba una fuente con su boca, vomitando lava hacia la fuente como si fuera sangre. Kyra pasó por un lado y se horrorizó al ver que se trataba de sangre de verdad que salpicaba por todos lados.

Kyra siguió caminando por las calles de la ciudad hasta que vio que las montañas crecían cada vez más detrás de los edificios, anunciando que se acercaba hacia el límite de la ciudad. En la distancia vio un gran muro de piedra que rodeaba la ciudad, con sus piedras cubiertas de sangre. Al final de la ciudad vio un gran arco, una puerta que servía de salida. Había un portón en la parte superior y los picos afilados apuntaban hacia abajo como esperando para decapitar a cualquiera que se atreviera a pasar; goteaban sangre.

Kyra sintió que una gota caía en su hombro; después otra. Tocó lo que caía con una de sus manos y lo examinó. Era rojo.

Miró hacia el cielo al ver que caían más gotas y se sorprendió al ver que llovía sangre.

Kyra caminó hacia la puerta, se detuvo, y la examinó. Se horrorizó al ver que en su abertura se encontraba la telaraña más grande que ella jamás había visto, de cincuenta pies de largo y de ancho. Era tan grande y gruesa que al principio pensó que se trataba de una cuerda. La miró con terror y no se atrevió a pensar en la araña que la había creado.

Kyra miró a través de la telaraña y, al hacerlo, su corazón se detuvo. Ahí, del otro lado, estaba un pedestal negro de granito que salía de la tierra. Y encima estaba un bastón negro brillante. Kyra se quedó sin aliento. El Bastón de la Verdad. Podía sentirlo incluso desde allí.

Brillaba como un faro en la oscuridad, iluminando el crepúsculo y apuntando directamente hacia el cielo como invitando a alguien a tomarlo.

Kyra se acercó con cuidado hacia la telaraña pensando que podía ser una trampa. Sintió que esta sería su prueba final; y tal vez la más intensa de todas.

Kyra se acercó a la telaraña con la respiración agitada y levantó su bastón. Lo puso frente a ella y, con el corazón acelerándosele, tocó la telaraña con la punta. La telaraña era más gruesa y pegajosa de lo que había pensado, y el bastón se quedó atorado. Lo jaló con todas sus fuerzas y toda la telaraña se estremeció. Para su sorpresa, era tan pegajosa que no pudo recuperar su bastón.

De repente y sin advertencia, la telaraña se contrajo, y Kyra sintió que era jalada como por un resorte. Un segundo después ya volaba por el aire hacia la telaraña.

Kyra se sorprendió al sentirse sin peso y pegada contra la telaraña, con la espalda hacia esta y los brazos extendidos como insecto atrapado. Se agitó en pánico, pero no pudo moverse. Lo intentó con todas sus fuerzas pero era incapaz de liberarse. Su bastón también estaba pegado en la telaraña, a varios pies de distancia y lejos de su alcance.

El pánico creció en su interior. No podía entender cómo todo había pasado tan rápido. Y mientras más se movía, más atrapada quedaba.

Kyra volteó lentamente sintiendo un escalofrío al escuchar el terrible sonido de algo arrastrándose. Miró hacia arriba y se llenó de horror al alcanzar a ver a una criatura que hizo que su corazón se detuviera. Ahí, arrastrándose hacia ella y compartiendo la misma telaraña estaba la araña más grande que ella jamás había visto; diez pies de ancho, con enormes garras peludas y negras, grandes colmillos rojos, y ojos pequeños escarlata.

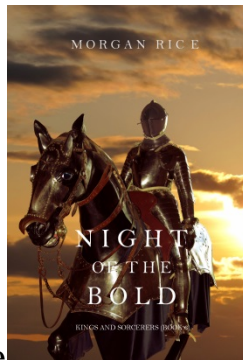
Los ojos de Kyra se abrieron en terror al ver que se acercaba hacia ella moviendo una garra a la vez. Miró hacia los lados, desesperada, y entonces descubrió todos los huesos en la telaraña. Se dio cuenta de que cientos de viajeros habían muerto en este lugar, personas como ella que pensaron que podrían recuperar el Bastón.

La araña se arrastró más rápido dirigiéndose hacia ella y Kyra, atrapada, supo con repentino terror que moriría en este lugar, en este terrible lugar, en las orillas del infierno, entre los colmillos de esta criatura, y donde nadie podría escucharla gritar.

¡Disponible ahora!

LA NOCHE DEL VALIENTE

(Reyes y Hechiceros—Libro 6)



“Una fantasía llena de acción que le encantará a los fans de las otras novelas de Morgan Rice, igual que a los fans de obras como *The Inheritance Cycle* de Christopher Paolini.... Los fans de Ficción para Jóvenes Adultos devorarán este último trabajo de Rice y rogarán por más.”

--The Wanderer, A Literary Journal (sobre *El Despertar de los Dragones*)

En *LA NOCHE DEL VALIENTE*, Kyra debe encontrar una manera de escapar de Marda y regresar a Escalon con el Bastón de la Verdad. Si lo logra, le espera la batalla más épica de toda su vida al enfrentarse a los ejércitos de Ra, a la nación de troles, y a la manada de dragones. Si sus

poderes y su arma son lo suficientemente fuertes, su madre la esperará para revelarle los secretos de su destino y de su nacimiento.

Duncan debe crear una gran defensa contra los ejércitos de Ra de una vez por todas. Pero incluso mientras pelea las batallas más grandes de su vida que lo llevarán a la batalla final en El Barranco del Diablo, no se imagina el engaño oscuro que Ra le tiene preparado.

En la Bahía de la Muerte, Merk y la hija del Rey Tarnis deben unir fuerzas con Alec y los guerreros de las Islas Perdidas para pelear contra los dragones. Deben encontrar a Duncan y unirse para salvar a Escalon, pero Vesuvius ha resurgido y no pueden anticipar lo que les tiene preparados.

En el final épico de Reyes y Hechiceros, las batallas más dramáticas, las armas y la hechicería, todos conducen a una impresionante conclusión inesperada llena tanto de tragedia desgarradora como de un inspirador renacimiento.

Con su fuerte atmósfera y complejos personajes, LA NOCHE DEL VALIENTE es una dramática saga de caballeros y guerreros, de reyes y señores, de honor y valor, de magia, destino, monstruos y dragones. Es una historia de amor y corazones rotos, de decepción, ambición y traición. Es una excelente fantasía que nos invita a un mundo que vivirá en nosotros para siempre, uno que encantará a todas las edades y géneros.

“Si pensaste que ya no había razón para vivir después de terminar de leer la serie El Anillo del Hechicero, te equivocaste. Morgan Rice nos presenta lo que promete ser otra brillante serie, sumergiéndonos en una fantasía de troles y dragones, de valor, honor, intrepidez, magia y fe en tu destino. Morgan ha logrado producir otro fuerte conjunto de personajes que nos hacen animarlos en cada página.... Recomendado para la biblioteca permanente de todos los lectores que aman la fantasía bien escrita.”

--Books and Movie Reviews, Roberto Mattos (sobre El Despertar de los Dragones)